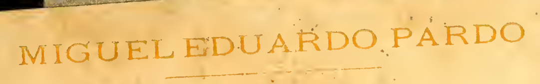
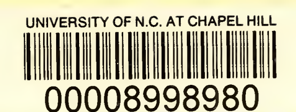
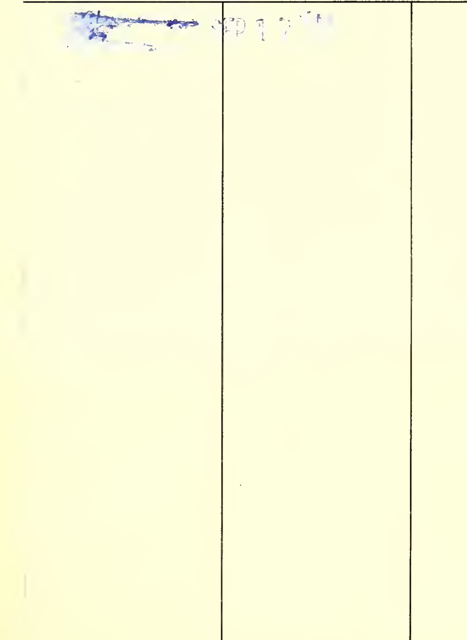

PQ8549
.P3
V6
1895


MIGUEL EDUARDO PARDO


VOLANDERAS
(PLUMA Y LAPIZ)


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00008998980



MIGUEL EDUARDO PARDO

VOLANDERAS

(PLUMA Y LAPIZ)

(DIBUJOS DE A. PONS)



CARACAS
TIPOGRAFIA EL COJO
1895





PROLOGO SIN PRETENSIONES



Esto del prólogo —dice uno antojándosele la tarea fácil —se deja para última hora: esto es coser y cantar. En atrapando la idea el desarrollo es lo de menos; es algo así como el caprichoso juguetear de unos dedos de artista sobre las teclas de un piano: insensiblemente surgen las

misteriosas harmonías, ó lo que es lo mismo, brotan de la pluma y ruedan alegres sobre la primera cuartilla, los conceptos melódicos, los pensamientos, las palabras y todo fluido y todo rápido; un cascabeleo ruidoso é informal que fraterniza con los ruidos é informalidádes del texto.

Si es lo más fácil!

Buena tinta, buen papel, pluma de acero reluciente...... y allá van puñados de hojas con letras. Pero se sienta uno al escritorio y se le enmarañan las ideas; el alumbramiento que prometía ser feliz tiene un tropiezo, se complica y todo se hace cuesta arriba á lo mejor.

Con este artículo, pongo por prólogo, ando intrigado ha más de dos días; y como sé, por experiencia, que *lo de* los prólogos, es como lo de las castañuelas, que hay que tocarlas bien, ó no tocarlas, yo que soy honesto de *mío*,—aunque no lo parezca y aunque no sea muy fin de siglo la honestidad—lo escribo modestamente, "sin pretensiones"...... y sin permiso del Editor.

Por que mi editor es un *angelo*, digan lo contrario su modestia y su generosidad: un editor de los que entran pocos en libra.

Cuando por medio de persona autorizada él me propuso coleccionar, en América, los artículos, revistas, crónicas é "instantáneas" que, atropellado de continuo por los sucesos, envío y reparto yo por aquellos países como si fueran pan bendito, estuve á punto de telegrafiar; pero un telegrama terminante y *semi–napoleónico*, prohibiendo la insensata compilación de estos trabajos, hechos, no para la blanca y pulida página del libro sino para la cruda y estrecha del periódico diario; y escritos, además, en horas, digo en minutos, con letras como escarabajos, sin puntos ni comas casi, sin la laboriosidad lenta que exige toda tarea literaria y sin que por entonces me importase poco ni mucho que las desordenadas producciones cayesen en manos de esos críticos ceñudos, lúgubres y severos que recorren las obras en nombre de las cuatro partes de la gramática.

La vanidad, no obstante, la maldita vanidad de autor, á la cual no es insensible nadie, se apoderó al fin y á la postre de todo mi sér, y, echando á un lado vacilaciones y escrúpulos, dije en tono de providencia: — *Hágase la luz*, — es decir, — hágase el libro.

Y ya saben mis habituales y pacientísimos lectores por qué modo involuntario les ofrezco hoy un nuevo volumen de cosas baladíes en donde van revueltos y confundidos con irreverencia asombrosa los artículos serios con los que pretenden ser festivos; al lado de una semblanza una crónica; juntamente con una historieta que hace guiños como una chiquilla falta de respeto, un cuento que parece un señor muy rígido y muy recto. Aquí todo el mundo se tutea y parte un confite y hasta un piñón, si hace falta; y todo el mundo va de bracete y en tropel como en esos bulliciosos bailes de máscaras que inventa la Caridad para hacer igualitario el donativo.

Y eso es VOLANDERAS: un libro que no quiero llamar ameno temiendo que á su vez me llamen ustedes irrespetuoso. Pero como "variado" *lo es*:—¡ vaya que sí lo es!—cómo que á mí mismo me resulta una ensalada nutrida de todos los ingredientes y especies puestos en práctica por el capricho culinario refinado. Si á esto se agrega que en el aderezo del plato ha colaborado mucha gente, figúrense ustedes lo que el plato *dará de sí*. Cada "quisque," aprovechando la distancia, y por ende la imposibilidad en que

estoy yo de corregir cualquier imperfección, habrá metido ahí su cucharada; desde el cajista que traduce á su manera los inciviles originales, hasta el corrector á quien importa un comino que salgan los artículos bizqueando; amén de los "impositores" que suelen echar su cuarto á espadas en asuntos de literarias confecciones.

—Pues valiente libro es ese que usted nos *recomienda*—dirán los lectores.

Sin embargo—me permitiré yo objetarles—á falta de prosa correcta encontrarán dibujos bien intencionados y mejor hechos. El hábil lápiz de Pons por una parte y los raros conocimientos artísticos del Editor por otra, suplirán, de fijo, lujosamente mis descuidos é imprevisiones. Por lo demás VOLANDERAS podrá ser un libro harto majadero en detalles y harto frívolo en conjunto; pero *latoso*, académico, estirado, con severidades de dogmático ó con hinchazones de filósofo, nunca; y tétrico mucho menos.

Sobre que maldito lo que sirvo yo para Jeremías! De servir para algo, sirvo para escribir estas cosas que desdeñan los literatos circunspectos, morfamolotes y *funerarios*...... Bastante acongojado tienen ellos al mundo,

para que venga yo también, á aumentar el número de los sauces llorones.

Volanderas no quiere entristecer á nadie.

Miguel Eduardo Pardo.

Madrid: 1895.





MADRILEÑAS

I

Buenos días.—Del problema anarquista.— Campoamor coronado.

Hoy no vengo tan mal vestido: he decidido ponerme los mejores trapitos de cristianar, para que no diga el público que siempre me presento desgarbado. Aparte esta consideración de peso, éntrome así, ceñido el gabán claro, caladas las gafas de fiesta y relumbrosa la chistera de domingo, porque vengo del brazo de Angel Pons, un artista; y no como quiera sino artista de gallardo continente y de ingenio aún más gallardo que su porte—dos virtudes que merecen premio *in sólidum*, sobre todo en estos tiempos de grandezas pequeñas y de ingenios escasos; tan escasos estos últimos, que ni en los restos de la opulencia de Cuba se encuentran, gracias á los Ministros de la Hacienda.



A no ser porque los castelarinos ditirambos van pasando de moda—según Cavia—de ellos me serviría para elogiar con propiedad á mi

Artista, que es un dibujante de cuenta, ó de cuerpo entero, como suele decirse.

Pero ni en esta ni en la otra prosa me atrevo yo á esbozarlo. ¡Claro! Como que se avergüenza la pluma de lo que hace á maravilla el lápiz.

Prefiero que "él mismo" se recomiende por medio de estas admirables caricaturas que se empeña en apellidar "monos," recordando acaso que, allá en los comienzos de su carrera fue de los que amansaron patronas con dibujos dislocados.

Y aquí rompo el bracete para que Angel se entienda con ustedes.



Ya está resuelto el problema anarquista: ya la terrible institución (porque según Eusebio Blasco el anarquismo se ha hecho institución) anda en camino de arrepentimientos. De hoy más no temblaremos á la voz espantosa de la dinamita ni de la sulfurita ni de todas las inofensivas "harinitas" que venían dando juego á la policía europea. También ésta puede darse punto de reposo, y hasta punto y coma, si quiere, ó dos puntos si le hace falta. El problema á que me refiero lo ha resuelto un asombroso periodista de esta coronada villa (sin Corte, pues creo que la Corte no ha metido mano en esta trascendental cuestión). Propone el periodista insigne, que se

reparta mensualmente una cantidad á los anarquistas más feroces: á mil pesetas por barba..... ¡Aquí donde las pesetas han llegado á la categoría de peluconas!



La idea, por donde quiera que se la mire es enternecedora!

Cualquiera bota lágrimas como garbanzos.

El mundo de malo que era se va á convertir en un misterioso Edén al cual cantará Carulla

en verso bíblico, si no lo llevan á mal los académicos.

Asegúrase que estos criminales (no los académicos; los anarquistas) hechos ya al arrepentimiento y á la honradez, fundarán tiendas de ultramarinos unos; otros se dedicarán al comercio de géneros; aquel publicará un periódico de familias, cuya sección poética pertenece por derecho propio á Vaillant—quién según informa otro periódico de Madrid, ha escrito, ó escribió un soneto estrambote á la Virgen de los Desamparados, mucho antes de la lata de sardinas reventada en la Cámara de Diputados.

A vuelta de estas noticias—repito—que me encuentro conmovido, y estoy por proponer á las autoridades españolas que procedan de igual modo con los fascinerosos de Andalucía, pues andan los ¡pobrecitos! por aquellos breñales á salto de mata.

Con estos procedimientos el anarquismo se trocará en una Asociación parecida á la de los padres de familia, y los periodistas que antes los pintaban como unos impenitentes desaforados, nos dirán el mejor día:

El antiguo y furibundo anarquista D. Fulano, hoy dechado de padres, etc., etc., ha salido ayer mañana de paseo con el Presidente del Consejo, el cual le obsequió con puros de la vuelta abajo. Después conferenciaron en la Horchatería de Candelas sobre la apertura de las Cortes, y luégo

don Práxedes fué de bracete con su tierno amigo hasta la misma puerta de su casa. Esta noche es posible que el señor Sagasta asista á la tertulia del honrado anarquista, donde se bailará un Cotillón y se cantará un pasacalle de *La Gran Vía*. También se jugará al tresillo; y se proyecta una partida de caza, en cuyo noble ejercicio hace maravillas el distinguido Señor; pero esta excursión no se verificará hasta que el dislocado peroné del Presidente, no se halle de un todo en su perfecto sitio.



Después de estas sensiblerías madrileñas, dí-

ganme ustedes si no cabe sollozar de contento y arrancándose por lo flamenco gritarle un *olé!* resonante á los periódicos de *trapío*.



***

Con motivo de la gran fiesta literaria celebrada en honor de Núñez de Arce, los admiradores de

Campoamor se empeñan en hacer propaganda para una fiesta igual ó superior á la verificada por la Sociedad de Escritores y Artistas. Ese proyectado homenaje al insigne autor de las *Doloras*, huelga.

Es lo mismo que montar la Gloria sobre zancos, para que resulte más alta; es como pensar en agregarle un rayo más de luz al sol espléndido. Qne las damas españolas se proponen ofrecerle una rosa natural—dice Kasabal—la flor de la poesía encerrada en artístico cofre de oro; y que el pueblo, el verdadero pueblo, á juicio de Cavia, se prepara á ovacionarle..... Bueno! Y ¿qué se gana con ello? Para que necesita tales manifestaciones el más legítimo, el más espontáneo, el más popular de los poetas?

Campoamor es.... Campoamor. Núñez de Arce será primero: primero es Campoamor.

II

Colecciones de sellos.—Los bailes de máscaras

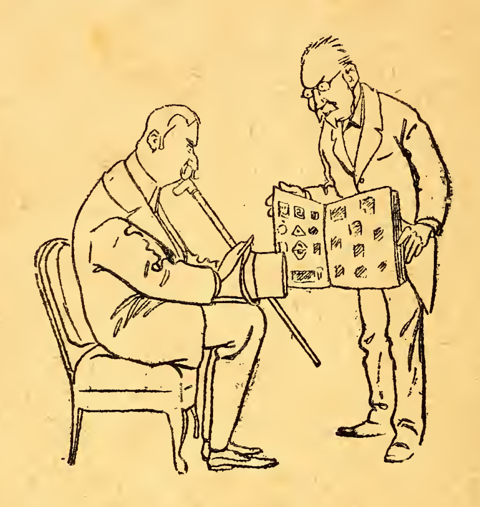
No de ahora, es de antiguo que los coleccionadores de sellos (1) en Madrid, vienen muy preocupados con las dichosas estampitas. Hay quien da capitales por sellos de la *Edad Media*, porque como esta es la época de los descubrimientos, ha venido á saberse por arte de birlibirloque, que no fue Inglaterra la que en el año 30 realizó la primera edición de sellos, sino un pueblo romano que ha "desaparecido" del mápa como nuestra Guayana de Venezuela.

Esto de coleccionar—me decía un fanático "sellista"—no crea usted que lo hacemos así, á humo de paja: tiene sus ventajas. Si no fuera por los sellos ¿cómo sabríamos que existe, v. g. ahí, á la vuelta de la esquina como si dijéramos, una república que se llama Venezuela?

(1) Estampillas.

—Hombre por la Geografía !

—Cá! No señor. Por los sellos. Figúrese usted que yo he visto unos nuevos, muy monos, acabados de imprimir y en los cuales aparece Colón rodeado de indios.



—Y qué ?

—Que si eran indígenas tenían que ser venezolanos.

—Indígenas no, caramba!

—Bueno indigentes. Da lo mismo.

Una mano de bofetadas es lo que yo daría á

uno de estos pelmas. A tal extremo llega la obsesión de los sello-maniacos, que un amigo mío, atacado de esta terrible enfermedad, encontró á mi cartero la otra tarde y lo quiso ahorcar porque éste no le dejó arrancar los sellos de mi correspondencia.

A lo mejor se los tropieza uno en la calle.

—¿Quiere usted ver mi Album?—exclaman atolondrados.

—Imposible!—se grita lleno de espanto, ante la terrible perspectiva.—Ahora voy á almorzar! Pero en vano es la resistencia: quieras que no se lo llevan á uno y le plantan el hinchado libro frente á los ojos.

—Ve usted esto?—dicen mostrándonos en el Album un pegote color de chocolate claro—¿Lo ve usted?

—Sí, señor.

—Qué le parece?

—Una patata frita.

—No sea usted bruto!: es un sello de Marruecos!

Y hay que creerlos, porque de lo contrario le pegan á uno. Vaya! que si le pegan!



Por de pronto los bailes de máscaras son los que nos tienen atortolados. Con los trajes y las

caretras todo el Madrid alegre se ha olvidado de las inundaciones, de las catástrofes, de las bombas Orsini y hasta del Sultán—que es mucho tío—á creer lo que se cuenta. Y por de contado no pensamos más que en divertirnos ; en disfrazarnos de cocheros, de zapos, y sobre todo de moros del Riff. Es el traje que más viste á los hombres, porque á las mujeres creo que las expone á pillar una pulmonía fulminante el vestido de odaliscas. Prefieren ellas el de chula que—aparte el abrigo—sirve para decirle las cuatro verdades á cualquiera. Una chica guapa y coquetuela, con el palmito entre el pañuelo de seda, el historiado mantón cruzado al hombro, ondeando la pintoresca falda, y puesta airosamense en jarras, es capaz de traer al retortero al más flemático.

Entre un vals corrido y un sorbete ; entre una frase con pretensiones de chiste y una sonora carcajada de comparsas, se nos pasan las horas muertas en el Teatro Real admirando las *toilettes*, los rasos, las joyas y los miriñaques de aquellas anónimas estrellas.... Después de la comedia de la vida la mascarada del placer ; el trueno jovial de la alegría atropellando la última mueca del dolor : el ruido incesante de los cascabeles apagando el sollozo de las postreras decepciones. También los que no llevamos careta gastamos algo así como la máscara del goce mientras dura ese torbellino de fiestas.



III

La boda de D. Carlos de Borbón. Loreto Prado

A los madrileños se les hizo cuesta arriba la estupenda noticia; á los carlistas sobre todo. ¡Don Carlos de Borbón en líos matrimoniales, decían ellos, cuando aun no se han consumido los blandones que alumbraron el féretro de su anterior esposa! Don Carlos "reincidente": tan joven y ya *tan* casado!

Y lo original del caso es, que el enlace se realiza por amor. Un amor frenético, indigno del pretendiente de una corona.

No lo tengo averiguado, pero supongo que don Carlos se "le arrancó" á la gentil princesa de Rohan (que se apellida la novia) con algún acróstico fulminante de pasión y en el cual acróstico juraría él suicidarse con una disolución de fósforos en petróleo si ella no correspondía á sus dolientes reclamos.



La prensa carlista, como es de suponer, se descuelga con una lujosísima descripción de la opulenta boda, verificada á la postre de un visiteo diario del Príncipe al Palacio de la Prin-

cesa, donde ella esperaba á balcón abierto y en noche melancólica de luna al tierno y enamorado mancebo.

—Rico de mi vida!—diría la princesa.

—Monina!

—¿Me querrás siempre Carlitos?

—¡Siempre amorcito!

La brisa perfumada de Venecia donde se arrullaban los augustos tortolitos, llevó en sus ondas aquel rumor de ósculos ardientes. Y cuenta el poeta que al amoroso halago la luna *de plata* se escondía entre nubes de "armiño"; las flores abrían sus temblorosos pétalos y cuando ya la aurora destejía con sus dedos de rosa los velos de la noche, un pájaro, un ruiseñor acaso se despertó con la garganta hinchada de gorjeos y elogió el erotismo "real" con un poema selvático.

Fue el canto precursor de la reciente boda......

En calidad de "arras" envió el novio un broche de brillantes y rubíes, el cual recibió la víctima, digo, la novia con los ojos "arrasados" en llanto.

Claro! como que eran *arras!*......

Yo no sé quién le ha aconsejado á la princesa que examine las piedras, porque hay persona que asegura que don Carlos las gasta falsas.

Allá ellos. Aunque la verdad es que cuando

el río suena "piedras" trae. Y por otra parte, anda tan de moda la falsedad entre la gente linajuda, que no cabe extrañar la gasten hasta en las joyas para distinguirse en todo y por todo de la clase media. La clase media también, por espíritu de imitación, se aficiona á la falsedad; y con el tiempo tendremos que ir á buscar lo legítimo en sentimientos y en todo, allá en el fondo, en el antro, entre la hez del covachaje y de la lepra.

Olvidando ó espantando excepticismos tontos, vuelvo á Don Carlos, para terminar los comentarios de su sonado matrimonio, que es como si se dijera: Gracias á Dios que he llegado á esta casa para volver á salir. En fin, que ya esos señores van á cumplir con el dulce deber del amor y con el amargo de los Reyes —que ya es deber! Con eso tienen de sobra y nosotros también.

Vaya......... y que se divierta usted, Don Carlos.



Fue una pregunta "sin interrogación" la que yo hice cuando en una de mis anteriores Revistas escribía: Loreto Prado es, ó debe ser, en Madrid, lo que Ivette Guilbert en París: una *fin de siglo*, pues no sé de qué otro modo

se explica el delirio que despierta en el público una tiple completamente afónica como la Loreto.

A esa pregunta "sin interrogación"—repito—un periodista madrileño responde: "Ivette Guilbert no tiene voz y su fama no ha tenido igual durante los últimos diez años. Loreto es, como Ivette una *diseuse* incomparable." Ahora es que yo me he convencido. La primera vez que ví á Loreto se me antojó exagerada la ovación del público; el escenario—revistaba yo—era una alfombra de flores, de sombreros y de capas, y sobre esa alfombra se irguió aquella figura de pillete con faldas, hizo una pirueta de pícaro y dando saltitos saludó, riéndose, á los espectadores, que pagaron las graciosas muecas del ídolo chulesco, con una tempestad de gritos y de aplausos.

Hoy me cuento en ese público que aplaude á rabiar á la simpática artista: Loreto es una tiple que se impone, no por su voz escasísima hasta hacerse apagada, sino por la mímica, por la expresión de aquella cara movible, con su boca de risa y sus ojos centellantes. La frase más insignificante adquiere vida al pasar por sus labios; y cada movimiento, cada gesto revela á la artista de corazón, espontánea, y diré "completa" cuando debute en otro teatro, porque Loreto Prado no cabe en el escenario de *Romea*.



Es y será la favorita de aquel público heterogéneo, por lo cual sus triunfos serán efíme-

ros; triunfos únicamente comparables á los de un poeta que se empeñara en gastar su numen chispeante en las columnas de un periodicucho. Ni más ni menos.

Lástima y grande que Loreto se prodigue noche tras noche y año tras año en escenario tan pequeño cuando puede codearse y superar á las del género que privan en Apolo, y en Eslava, valiendo menos, pero mucho menos que ella.

IV

Salvador Rueda.—A cuarto y á dos... la cara de Dios

Para encontrar á Salvador Rueda hay que deslizarse como una culebra por el estrecho y caracoleado pasadillo de un subterráneo del Ministerio de Ultramar: el archivo de ese Ministerio es una sepultura que da vueltas. A ratos, una limosna de luz misericordiosa nos alumbra unos cuantos pasos; pero generalmente aquello es una tumba, á la que se baja peldaño á peldaño, lentamente. A la postre una claridad súbita nos hiere las pupilas, y se nos ensanchan los pulmones, como si hubiésemos aspirado un gran soplo de aire reparador.

Allí está Rueda, el Director ó Secretario ó no sé qué del archivo. Es cosa de que no me he informado, porque yo no voy á buscar al archivero, sino al poeta.



A esto de poeta hay que agregarle novelista, y redactor, y andaluz, y semi-americano en ideas: todo en una sola pieza; pero antes que todo, es un hombre condenado á ser poeta;

poeta infatigable, laborioso, consecuente hasta la saciedad. Entre una nota ó un apunte del archivo, debajo de la carpeta, en el cajón del escritorio, á medio abrir, en cualquier parte, sin escudriñar mucho, se le encuentra una poesía comenzada ó para terminar. Ese hombre se las escribe en todas partes, en las tarjetas, en las hojas del libro, en los márgenes del periódico, en los puños de la camisa. En consecuencia se pueden contar los sonetos por los puños de camisa que inutilice el caballero. Y no deja de ser una habilidad, ó más claro, una ventaja, porque ¿cuántas ideas que á uno le parecen originales se malogran por confiarse á la memoria? De aquí que la mayoridad de los escritores conciban más que ejecutan: por eso es una ventaja el procedimiento de Rueda; y acaso esto lo ayudó á realizar su carrera á saltos, rápidamente como un conquistador.

Lo que vale Rueda no necesito yo repetirlo, después que tantos brillantes esbozos, autorizados por las firmas de no menos brillantes escritores, se han publicado en América, proclamándole poeta de vigoroso estro. Yo me limito á dedicarle al pie de su retrato estas líneas que van á guisa de silueta, á pluma, como lo exige el híbrido trabajo de Revistas.

Dos cosas no me gustan de Rueda: el re-

traimiento de nuestras tertulias literarias, lo cual le semeja un poco á Pérez Galdós—que es un esquivo; y el cariño ciego, el cariño idolátrico por *Clarín*, que quizás, ó sin quizás, le pese no muy tarde.

En esto de compañerismos literarios yo tengo mucho de excéptico y Rueda mucho más de crédulo: es de los que oyen campanas de alarma y no quieren saber donde las tocan.



Para jolgorios Madrid.

A las seis de la mañana del viernes santo, cuando uno presume que en la ciudad sólo habrá preces y recogimiento, etc., toda la chulería de Madrid se echa por la calle de Leganitos, en "pelotones", hasta allá, hasta el final donde se levanta una esplanada, en la cual se celebra la tradicional y originalísima fiesta que apellidan "*La Cara de Dios*". Las mujeres van envueltas en flamantes mantones de Manila y los hombres llevan el sombrero terciado y la chaquetilla corta como si tocaran á toros. Esa multitud invade los tenduchos en donde hierve el aceite de los buñuelos, y rodea á los vendedores ambulantes que gritan desaforados:—*A cuarto y á dos la cara de Dios.*



La tal cara es una baratija pintarreada de coloretes, y con ella, dicen los devotos, que se gana indulgencia plenaria. A mí me gusta-

ron más las caras de las chulas, porque cuidado que había allí caras bonitas!



La fiesta, que debía ser una como romería religiosa se convierte á poco andar en una

verdadera verbena: no hay organillos, es verdad, ni punteos de guitarra, ni danzas dislocantes; pero se escancia el vino por cuarterones y se arman más broncas que ni *en San Isidro*...... Y la culpa la tienen los mantones de manila, porque está comprobado que no hay nada tan "pecaminoso y profano", tan alborotador y zaragatero como uno de esos historiados y "flecudos" pañolones.

Está visto que provocan las *juergas*, las habladurías y las miradas incendiarias hasta el punto de quitarle á un santo la devoción......

Todavía á las once de la mañana, cuando se regresa de aquella loca y fatigante fiesta, se oye lejano pero resonante el ronco grito de los vendedores que atruenan el espacio: —*¡A cuarto y á dos la cara de Dios!*

V

La Cervecería Suiza



En medio de ese mundo de hoteles, restaurantes, cafés y demás centros donde los

madrileños encuentran motivo para holgar, existe una célebre Cervecería que ha sido y es refugio de muchos escritores, poetas, artistas, actores y jóvenes de buen humor á quienes les trae muy sin cuidado el odio de la asociación de Padres de familia.

De este café soy uno de los más asíduos parroquianos, ó mejor, he llegado á ser un camarada entre estos señores qne vienen de dos á tres de la tarde á departir familiarmente de sucesos literarios, políticos, teatrales, etc., etc., allá en los últimos divanes del rincón de la derecha. Si me preguntaran por qué vengo á diario no sabría contestar, pues mirándolo despacio no es toda gente alegre la que aquí se reune, ni el café que nos dan es cosa de saborearlo con placer, ni todos son amigos míos. Esto no obstante la broma es aquí moneda corriente y la Cervecería puede decirse que es un consuelo para los tristes ó un lugar de salvamento para las crisis intelectuales y para las del bolsillo, á veces.

Pedro el camarero, no me dejará mentir. Se ha dado el caso de salirnos de allí sin pagar, por distracción ó porque dejamos el porta-moneda en casa.

Ya todo el mundo respeta aquellos sitios del rincón, donde se charla, hasta por los codos, se grita, se ríe y se fuma que es una barbaridad. Se le pasan á uno las horas muertas oyendo á Luis Taboada, el gran risueño, que á menudo lleva



la voz cantante en el famoso congresito. Van llegando en grupos de dos á tres ó uno á uno muy calladitos primero: de estos "calladitos" es Francos Rodríguez, exdirector de *La Justicia* y autor de un drama muy aplaudido: Francos Rodríguez es Consejal, republicano, pasea en coche con el Alcalde y escribe perrerías contra el Gobierno en el número de la noche. Luis Valdes es hombre serio y no hace chistes porque es candidato para la Academia. Angel Pons, (*nuestro* artista) tampoco habla, pero á días se suelta...... y hay que llamarlo al orden. Joaquín Dicenta es el alborotador por excelencia; se le oye desde la Puerta del Sol y

como siempre está en escena le apellidamos por el título de su drama: *Luciano*. Alejandro Lerroux es un elegante chico director de *El País*: Alejandro para ser director completo y estar en carácter cuando triunfe la República (?) en España, acaba de casarse, creo que es lo mejor que ha hecho en toda su vida. Eduardo de Lustonó que se parece á Castelar, no le da el naipe por los discursos, sino por las recitaciones de los autores antiguos; y Don Manuel Quesada un ilustre cesante, gran comentarista, aficionado á la tauromaquía y padre de diez y ocho años.......

Son estos los que pueden llamarse *del uso*; los de todos los días; los primeros que hablan y discuten sin entablar polémicas apasionadas. Se disparan sátiras, se comentan, entre explosiones de risa, los sucesos de la noche anterior, se censura acerbamente al Ministerio, se aplaude la acción de un hombre probo, se remueven las sesiones del Congreso, y para el asunto más trivial se poseen todos los matices, todos los tonos y todas las armas del epigrama culto y chispeante. En este círculo van del brazo las letras, la ciencia, el arte y la política y no riñen de veras nunca; la agudeza sustituye al concepto; el ingenio á la severidad de la razón y á la lógica contundente la frase flexible, amable, ligera y como cubierta de flores.

Por otra parte no es este uno de esos montones oscuros donde tantas fuerzas inútiles se gas-



tan ó en donde se agitan envidias, egoísmos y despechos. Todos son amigos desinteresados y nobles; sólo se estrechan manos leales; no hay orgullos, ni rivalidades, ni envidias rastreras, ni es aquello como lo tituló el Ministro de la Gobernación—según me dijeron—"un nido de víboras" que calienta injurias y calumnias con objeto de agobiar de ignominias el nombre del ausente. De tejas abajo, la verdad, no hay acontecimiento sensacional que pase inadvertido y sin su cola larga de comentarios por aquellas mesas; pero no son los comentarios sangrientos ó destilando hiel, esos comentarios cobardes de emboscada, los que allí se estilan, no. No hay cam-

po en esa reunión para la infamia : se hila más delgado, es decir caballerosamente.

El chiste es entre españoles una necesidad ; el chiste sano se entiende ; en este café las bromas son algo así como un bombardeo que á veces toma proporciones de batalla colosal: un extraño creería de fijo que de tales alborotos iba á surgir un duelo á muerte;...... nunca llega la sangre al Manzanares. Y es tan exacto todo cuanto escribo que al día siguiente del estreno de *Nieves*, drama de Ceferino Palencia y en momentos en que se iba á poner el drama sobre la mesa de disección entró á la Cervecería Ramón Tubau, cuñado del autor, y entonces uno se puso de pie y le gritó :



—¡Ramón, no entres que vamos á hablar mal del drama de Ceferino!.......

A ratos y á días se presentan por aquellos contornos como de visita Leopoldo Cano, el poeta siempre inconforme, pero siempre buen amigo; Antonio Sánchez Pérez, á quien llamamos "el maestro;" Eduardo Bustillo, persona inofensiva que sólo tiene el defecto de andar preguntando á todas horas si han leído su artículo de *La Ilustración*; López Ballesteros ex-americano y ex-redactor de *La Correspondencia*, dos cosas que constituyen una sola desgracia; Bultiquez un carlista de palmo y medio capaz de comerse crudo al mismo Salmerón; Domingo Blanco, el más activo *reporter* de *El Imparcial* y otros muchos que entran y salen maldiciendo del café y luego "reinciden" como si aquel sitio tuviera imán y ellos no pudieran sustraerse mal de su grado á la tirana imposición. Unos van con el pretexto de ver á Fulano; otros para hacer un encargo; (por el café nunca; aquel café es veneno y hay que bebérselo de un trago.) Mas para encargos ó para lo que sea, es lo cierto que todos entramos á lo mismo de siempre; á conversar, á poner como chupa de dómine al prójimo y á seguir las chirigotas hasta las tres ó las cuatro de la tarde, sin que nadie muestre prisa porque se toque á retirada. El que quie-

re se vá y vuelve, ó no vuelve, ó hace como Zahonero que entra siempre "de lance" haciéndose el loco; aquí dice una majadería filosófica y allá la emprende á cachetes con la lógica.

El hombre hosco, el ceñudo, el grave, el hombre formal ó el que por demasiado formal toma la vida por lo serio huye de estos lugares, donde suena como un trueno jovial la carcajada y como un canto siempre sonoro la alegría.

La Cervecería Suiza es una puerta que se abre al periodista extranjero; y como detrás de esa puerta no se halla la Envidia, ya se puede asegurar que se tiene *compañeros* y la palabra "compañero" es en Madrid, como la de "camarada" en París—según Eusebio Blasco—*sagrada*: sólo que ese título no autoriza en la tertulia la lectura de poesías y otros excesos literarios.

Menuda bronca que le armamos á quien tales cosas pretenda. En cuanto alguno intenta dar lectura á un trabajo literario todos se le echan encima:

—¡A leer versos al Ateneo!

—¡Aquí no se lee versos!.

—¡Fuera el lector!

Y el broncado sin llevarlo á mala parte se sienta y pasa el momentáneo sofoco entre sorbo y sorbo de café.

Ahora que me voy á París llevando á cuestas mi eterna montaña de hastíos, de impresiones y de ansiedades, siento prematuramente la nostalgia de este simpático círculo donde dejo tantos cariñosos amigos míos...,. Mañana cuando vencido por el cansancio de los grandes boulevares, solo, entre aquel mundo de gente desconocida, eche una mirada hacia este Madrid de mis pecados, lo primero que habré de recordar es la Cervecería Suiza: los chistes de Taboada, los gritos de Dicenta, la seriedad cómica de Pons..... Por eso quiero regresar pronto á Madrid; por eso...... y por lo otro: lo otro permitirán ustedes que me lo reserve.

VI

Crónica

Rara es la casa de Madrid donde á estas horas gocen de perfecta tranquilidad: en las de diputados, al menos, reinan los mayores sobresaltos y zozobras, pues con esto de las súbitas, enérgicas y borrascosas sesiones del Parlamento las familias de los padres conscriptos viven con el alma en un hilo.

Para ellas, y para ellos, el mes que "va corriendo": ó andando, si ustedes quieren, ha sido un verdadero mes de pruebas.

Las unas lloriquean y ruegan á todos los santos que sus mariditos no *se pierdan* en un arrebato parlamentario, y éstos, que no las llevan todas consigo cuando franquean las puertas del Palacio de los leones, van suplicando por lo bajo al Supremo Hacedor, que les tenga en suficiente calma á la hora de la bronca. Cuando ésta se va acercando hay diputado, que conociendo su carácter levantisco se mete

debajo del banco; otros siguiendo los consejos de su cara mitad llevan coraza, y muchos toman el partido de no asistir, que es el mejor partido, según Pidal.



Todo alarmado y tembloroso entra el público á las tribunas, porque la prensa anuncia

con 24 horas de "anticipo", el asunto trascendental que está sobre el tapete.

Mañana—dicen los periódicos—se "tocarán" en el Congreso cosas de sensación, y *por de contádo* se cree que *el patio va á arder;* la atmósfera empieza á caldearse......

Bajo tales auspicios abre el Presidente la sesión. Y un diputado de la minoría se pone de pie. Se extiende en soberbias disertaciones históricas, cita á Julio César, Nerón, Calígula, Bonaparte y la Revolución francesa, y en el calor de la improvisación acusa al gobierno de no ocuparse del bienestar público como es de su deber.—Sí, señores—exclama enardecido y violento—la prueba de lo que digo y á donde voy á parar es el estado de las patatas en el país: las patatas están enfermas!

Un ministro interrumpe, colérico al diputado.

—Su señoría se equivoca: las patatas no están enfermas.

—Quien se equivoca es su señoría: yo repito que están enfermas las patatas.

—Es que yo puedo probárselo á su señoría porque yo las he comido esta mañana, y sin ir más lejos, en las Ventas del Espíritu Santo.

—Pues miente su señoría.

—¿Cómo que miento?......

—Que miente su señoría al afirmar que las patatas se conservan sanas.



El Presidente que ve venir el chubasco agita violentamente la campanilla y varios diputados del banco rojo rodean á su compañero mostrando los puños á donde los de la mayoría rodean, á su vez, al Ministro desmentido.

—Protesto—exclama éste—como Ministro y como caballero.

—Esa protesta insolente, tratándose de las patatas, no se la tolero ni como caballero ni

como Ministro, y mucho menos cifrando su señoría el honor en el banco azul.

—Cada uno tiene el honor en donde le da la gana—responde el Ministro.

La primera bofetada no se hace esperar y entonces aquello se vuelve un campo de Agramante; vuelan los sombreros, se rompen los bastones; los gritos asordan y el público de las tribunas lamenta que no le dejen disparar naranjas y botellas, como en la Plaza de Toros—que bien se las ganan los padres de la patria.

Por la noche se arrolla uno en las mantas pensando en los duelos á muerte que habrán surgido de la borrascosa sesión; pero apenas amanece y se echa con impaciencia mano al periódico que debe traer los detalles sangrientos del terrible desafío, y nos encontramos con que los padrinos de aquellos furiosos *Rochefortes*, no han encontrado ofensas en las frases *lanzadas*, por lo cual, evitando una gran desgracia, entre dos valientes, califican el suceso de simple incidente parlamentario.

Por eso los españoles convencidos dicen:

—Vaya con el Congresito...... Tenemos unos diputados que no nos lo merecemos.

***

En España, ya se sabe, los toreros famosos, al cabo de cierto tiempo se transforman en héroes de leyenda.



Lagartijo, por ejemplo, que llegó en días atrás á estos *Madriles de su alma*, llevaba una corte de admiradores que hacía ejército en la calle de Alcalá. Un gran rumor de admiración y de cariño circulaba por todo el trayecto:

—¡Lagartijo!......

—El Maestro!......

—-El Califa con sus emires!......

Los grupos se abrían en alas; las señoras y

caballeros se detenían con los ojos muy abiertos á la curiosidad; las chicas de mantón se echaban al arroyo voceando y los de ''aficionaos'' se llevaban la mano al sombrero con regocijo.

En cambio pasa por allí Menéndez Pelayo, pongo por caso, y tropieza inadvertidamente con uno de los niños de la torería, éste no desperdiciará ocasión para soltarle un terno.

Y como estas son notas taurófilas: allá va una peregrina.

Un periódico, de esos dedicados expresamente á revistas y biografías de toros y toreros, publica en su último número un retrato del célebre *Guerra* en cuyo margen se lee dificultosamente esta dedicatoria *original:*

A mi querido banderillero Moyano.

Su matador,

Guerrita.

¿ Su matador?......

En la concurrida Carrera de San Jerónimo la gente se detiene frente á un lujoso escaparate, donde se exhibe un riquísimo traje de novia prendido de brillantes y tres corsets de raso bordados en oro; debajo un letrero grande y llamativo:

Para la boda de una hija de Frascuelo.

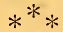


Ustedes pueden figurarse el ruido que meterá esta boda: el de un terremoto. La ceremonia de fijo, tendrá su público especial. En primer término lo formarán las familias de los ganaderos, en segundo el elemento alborotador de la calle de Sevilla, y todas *las criaturas* de

amplio sombrero, de los que miden, para los grandes días, diez metros de desarrollo; y en último término—que diría Urrecha—los sedentarios curnológicos. A estos se les antoja "corrida" la boda y andan comprando los billetes de invitación como las localidades en días de alternativa—á precios exhorbitantes.

Son los que menudean, hoy, en Madrid con motivo de la boda del Frascuelo, ó de la hija, que para el caso da lo mismo. La calle de Sevilla es un hervidero, porque allí se reune toda "la torería"; los periódicos aficionados, traen el retrato del novio, de la novia, de la casa donde van á vivir, de las zapatillas y hasta de los trajes que han de usar en casa.

Todo esto apoya lo que he dicho al comienzo de estas líneas: que en España un torero viejo es héroe de leyenda; pero de leyenda *curnóloga*.



Ustedes no saben cómo es la primavera en Madrid?...... No, verdad? Pues fácil es enterarse. Compárenla ustedes á aquella Presidencia de Venezuela que anduvo de Herodes á Pilatos días antes del triunfo de la Revolución y en los que hoy era Pedro el *Supremo* Magistrado y mañana el Magistrado *suprimido*, y tienen una copia fiel de la estación actual en los Madriles.

A las primeras horas del día un frío horroroso y unos "ventarrones" indiscretos que se



ensañan en los trajes de las señoras dejando apreciar más de lo conveniente algunas medias que se quisieran ocultar; y por la tarde un calor bochornoso que pone en consternación á muchos sugetos, cuando se encuentran en el imprescindible caso de despojarse del gabán,

que hace contraste con la americana raída y de color indefinido que dejan á la vista.

El gabán, ó "sobre-todo", en España es, muy generalmente, un "sobre-nada".

Hay individuo que no da su brazo á torcer y así se ahogue ó pesque un tabardillo continúa en pleno verano con el abrigo abrochado hasta el cuello.

Y otros que se apresuran á llevarlo á la casa de Empeño,...... para que no se les apolille, andan expuestos á pillar pulmonías, porque á lo mejor se desata el viento del Guadarrama y vuelta al abrigo y á las capas.

Los que me hacen más gracia son los que se adelantan á la estación y aparecen en sociedad con el sombrerito de paja, la camisa flotante á rayas rojas, el correspondiente cinturón que suple al chaleco, la corbata de alas de mariposa y el pantalón bombacho que cae en forma de embudo sobre los lazos del zapatico color de buñuelo.

A esos los apellida *gomosos* la gente seria.

Mas por lo único que yo deseo el verano es por el traje del bello sexo; en el verano no hay algodones, ni aditamentos, ni cosas que den lugar á sospechas. La bella mitad del género humano se echa á la calle con los claros trajes de percal tan ceñiditos á las formas que nos van informando de la clase......del percal, como dijo el otro. Una mujer en tales condiciones

ondeando las vaporosas faldas, la cabeza al aire libre, los colores de poma asomando á las mejillas y los ojos húmedos por la última savia de la primavera, es la culpa de muchas catástrofes entre los célibes; de ahí los bardos improvisados, los matrimonios como de lance, los suicidios ruidosos con pistolas de dos cañones y dinamita; las fugas, el desbarajuste...... y el punto final de esta revista—que no quiero se pase de la cuenta.

SEVILLANAS



Hace una hora que Angel Pons y yo nos hemos separado en la Estación de Atocha después de tres días de feria en la histórica Sevilla......

Aún me queda en las pupilas el deslumbramiento del espectáculo; aún llevo en la imaginación medio esfumadas las curvas voluptuosas de aquellas espléndidas mujeres; aún tengo en los oídos como un lejano rumor de fiesta olímpica el ruido de las muchedumbres que aplauden, de las guitarras que se quejan cantando; de las alegres vibraciones de las castañuelas, de las ondulantes músicas flamencas y de aquellas melancólicas coplas que traen siempre reminiscencias de alguna tristeza agonizante ó dormida en los rincones del alma.

Así soñé yo á Sevilla arrullada por la musa de la leyenda, humanizada por el amor, glorificada por el épico clarín de las historias; así, con esas callecitas animadoras donde viven y pululan privilegiadas mujeres de gracia y hermosura; con los terrados de las casas henchidos de búcaros; con sus ventanas cruzadas por verdes enredaderas; con sus patios, como los de Caracas, abiertos á la luz del sol, poblados de macetas, de jazmines, de campánulas y madreselvas...... No fuí á Sevilla precisamente á ver la feria, sinó á curiosearlo todo, monumentos, calles, parques y paseos; pero mi compañero dio al traste con mi itinerario y apenas si pude echar una ojeada, á la famosa Catedral cuya laberíntica estructura de yo no sé cuántos siglos atrás deja el ánimo suspenso; otra ojeada al *Patio de los Naranjos*, que está

rodeado de estatuas y muros de fabricación árabe y otra al Alcázar, sitio de todo punto indescriptible en una crónica que solo se dedicará á la Feria.

Lo que sí quiero consignar es mi visita á la tumba del infortunado Gustavo Becquer.

La tumba del poeta no está muy lejos de la ciudad.

Se va por una polvorosa carretera muy triste y muy solitaria...... y allá cerca de las blondas y á trechos verdosas orillas del Guadalquivir, rodeada por una pobrecita verja de hierro se ve la blanca losa que cubre las cenizas del doliente bardo de las *Rimas*........................

No recuerdo cuanto tiempo estuve allá, pero cuando regresaba á la ciudad, cuando empezaron á llegar á mis oídos semi–apagados los delirantes gritos de la fiesta, sentí como un peso en los pulmones que no me dejaba respirar y balbucée inconscientemente:

Dios mío, qué solos se quedan los muertos!



Andando, andando, y luégo que deja uno á las espaldas la Plaza de las Delicias y la calle de las sierpes, que es la principal arteria de la ciudad, se entra en las bulliciosas barriadas que ostentan vistosos gallardetes, pabellones, lazos de mil colores, guilnardas y arcos, por



entre los cuales desfila la alegre muchedumbre que va al prado de San Sebastián, donde se verifica la apoteosis de la primavera y la hermosura...... Una fiesta esplendorosa á la que acuden príncipes extranjeros y gente linajuda, ó popular de todos los pueblos de España. En trenes regios, á caballo, en tranvías, en tartanas, en ómnibus y á pie invade la multitud

aquel extenso prado cubierto de interminables hileras de "casetas" que hacen horizonte. Hay casetas de lona á rayas y casetas de madera labradas, pero todas son originales, artísticas, espléndidas en festones, colgaduras, sillerías, espejos y ramos de flores que forman murallas porque en cada una el goce va á realizar sus victoriosas y sonadas epopeyas...... Hay alegría en todas partes; alegría en los ojos que relampaguean á través de las mantillas de encajes y madroños; alegría en los inocentes gritos del forastero deslumbrado; alegría arriba en el azul del cielo trasparente; alegría abajo en la cariñosa y tibia verdura del campo que palpita ebrio de vida como si la humanidad le trasmitiese sus estrépitos, sus temblores y sus ímpetus.

Flanqueando esas casetas como una enorme y culebreante cinta listada de oro y grana, se ven los fondines de vinos espumosos, las tabernas con sus apetitosos caracoles, las buñolerías con sus pequeñas y azuladas columnas de humo y los abrevaderos de ganado en los que la astuta y famosa gitanería andaluza campa por sus respetos realizando negociaciones truhanescas.

"Un día de feria—escribe un renombrado literato francés—es para el gitano lo que para los hechiceros una noche de sábado: en las manos de juglar del bohemio, Rocinante se robustece como Bucéfalo. El rocín cansado que



la víspera arrastraba sus pezuñas cojeando se metamorfosea en corcel gallardo. Pero entre las rodillas del ginete comprador la bestia apócrifa se deseca; su gordura se funde como la nieve al sol y la crin postiza queda entre las manos del rústico embobado."

Es una pintura exacta de lo que acontece en los centros de *tratos* de la feria Sevillana;

con la particularidad de que montando al rocín el hábil vendedor, aquel tiene más bríos que un *cerrero* de nuestros llanos, porque en un cerrar de ojos le introduce á la bestia entre las orejas un puñado de alfileres que lo pone á piafar y á fingir "respingos" capaces de convencer al más entendido domador.



Las gitanas se adornan de piedras deslumbrantes; del pañolón hacen un maraña asombrosa que se cruzan sobre el pecho dejando la redonda garganta descubierta ó ceñida de collares de cristalería. En las puertas de sus tiendas ofreciendo baratijas y animando con guiños picarescos al extranjero, las gitanas constituyen—según Pons—el verdadero peligro de la feria: él sabrá por qué lo dice.

Cerca de las gitanas, por lo general, se levantan las barracas churiguerescas, donde saltimbanquis, cancanistas y titiriteros ejecutan al ruido de los cascabeles y tambores, saltos dislocantes y bailes vertiginosos.

A trechos se ven las buñoleras con sus abigarrados trajes de percal, soplando afanosas los anafes y pinchando las rosquillas que ofrecen *calentitas* y con inimitable zalamería á los paseantes.

Y arrullando todo este movimiento, de seres y de cosas, todo ese torbellino de coches que

pasan, de caballos que trotan y de reses que mujen entre el ladrido de los perros, se oyen las murgas estridentes y las danzas cadenciosas y los pasacalles en boga y las coplas quejumbrosas de los *cantaores*...... improvisadas entre una caña de manzanilla y un preludio de ritmos torturados por el tocador.

Junto á este suele verse á la bailarina con su traje característico, de faldas de colores ceñida, sin mantilla, con los brazos desnudos y el pelo sólida y artísticamente enroscado sobre la nuca...... Una atronadora salva de aplausos saluda á está mujer cuando enarca el talle, echa los brazos en alto y comienza, esparciendo, agitando y desliando las relumbrosas faldas para darse esa serie de volteretas olímpicas y magistrales taconeos que constituyen el arte quintiesenciado, el arte prodigioso de Andalucía. Es el baile fantástico, aéreo, de rapideces increíbles, de ritmos y de rúbricas tantas veces descrito; pero hay que verlo, no adùlterado en los teatros de la Corte, sino allí, en la tierra de *María Santísima*, donde la bailarina tiene más libertad ó más conciencia, donde la tentadora languidez de los ojos y la sonrisa inimitable de los jugosos labios andan en complicidad con la música nerviosa; donde la mujer se transforma en ángel ó demonio ó no sé qué, cimbrando, ondulando y serpenteando la cintura hasta arrancar esos gráficos *Olés!*......



redios!...... y *¡viva tu mare!*...... y mientras al compás de las castañuelas habla, canta y frasea sus poemas coreográficos la suela del zapato.........

***

En el programa de *los tres días* se incluyen grandes corridas de cornúpetos en las cuales figuran las primeras estrellas de la tauromaquia. Los héroes de pantalón ajustado, de chaquetilla corta y de camisa historiada exhiben sus erguidas personas desde temprano entre el mujerío de rompe y rasga. Y cuando llega la hora de corrida, es de ver la animación de las sevillanas que en esto le dan punto y raya á las madrileñas: flores, madroños, peinetas, bizarros mantones de largos y ondulantes flecos, en una palabra, el traje propio de la verdadera *torería* y la no menos verdadera y santísima locura que produce este espectáculo en España.

Luégo, allá, por la noche, la muchedumbre invade la pradera espléndidamente iluminada y se entrega al canto, al baile, al juego y á la tertulia donde "se derrama la sal" y se prodiga la sonora carcajada; hasta que la fatiga y el Jerez rinden las almas y los cuerpos; las luces de los farolillos se agobian; las orquestas languidecen; las antorchas empiezan á humear y cuando las tenues claridades de la aurora se dilatan sobre el campo, apenas se ve un extraño montón de telas, de mantas y de soñolientas cabezas que buscan apoyo en el espacio ó se enderezan de súbito al eco de alguna ronca petenera que se pierde entre las profundidades de las últimas sombras de la noche que se acaba.........



INDIGESTION DE TRONOS

Ya tenemos para rato con *lo del trono:* la prensa se ha propuesto tomarlo por lo serio y el utópico trono de Francia se ha hecho *un lío* que á vuelta de una semana no hay quien lo desate: los de Orleans y los de Borbón han empezado por tirarse de las greñas, como las mujerzuelas, acabando por dar un espectáculo harto poco edificante para la aristocracia de la sangre. El hijo del Conde de París, según comuniqué en otra crónica anterior, reclama á grito pelado su derecho de sucesión; D. Francisco de Borbón y Castellví invoca con acento solemne su descendencia de *sesenta* reyes, de *cuarenticinco* duques y de *ventitrés* condes y duques emparentados con la más alta nobleza de los antiguos tiempos; y el hijo de Don Carlos, que no se queda atrás en esto de las grandes pretensiones, asegura que él es el más bonito de los borbones, que tiene el pie andaluz,

la cintura de *palmera;* los ojos garzos y el perfil circasiano como el de su augusto abuelo D. Enrique, títulos suficientes, según él, para no renunciar á la corona de Francia.



Pero vaya usted á saber donde anda "la corona"; algunos republicanos guasones presumen que está empeñada en uno de muchos Montes *de piedad* que hay en la villa y corte y otros creen que la corona reclamada por esos señores es la que se ve allá en la altura de

la Gran Opera de París; por mí se decir que es la única que he visto en Francia—y que por cierto es una anomalía de la República, no Francia, sino la corona—cuyos bordes son iluminados nada menos que en la fiesta del 14 de julio: iluminaciones de coronas en fiestas republicanas mueven á risa estrepitosa y franca, aunque estas iluminaciones las hagan los parisienses.



Para ocupar el trono de Francia lo primero que se necesita es ser duque de Anjou y el ducado, como ya sabemos, se lo disputan tres pretendientes con el mismo derecho que pudiera yo disputar el reino de Corea, pongo por caso, á los chinos y japoneses. El título de duque de Anjou lo legó ó lo dio (no estoy muy fuerte que digamos en este árbol genealógico) Luis XIV á su biznieto, que vino con el tiempo á llamarse Luis XV. Si mal no recuerdo el ducado desapareció ó lo hicieron desaparecer en el hijo de éste, Luis Felipe. Y más tarde, por yo no sé que razones de Estado lo llevó juntamente con otros títulos no menos pomposos, el infortunado Luis XVI. Aquí diríase que el tajo de la guillotina enmoheció el ducado, pero no señor, á poco se *lo peleaban* los Borbones de Francia y los de España y después

de los consabidos gritos de "si es mío" y "no es tuyo" y si "yo te lo presté *pa* que *aluego* me lo devolvieses," convinieron los de España en que los de Francia tenían más derecho......

Y *derechos son derechos*, acaba de decir, *lleno* de la más profunda convicción el insigne Don Francisco al aceptar la jefatura de la monarquía traspirenaica. Mas este es, un derecho que no hay por donde cogerlo si á ver vamos. El general Borbón es español de los de tuerca y tornillo como suele decirse: siendo General del ejército de España no puede ser rey de Francia, porque es lo que dirá Mr. Perier: "para rey yo." Y á lo que agregará Sagasta:

—O ese señor de Borbón conserva su fajín de General y cobra sueldo de retirado y continúa cuidando en su casa de campo las lechugas y yendo de pesca á San Sebastián en el verano, ó es rey de Francia y entonces coge sus maletas y se larga, porque este Gobierno no quiere más rey que Alfonso XIII y mucho menos quiere verse metido en un berengenal.

Y lo peor del *lío* no está en ese nudo, está en otro más apretado. Pues verán ustedes. Un periódico francés *fue* y equivocó el nombre del asendereado Pretendiente y en vez de escribir Don Francisco de Borbón y Castellví puso Borbón y *Castelar*. Claro, los franceses

al leeer Castelar se les antojó que Don Emilio era pariente de reyes y por ende sucesor también, ó más bien, con derecho á la sucesión del trono. Pensar tal enormidad y asomar en serio ó en broma, que para el caso dá lo mismo, la candidatura de Castelar al ducado de Anjou, todo fue uno.



Créanme ustedes á mí ; lo que está pasando con el trono en ciernes es de lo más cómico que se ha visto en los tiempos modernos, y es para un consumo de ironías, de chacotas y epigramas hasta la hartura.

***

De lo mejor y más sabroso que hay en todo esto es el Manifiesto de Don Francisco que comienza con estas palabras:

Hême aquí !



Cualquiera se figura que este buen hombre viene con instintos bélicos como Pelayo en Covadonga, (dando por averiguado que Co-

vadonga sea verdad, que hay quien lo duda, pues según afirman los que entienden eso de estrategias militares, allí es *completamente imposible* librar una batalla.) Y conste que esto no lo digo yo, porque á mí no me gusta meterme en enredos históricos.

Volviendo al *Hême aquí* ¿no creen ustedes que eso debe grabarse en letras de oro para inmortalizar la personalidad de Don Francisco?

¡ Héme aquí...... súbditos !

Ya no me queda duda alguna: Don Francisco se sintió rey, como Martínez Campos se sintió rifeño cuando vio desorejado á Alí. El "*Hême aquí*" de Don Francisco de Borbón tiene algo del "vine, ví y vencí" de Julio César; parece una *explosión* napoleónica, como aquella de "Soldados: desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!"...... Sí se ha sentido también Don Francisco Napoleón; pero entonces sí que habrá un desbarajuste militar en toda España porque Martínez Campos, que no es un General así como quiera, un Martínez á secas, por ejemplo, sino un Martínez con Campos y todo, empezará por disputarle el título de "Napoleón fin de siglo" al nuevo duque de Anjou y el desaguisado será horrible: como si lo viera. Un hombre que como Martínez Campos se levanta sobre la punta de los pies para gritar á los anarquistas anónimos: "*Vengo para que me maten,*

pero creo que van á errar la puntería," no retrocede, estoy seguro ante el "Héme aquí" de Don Francisco de Borbón.

Entre otras cosas ha dicho este último señor *que no le gustan* los alemanes y que en el conflicto de las Carolinas él asumió una actitud belicosa y entonces los alemanes se *asustaron* y se cayeron boca abajo.

Todo esto es, como ustedes ven, de una elocuencia abrumadora.

—"Yo voy á poner las cosas en claro—acaba de decir á un reporter de *El Tiempo.*—Esos señores de *los papeles* han querido ponerme en ridículo, fantaseando como les ha dado la gana, y *á mí no me toma el pelo nadie.*"

(Palabras dignas del duque de Anjou).

—"Los que me censuran tanto, es posible que hubiesen encontrado natural que un Borbón hubiera puesto su espada al servicio de la revolución ó de la República; pero de hallarse en mi pellejo, seguramente no habrían dejado de hacer lo que yo he hecho.

—"Ahora ya sé, y no me importa—añadió,—que dirán de mí cuanto puede decirse, y hasta me parece estarme viendo en caricatura, montado en un borrico y con una enorme corona sobre la cabeza; pero cuando esto pase, me consolaré pensando que en el papel en que aparezca el grotesco dibujo, *yo representaré al rey y el burro al caricaturista dibujante.*"



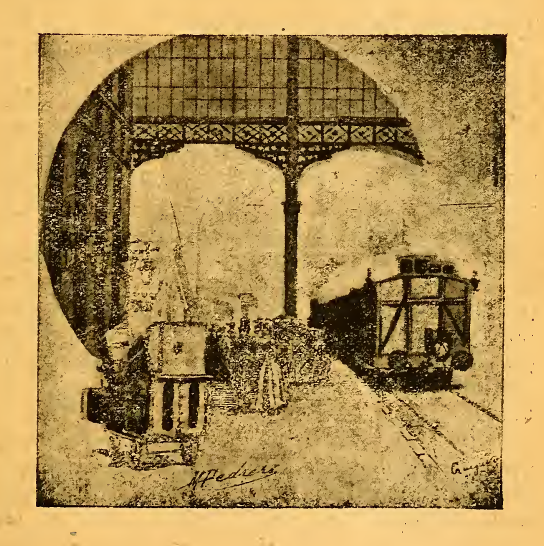
Anda...... anda y cómo me han puesto á Don Francisco los dibujantes por permitirse esas libertades de lenguaje! Ahora resulta el burro coronado y los caricaturistas muy ufanos y dispuestos á ponerlo como digan dueñas en venganza del insulto. Es aquello de "no escupas al cielo que te cae"......

¡Pero señor y quién mandaría al duque de Anjou (?) á meterse con dibujantes puntillosos?......



DE PARIS A MADRID

(CON PARADA Y FONDA EN SAN SEBASTIAN)



Un rayo de sol pálido surge de un gran pedazo de cielo y deslizándose por entre las filas de árboles del Boulevard cae como una cinta de plata entre la niebla que se extiende sobre el Sena; por encima del Puente Saint Michael se destacan anchas, robustas, vigorosas, como dos gigantes, las torres de Notre Dame y detrás, después de un montón de edificios y de casas, se divisa la amplia estación de Orleans, á donde voy con mis tristezas acompañado de dos buenos amigos, en un coche de punto, cuyo caballejo parece trotar pensativo, oliendo la humedad que se desprende del asfalto. Algunas carretelas se dirigen al Jardín de Plantas; los ómnibus pasan oscilando sus imperiales y un grupo de estudiantes, riéndose, aparecen en una boca-calle acompañados de sus novias.

En el andén de la Gare de Orleans hay concurrencia de sobra. Mujeres y hombres de pueblo vestidos con sus mejores trajes; todos alegres, retozones, joviales como chiquillos en fiesta; todos dispuestos á solemnizar su domingo en grande. Sólo yo, emprendo mi viaje completo más allá de la frontera: voy, digo, vuelvo á España.........

La primera campanada da la señal de partida, y por en medio de aquella loca muchedumbre, por entre aquel rumor creciente de alegría, me lanzo al vagón con todo París metido en la

cabeza...... Luégo un silbido prolongado, un traqueteo de herrajes y el arranque poderoso de la máquina cuya vertiginosa rapidez se deja sentir á los pocos minutos.

Hemos atravesado selvas, salvado puentes, trepado montes por espacio de veinte horas hasta llegar á la frontera, hasta Irún, á donde entramos por la mañana todos soñolientos, cabeceándonos, buscando inútilmente un sitio cómodo que sirviera de reposo á los cuerpos molidos. Irún...... el cambio es algo brusco, pero delicioso; la impresión siempre es grata, á pesar de ir mezclada de pena indefinible. Con cuánto placer medio saturado de recuerdos tristes se oyen estos gritos de las muchachas vendedoras:

—Leche !......... Rosquillas !......... Buñuelos calientes !

Y apenas asomé la cabeza por la ventanilla, un chico pasó rozándome su maso de periódicos por las narices:

—*El Tío Jindama*, con la cogida del "Reverte" en Bilbao!....................................



Es mucha jornada esta de París á Madrid; por eso decidí descansar en San Sebastián que se encontraba á la sazón en plena fiesta. El verano de San Sebastián es un pretexto para

lanzarse, sin meditar las consecuencias, á través de un programa escandaloso de bailes, banquetes, corridas de toros y aristocráticos (?) juegos de Casino. Como allí va el Rey todos los años el balneario se convierte en estación de moda: todo lo regio, todo lo rico, todo lo elegante de la coronada villa se reune en el bellísimo pueblo, desde luego se abren los teatros; se hacen visitas, excursiones á Biarritz y Boyana, que están á una hora de distancia; se lee acostado sobre un banco de la Plaza; se persiguen aventuras bajo las arcadas de árboles del Boulevard; y hasta se inventan nuevas fiestas como si no bastara con aquel estrépito de conciertos al aire libre, de ferias populares, con su continua algarabía y sus dicharachos ingeniosos, y con ese remolino de toilettes y de carrozas, que en aquella estrechez resulta aún más frenético que el de Madrid.

La única hora de reposo, la que pudiera decirse "higiénica," es á las once de la mañana; la del baño. La playa de San Sebastián forma una inmensa media luna, á cuyo alrededor se agrupan "los bañistas" en número asombroso; pero la mayor parte va "á ver bañar" á la menor; y la menor, claro, pertenece casi toda ella al sexo femenino; es un desfile encantador de mujeres hermosas con sus trajes ligeros, á capricho, ceñidas las formas y medio desnudos los hombros blancos, las nucas con sus tintes azula-

das, las cabezas todas descubiertas, con los nudos de pelo artísticamente recogidos.

Más lejos se baña el Rey, en caseta separada; y alrededor de aquella caseta una muchedumbre curiosa cuyo único placer consiste en ver surgir, envuelto en un círculo de espumas al simpático chicuelo, para aplaudirle su destreza de nadador. Cuando regresa á "la concha" donde otra multitud no ya de pueblo, sino de aristócratas lo espera, hay siempre alguno que grita:—¡Viva el Rey!

Alfonso XIII cuenta unos diez años; es delgado, un poco rubio y los ojos muy vivos. En días pasados lo retrataron con uniforme de Capitán General y excuso decir á ustedes el número de pedidos que se hizo á la fotografía: todos los españoles querían tener un retrato del Rey; pero la Regente prohibió la venta de tarjetas.

Volviendo á lo que estábamos, es decir á las fiestas veraniegas, se dan ya por terminadas: han desaparecido las montañas rusas, los circos ambulantes, las bicicletas, las pesca y estaba por decir que la "holgazanería," pero no será así. Volverán los trenes atestados de viajeros á Madrid; y volverán las distracciones suntuosas, las opulencias sin tasa, el mismo torbellino de todos los otoños con sus trajes claros, y el mismo frenesí, después, en el invierno con sus abrigos de sedas y de pieles. Los estrenos,

la Opera, los Bailes de máscaras, los Clubs y el eterno delirio de los goces de todo género: eso es Madrid y así hay que tomarlo...... ó dejarlo. En Madrid no se trabaja: se pasa la existencia en el tocador sin perjuicio de encontrarse el mejor día en una celda de hospital el que ha derrochado más dinero.



"Por fin" llega uno medio loco, molido y hecho un desastre á esta muy heroica villa que cada día parece más temerosa de las irrupciones de París.

Hay que hablar con sinceridad: cayendo de golpe y porrazo en la capital de España, después de vivir una buena temporada en la "capital del mundo," la impresión es dolorosa, tanto más cuanto que á Madrid se le tiene ya metido en el alma como si fuera cosa de uno. En París—la verdad—es uno siempre extranjero, un simple *monsieur* cuando no un *rastá*......; en Madrid, apenas se llega, aún invadido por la nostalgia del país ajeno, se está como en casa; manos amigas, felicitaciones, recibimiento entusiástico en los escenarios y "ovación" en el Café inglés, amén de los sueltos de periódicos, en que se envía la bienvenida con frases cariñosas. Pero todo esto tiene sus inconvenientes: ya verán ustedes.

A poco de instalado en mi nuevo "palacio" de los Madriles, se me presentó la antigua patrona de la calle de Jacometrezo que me daba cartones por patatas y suelas viejas por carne á la parrilla. Venía á cobrarme cuatro pesetas que *le restaba*, y como yo le dijera que venía de París y que era indigno de un *personaje* como yo eso de pagar cuatro pesetas, que se fuese á freír espárragos. Excuso decir á ustedes cómo se me desató aquel *energúmeno* de 300 libras de peso: me llamó *granuja* y estuvo á punto de pegarme porque me resistí á volver á su indecente cuchitril. Después vino Gonzálezzz el sastre, precisamente en los instantes críticos en que yo vaciaba la maleta de ropa nueva. Luégo entró Martinezzzzz...... el sombrerero y por último Sañudo, armado de una comedia que deseaba leerme.

Y todo por culpa de *los papeles*—como dice mi portera.

El único periódico que no me hizo el daño completo fue *El País*, que, al saludarme, me cambió el nombre de este modo:

"Nuestro querido amigo el ilustrado escritor venezolano D. *Luis Eduardo* Pardo, ha llegado á Madrid, procedente de París, á cuyo punto se propone regresar muy en breve."

Al principio creí que este Luis Eduardo era mi hermano, que había cometido la estupidez de meterse á escritor para entrarse de guapo

en este infierno de las letras que se llama Madrid, pero de la duda me sacó Gil Parrado, uno de los directores del susodicho periódico:
—Ese Luis Eduardo es usted mismo en persona—me contestó.

—Me ha quitado usted un peso de encima—le repliqué—porque no hubiera sido poca desgracia esta de que me saliera ahora un hermano con impulsos de *genio.*

—

Y metido ya de hoz y coz en este que llama Eusebio Blasco *mi Madrid de mis chulas y mis soldados de mi lengua, de mi aire y de mis afecciones*, voy á echar la firma al artículo porque ya me están entrando tentaciones de irme *á coger el sol*, á oír las músicas ambulantes, los gritos alegres de las vendedoras y las charangas de los regimientos que pasan atronando la calle.........



LOS VERANOS DE PARIS

Catulle Mendés, el poeta de todas las estaciones, ha publicado anoche en *El Eco de París* un himno nutrido de lamentos y sollozos para preguntar con ingenuidades de niño triste ¿qué se ha hecho la primavera? Esta pregunta me recuerda aquella otra espantosamente trágica de Guy de Maupassant cuando se encontró en el Manicomio:—*¿Dónde están mis ideas; alguno las ha visto por ahí?*...... Catulle Mendés se lamenta, pero se ríe; maldice el calor agónico y busca los gabinetes alfombrados; protesta de las nubes de polvo y se pasea por la Avenida de las Acacias; empieza en tono elegiaco aquella estrofa y termina con un chiste en medio de un bostezo:—"En este París indecente (?) no se puede vivir; me voy á España, á San Sebastián á ver los toros"......

A este poeta la locura no le entra por lo trágico, sino por lo "flamenco."

***

La verdad es que ese París del Grand Prix, del Entierro de Carnot y de las fiestas del 14 de Julio no parece el mismo que estamos "usando" á estas alturas...... de calor sofocante. ¡Aquel París!...... Recuerdo que una noche Carlos Cabada y yo, trepamos como gimnastas al imperial de un Omnibus que se dirigía á Porte Maillot y á poco de traquetear sobre los adoquines entramos al asfalto de la Plaza de la Concordia y luégo á los Campos Elíseos...... Fue un movimiento espontáneo, rápido, unísono: mi amigo y yo lanzando un grito de asombro nos inclinamos sobre las barandillas del vehículo, para contemplar en toda su grandeza aquel maravilloso espectáculo...... Una aglomeración de millares de coches se precipitaba por todas las avenidas del Arco de Triunfo, mientras que de la parte opuesta, como surgiendo del fondo del Obelisco, una cascada de estrellas se desbordaba en distintas direcciones bañando de luz, con vivos tonos de relámpagos, todo el ancho del arroyo: sobre el suelo, sobre los árboles, sobre los techos de los teatros de estío corrían fulgurantes reflejos, inundaciones de llamas de sol; oleajes trémulos de oro. Y todo aquel océano vibrante de resplandores, de movimiento y de vida rimado por las joviales explosiones de las músicas! Del fondo de aquella hoguera mágica salían clamores de goces y risas confusas de alegría: ahora semejaba aquello un bosque

incendiado; ahora una sabana luminosa cruzada de rayos eléctricos; en aquel instante los Campos Elíseos con su vertiginosa danza de luces, era una especie de vía láctea por donde París orgiástico con sus carretelas cargadas de amores, de sedas y de "lágrimas" atravesaba violentamente como un huracán......

Yo no me avergüenzo de confesar, no obstante mis visitas á grandes y populosas ciudades norteamericanas, que París me sorprendió, pero ¡caso original! un mes después de estar en él......... También confieso que ahora no me encuentro con valor para salir de este mundo de maravillas.

Y sin embargo *el todo París* hizo las maletas á prisa y corriendo para irse á las estaciones balnearias, á dormir las siestas entre el ruido arrullador de los árboles y la algarada deliciosa de los pájaros. Por eso dijo Catulle Mendés que París estaba solo.

***

Este ingrato estío dilata sus sofocantes efluvios cargados de embriaguez por sobre la inmensa línea del boulevard; en el Bosque de Bologne no se oye el crugir de los arneses y el remolino de faldas que rozaba el cimento de las aceras es sustituido por un centenar de mangas de riego que refrescan un poco el calor de ascuas que se siente bajo los pies. Hay una como masa de aire caliente que pesa sobre nuestras

cabezas y apenas si nos deja respirar: á respirar vamos á las orillas del Sena: sólo allí tiene caricias húmedas la brisa; la naturaleza toda invita á la indolencia y bajo las sombras de las arcadas de árboles en medio de una vegetación opulenta y como nutrida por la savia de los trópicos, encuentra blando reposo el agobiado espíritu: allá á lo lejos trozos aéreos de verdura; óvalos caprichosos de flores; extrañas malezas con penachos verdes é impenetrables tejidos de ramas; y sobre esas misteriosas bodas de la tierra, el sol esplayándose con sus alegrías y el Sena, abajo, retorciéndose como una gran serpiente de acero, perdiéndose en un recodo ó apareciendo de improviso como una gran mancha gris á través de un ojo de puente ó como una cinta de plata con rayos de oro en medio de los resplandores del día.

Esto es París en verano: una eterna mezcla de bostezos y de voluptuosidades incompletas; pero á pesar de esa *gran tristeza* (?) de París, repito que no me atrevo á abandonarlo y todavía vacilo en regresar á España; todavía no sé si como Catulle Mendés emprenda viaje á San Sebastián á ver los toros ó si me quede como Verlaine en una mesita del Café Riche saboreando un "bock" mientras pasan las chicas, "tentadoras con sus faldas recogidas," mostrando la redondez de estatua de sus talles......



UN JUPITER TONANTE EMBAJADOR
Y UN MONARCA CON CIEN TITULOS

Yo convengo en que Martínez Campos sea un valiente general; pero Embajador, diplomático, cá! ni que me lo den con cucharillas de té. Es lo mismo que si cogieran á un general venezolano y lo hiciesen arzobispo, con perdón de Críspulo.

Martínez Campos cayó en inminente peligro de oratoria, que es como decir, que está á punto de echarse en un sillón de la Academia; —de la Academia de "la lengua," se entiende, porque esta vez ha probado don Arsenio que tiene una lengua prodigiosa, y bien merece que lo metan allá de cabeza para que no vuelva á hablar en los días que le quedan de vida. Es el gran remedio para los habladores; meterlos en la Academia.

Yo quiero creer, ó mas bien, yo quiero convencerme, aunque me cueste trabajo, de que

el general puede desenvolverse á duras penas de su cometido de Embajador; lo que yo no quiero convencerme, es de los pujos poéticos de don Arsenio.

En sus piropos al Sultán de Marruecos, después de llamarlo valiente é insigne caballero, se le va el santo al cielo al aljamiado Embajador y exclama con acento vibrante:

"Cuando las nubes cubren el horizonte podrán nublar el sol; pero cuando el viento las despeja, aparece el cielo más azul, más hermoso, más radiante y más espléndido que nunca."

Aparte la Sintáxis—que no anda aquí muy bien parada—puede decirme el general—¿quién lo mete á él en estos líos literarios? ¿Qué sabe el Sultán de Marruecos (que es un sinvergüenza *mayormente*—según la portera de mi casa) qué sabe, digo, ni qué entiende de horizontes, ni de nubes ni de todas esas majaderías líricas que le dedica don Arsenio? Además, yo creo que al general Martínez Campos lo han enviado cerca de S. M. Scheriffiana á exigir simplemente una indemnización; pero de fijo que el Gobierno no le mandó á decir si el cielo es azul y el sol radiante y las nubes grises......... ¿Quién le iba á encargar semejantes cosas á Martínez Campos? Nadie. Para eso está don Emilio Castelar que ahora se ha empeñado en dar al traste con sus glorias de tribuno escribiendo unos artículos kilométricos titulados *El*

Plutarco del Pueblo, los cuales artículos á mas de caerse de pesados y rimbombantes se llevan las cuatro páginas anchas, las veinticuatro nutridísimas columnas de *El Liberal.*

Volviendo al Embajador insigne, repito, que se ha salido de su esfera, y es claro, los diplomáticos y los genios y los poetas que se hacen así de golpe y porrazo, tienen que dar malos resultados.

Es como si don Luis Amato (que ahora está en Madrid) después de proclamarse eminencia en Venezuela, volviese de allá con intenciones de darte pisto, aquí donde pasa como un *adocenado*. Y así como Amato á fuerza de poner el ''eminente'' en los carteles se creyó un Vico, en Caracas—donde pasan muchos artistas por insignes cuando apenas son merluzas,—así, don Arsenio Martínez Campos está profundamente convencido de su papel de Bismarck II en el serrallo del Sultán.

No de otro modo se explica que el emperifollado Embajador haya tirado del Korán con las siguientes frases, que no encajan en este discurso:

Los hombres son pequeños; sólo Dios es grande y vencedor.

Ni esas son frases diplomáticas, ni castizas—ni siquiera cristianas—ni este caballero es Embajador, sino general simplemente. Esto se llama tomar á peso una tarea superior á las

fuerzas intelectuales de que se dispone, sin contar con que la noble tarea no se la merecen unos foragidos como los rifeños, y hablo piadosamente.

Ahí es nada.

Los corresponsales que andan en la Embajada de Marruecos, se han contagiado de tal suerte con los arranques virgilianos del general, que por revistas nos envían unas verdaderas merengadas poéticas: las montañas, digo, los arenales ondulantes, los árboles como manchas de esmeraldas, el armiñado jaique que cubre el rostro melancólicamente pálido del Scheriff; el sol de fuego de Africa; las odaliscas......... Es lo único que el Sultán se ha negado á mostrasle á don Arsenio, por considerarlo muy entrado en años para este género de impresiones. Son harto alarmantes las miradas y harto mórbidas las formas de esas mujeres para el Embajador.

—Oye tú, Martínez—y que le dijo el Sultán—en casa todo lo que tú quieras, menos ponerte en jarras y echarle *¡olés!* á las chicas—como acostumbran ustedes, allá, en los madriles.

Para complemento de desdichas diplomáticas, LA NOTA que el Ministro de Estado

señor Moret hilvanó para el Gran Marroquí corre parejas con el discurso de "Júpiter," como en Madrid han dado en llamar á Martínez Campos. Esa *nota* es una como letanía histórico-literaria, que hará furor en el siglo XX, si no lo estuviera haciendo ya en el presente; es un parto linajudo, *berrendo en fusionista*, por más señas. Lean ustedes:

"D. Alfonso XIII, por la gracia de Dios "y de la Constitución rey de España, rey de "Castilla, de León, de Aragón, *de las dos Si-"cilias, de Jerusalem*, de Navarra, de Granada, "de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallor-"ca, de Menorca, de Sevilla, *de Cerdeña*, de "Córdova, *de Córcega*, de Murcia, de Jaén, "de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, "de las Islas Canarias, de las Indias Orien-"tales y Occidentales, islas y tierra firme del "Océano, archiduque de Austria, duque de "Borgoña, de Brabante y de Milán, conde de "Hapsburgo, de Flandes, del Tirol y de Bar-"celona, señor de Vizcaya y de Molina, etc., "etc., etc. Y en su nombre y durante su menor "edad Doña María Cristina, Reina Regente "del Reino.

(Lugar del sello real).

"Al *más honrado y alabado* entre los moros, "el Sultán de Marruecos, Fez, Sus y Mequinez, "nuestro grande y buen amigo, etc., etc., etc."

—Pero esto es un atropello!—habrá dicho el Sultán, arrugando el entrecejo—esto parece cosa del rey de Portugal.

A bien que Felipe II y hasta el mismo Fernando VII se echasen encima todo el archivo deteriorado y dislocante de títulos, señoríos y dignidades de los antiguos tiempos, cuando en los dominios de los monarcas "no se ponía el sol"; pero hoy, en el siglo XIX, en el siglo de las luces y del desbarajuste—que diría un orador venezolano—hoy, que la libertad y el liberalismo han puesto á raya á la realeza, todo ese "atropamiento" de nombres y de apellidos huelga; pero huelga por manera lastimosa, señor Moret: ellos quedan para los *grandes cursis*, como Guzmán Blanco que, después de agregarse, á guisa de Ilustre, un collar de títulos en plena república, fué á mendingar uno más al ducado del último Morny.

Ustedes los Ministros, cuando la fingen de aristócratas, son atroces.

Lo de *rey de Jerusalem* debió hacerle mucha gracia á los rifeños, si es que los del Riff tienen sentido común. Y si por acá fuéramos á limpiar de polvo y paja esa nota llena de zarandajas, acabaría, como dice el *Heraldo*, por quedar Alfonso XIII como aquel doctor don Juan Pérez Montalván, que no era doctor ni Montalván, ni siquiera don. En consecuencia, el rey de España vendría á ser simplemente

Juan Pérez. Todo por culpa de un Ministro, á quien no le da el naipe por este género de cartas.

Cuando Alfonso XIII esté ya crecidito y se entere de esa *nota*, en que figura como rey de Jerusalem, si no es de los reyes que se sientan en el limbo, preguntará, indignado, á Sagasta:

—Dime, Praxedes, quién ha puesto eso de Jerusalem aquí?

—Pues eso lo escribió Moret ; pero es hipotético.

—Quién es hipotético, Moret?

—No: el reinado de Jerusalem.

—Bueno !......... Dile á Moret, entonces, que otra vez *no me tome el pelo*, ni siquiera hipotéticamente.

PRIMAVERA DE FUGAS



Oh! . . . la Primavera, esta precoz cuanto breve primavera de Madrid con sus calientes rayos de sol rejuvenece!

Ya pasó el invierno con sus rigores, con sus tristezas, con sus fangos de nieve y con sus valientes toreros de guardarropía. El cielo inaugura su reinado de azules claridades, los jardines, sus flores hinchadas de amor, los campos su hierba nueva ávida de aire y de luz; y del seno fecundo de la tierra brota tibio y adormecedor uno como hálito de lujuria é impacienta á los humanos; sobre todo á las mujeres, que se enloquecen al primer soplo de la estación primaveral.

A las hembras se les sube la Primavera á la cabeza y en armándoseles el revoltijo erótico en aquellas profundidades no saben lo que se hacen y se *fugan* . . y luégo dicen que *se las roban.*

Por eso ha dicho un célebre autor dramático que la cabeza de la mujer no tiene comas ni puntos, es decir, que es una cabeza de pájaro sin ortografía.

¡Qué ha de tener ortografía una mujer que se escapa con el novio!

Y si lo dudan ustedes lean las cartitas que algunas, encariñadas todavía con el hogar paterno, escriben á sus familias pidiéndoles perdón por haberse marchado. Otras más prácticas ó menos líricas se van, después de armar su lío con los mejores trapitos; pero se van.

Muchos papás á quienes no les hace gracia las resoluciones tomadas por sus hijas casade-

ras ponen el grito en el cielo ó traen á salto de mata á las autoridades.

A lo mejor se presenta un padre engañado ó un marido "idem" al juzgado de guardia reclamando á la hija ó á la esposa fugitiva, y son tantas sus demostraciones de dolor ó de cólera, según se tercie, que salen los agentes de policía despavoridos desempedrando las calles en busca de la hembra desaparecida.

Cuando alguno de estos agentes va por ahí bebiéndose los vientos, ya se sabe, va persiguiendo á una pareja de "tórtolos" que levantó el vuelo á falta de levantar cosa mejor.

En llegando la Primavera, no hay que darle vueltas, se ponen de moda *las fugas* . . Apenas asoma el sol sus rayos de oro por entre las últimas nubes grises del invierno; apenas *caldéase* el ambiente y gorjean los pájaros sus trémulos poemas nupciales; apenas tamízanse de aterciopelada verdura las ramas de los árboles . . (¿á dónde iré yo á parar?); pues apenas sucede todo eso que no les importa á ustedes nada, ni á mí tampoco, las chicas y los chicos *inflamados* de amor se quitan de ruidos y echándose "el qué dirán" á las espaldas se van con las flores y los pajaritos á jugar sobre la tierna hierbecilla ó se refugian en el nido preparado *ad hoc*, ó andan por esas calles, de bracete, visitando los puestos del Prado y los cafés como si fueran marido

y mujer á quienes el señor cura les acabara de leer la Epístola de San Pablo. A veces en lo más amoroso del dúo les interrumpe *la Cevil*



y los lleva cantando bajito, con un lucido séquito de *golfos* ambulantes al Juzgado ó á la Iglesia para que no se les vuelva á ocurrir la *unión* marital sin la santa bendición del párroco; y entonces vienen las lamentaciones y las disculpas y las mutuas acusaciones de "si fue éste que me dijo" y si "era ésta la que me invitó."

—El tal Madrid está perdido -me decía una buena señora á quien *se le iba fugando* una sobrina—¿Ha visto usted que desbarajuste? Ayer noche he leído *cuatro casos* en *La Correspondencia.*

—¿Cuatro casos de cólera?

—No sea usted tonto: de *fugas*.

—Y qué enfermedad es esa?

—La enfermedad de la Primavera . . . es infecciosa y por eso hay tantos casos, créame usted á mí.

—Sí, señora, se dan algunos.

—Cá! no lo sabe usted, se dan muchos. Se dan casos cómicos como el de mi vecina de enfrente, una rubia ella que alardeaba de tímida y juraba que había nacido para monja.

—¿Luego entraría en un convento?

—Entró en un sótano, porque le sorprendieron al novio subiendo, como Romeo, por una escala *de seda* al tercer piso, donde le esperaba su impaciente Julieta . . Y casos maravillosos de "parejas" audaces que empren-

den el viaje *en coche* á la Argentina. Cuando le digo á usted que Madrid está perdido!

—No lo crea usted señora: está que *arde!*

Y no le quepa á ustedes duda. Para *arder* no hay como entregarse en los brazos de la Primavera. Anda la gente pisando como sobre ascuas: los hombres fijándose mucho en el traje ceñido de las señoras y ellas menudeando el taconeo y sacudiéndose los trajes como si les estorbasen.

Regocija leer en *La Correspondencia* la sección de noticias *primaverales*. Ahí va una textual.

"Ayer fueron *habidos* en el instante de partir sin permiso de sus respectivas familias una agraciada señorita de diez y seis años y un joven de la misma edad. Llevaban siete días de noviazgo formal."

¡Si con siete días de amoríos y tapujos formales se escapaban sin decir "oste ni moste" que hubieran hecho á los siete meses y los meses con sus correspondientes informalidades!

Lo que me decía aquella buena señora:—Este Madrid está perdido, créame usted á mí.

—Sí señora, le creo á usted: esto es la fiesta de la Federación mal comparada.



LA BICICLETA Y MARTE



Ya tiene campo abierto el *decadentismo* para elogiar con todo su hermoso, pero convencional vocabulario, un nuevo tema, un dislocante *fin de siècle:* el ciclismo, *sport* moderno que se presta á ser acariciado por todas las múltiples formas de la métrica.

En el Ateneo de Caracas—según me escriben mis amigos—se tratará sobre *la bicicleta como institución social ó el porvenir del mundo á través de las ruedas de una máquina.*

"Ah! señores—dirá algún bardo *helénico*, trepado en aquella *inquietante* y *acadabrante* tribuna.—Ah! señores......... la bicicleta préstase á todas las líneas clásicas de *nuestros poetas griegos* y á todos los esplendores de nuestra suprema expresión artística *eironea*...... (Este grito "transformista" producirá una tempestad de aplausos y el orador beberá una copa de agua con azucarillos, sin tragarse la copa, se entiende). Ah!......... señores, para terminar, yo os propongo que celebremos un grande y gloriosísimo certamen, tanto más gloriosísimo y más grande cuanto que la bicicleta, por su forma "aérea" es otra poesía *materializada* en dos ruedas luminosas...... La bicicleta es el ideal."

Para no ser menos que el Ateneo la Academia estuvo á punto de elegir á *un ciclista*, al conde de la Viñaza, para que ocupase el sillón vacante. La elección del conde era casi un hecho; él se había presentado con su libro. *El ciclismo es la renovación de la lengua castellana* y la Real Academia dijo: "este es el hombre; pero cuando más pista se daba el conde, creyendo que para franquear las puertas del *Areópago*, no se necesitaría sintáxis, ni

ortografía ni nada que tuviese algo que ver con la Gramática, se atravesó el ilustre Sellés acompañado de Echegaray, Campoamor, Núñez de Arce y Pérez Galdós y echó por tierra los trabajos de los académicos *viñaceños*.

Y ya saben ustedes, los *aspirantes*, por dónde se entra á la Academia. Déle usted vueltas al pedal, que es mucho mejor que dárselas á la imaginación y preséntese candidato. A la Academia va de cabeza con seguridad.



Por otra parte la bicicleta está llamada á desempeñar grandes misiones.

Las misiones políticas, por ejemplo. Ya no se escribe aquello de "las riendas del gobierno," sino: "los pedales del gobierno." Y cuando un Magistrado se caiga del sillón por no sentarse como Dios manda, los periódicos dirán sencillamente que se ha caído de *la bicicleta presidencial*, aunque las caídas de esta máquina suelen ser terribles. Hay quien se cae y apenas se rompe las narices; otros se rompen el peroné como el señor Sagasta; y muchos se rompen las dos cosas de un golpe.

Otra de las misiones de la bicicleta es el reparto de la correspondencia. En el ramo de correos es utilísima y ya ha dado muy buenos resultados. Antaño las cartas *se perdían* sin

correr; ogaño, con tan *rápida* carrera, figúrense ustedes lo que sucederá.

Aplicada al Ejército debe ser cosa maravillosa: á un general le matan el caballo, como si dijéramos, en lo más recio de la batalla y tenía que *derrotarse á pie*. ¿Quién alcanza hoy á un general derrotado en bicicleta?......



Y en el orden económico y administrativo es de una ayuda inestimable: hay delegados de hacienda que en bicicleta tienen una *habilidad* pasmosa......

Los hombres, los niños, las señoras, todo el mundo *opta* por la bicicleta. El inconveniente de estas últimas son las espaldas, pues como decía yo no recuerdo en que crónica,

las señoras en bicicleta presentan unas espaldas muy desahogadas.

Ellas dicen que es por higiene que han dado en la flor del ciclismo y ellos por sus conveniencias sociales, políticas, mercantiles, etc., etc., y donde digo *etcétera*, ya se sabe, digo todo. El mundo, pues, desciende al arroyo y como hay que seguir la corriente, el mejor día aparezco yo tejiendo y destejiendo las calles en bicicleta.

Y *puede*...... puede que me decida á *patiobrar*, á ver si se le ocurre á la Academia abrirme las puertas grandes, pues poquitas ganas que tengo yo de ser *inmortal*.



A propósito de un artículo que publicó Flammarión afirmando que el planeta Marte había hecho unas señales á la Tierra, en el mundo científico se ha levantado una polvareda y de la polvareda resulta que en Marte están mucho más adelantados que nosotros y que no nos hicieron añicos á cañonazos, cuando les despreciamos las *señas* (?), porque no les vino en gana.

Tan adelantados están en Marte que hasta la República se ha mandado recoger porque *huelga* y porque *eso* es un desbarajuste—según dicen los periódicos de allá—los cuales periódi-

cos han leído nuestros astrónomos á favor de un poderosísimo telescopio.



La forma de Gobierno en Marte es comple-

tamente nueva y tan completa que ya la quisiéramos en la Tierra para los días de fiesta.



Diariamente salen en Marte de los cuarteles de policía inspectores con "facultades extraordinarias" y con objeto de pasar á cuchillo á

los empleados de correos que se roban los originales de imprenta enviados del extranjero.

Este es el primer paso.

El segundo es apoderarse de todos *los poetas griegos* que encuentren en la calle, guillotinándolos inmediatamente, ó colgándolos del primer farol que hallen al paso.

Otras de las muchas cosas buenas de Marte son las costumbres.

Que en el paseo se enamora usted de una joven bien parecida? (porque supongo que usted, tiene buen gusto), pues el papá ó la mamá lo comprenden al instante, se vuelven solícitos y dicen al interesado.

—Joven ¿le gusta á usted la niña?

—Creo que sí—contesta el aludido.

—Pues llévesela usted.

—Y zas! le da usted el brazo á la afortunada señorita y se va tan campante sin acordarse más de suegras gruñonas ni de festejos de boda ni de tantas majaderías de esas que sobran en materias de amor.

Es innumerable la lista de las ventajas que tiene Marte.

Lo que mejor podría hacer Marte es *descubrirnos* y luégo conquistarnos, sin más escrúpulos, como lo hacen los japoneses con los chinos.

Sólo en dos países sería imposible la dominación de Marte: en Venezuela y en España.

En Marte saben ya que en el primero vive Natividad Mendoza y en el segundo Martínez Campos. Y por aquellos mundos están esperando que esos dos valientes se mueran, porque mientras existan es imposible la invasión.

Si por quítame allá esas *jefaturas* ya están ellos comiéndose los *páises;* en presentándose Marte son capaces de tragarse el planeta y los que le andan cerca.

Mientras existan *Arsenios* y *Natividades*, desengáñese el ilustre Flammarión, Marte no nos conquista: nos teme.



ENTRE CHICUELOS (1)

I

Buena, buena era la que le esperaba á Santiaguito aquella tarde.

De temprano la *señá* Gervasia, como llamaban á la madre del arrapiezo en todo el barrio, se la había prometido y malo era que la *señá* Gervasia prometiera algo.

—Lo que es este granuja—aullaba la terrible madre—se la gana hoy. Vaya, que si se la gana!

El tal Santiaguito, según ella, era peor que el santo de su nombre y la causa principal de esta desgracia no se escapaba á su penetración. Aquello no era mas que un castigo del cielo que tenía encima doña Gervasia por

(1) Bajo el título *Santiaguito Candela* se escribió este cuento expresamente para EL COJO ILUSTRADO. Después lo han publicado varios periódicos de España y América con ligeras ampliaciones y con el título que figura en este libro.—N. del A.

haber permitido que su esposo festejara el nacimiento del nene con una *juerga* monumental en la que se escanciaron todas las botas de vino de la taberna de enfrente. ¡ Un nacimiento rociado de lo tinto sólo podía traer fatalidades para el porvenir ! Y la prueba de ello era la educación desastrosa que tocó al chico. Su padre lo enseñó á correr desnudo y sin zapatos por las calles, *lo cual* que era una poquísima vergüenza que sacaba de quicios á la *señá* Gervasia. Y ahí es nada, el Santiaguito era de los que berreaban hasta desgañitarse cuando no le daban la luna, y esto es un decir. En una palabra que aquel padre no era padre ni Cristo que lo fundó:—*Desfigúrese* usted—decía la pobre señora recordando á su difunto esposo—que una noche, cuando apenas contaba seis años el pequeño, me lo trajo borracho como una cuba...... Y toda su contestación se reducía á dar puñetazos sobre la mesa asegurando, por otra parte, que era preciso ser *filósofo*, y que si le había dado vino al pequeño fue porque antes le dio confites y que los confites se deben *pisar* con algo.—*Pa* eso, repetía el bárbaro, y *pa* que aprenda á ser hombre.

Amparado de esta suerte Santiaguito llegó á la categoría de "granuja" y entonces fueron los afanes de la madre que en su busca iba á diario á todos los centros de *corrupción*, es decir, á las pastelerías, á las tiendas de buñuelos

y á la Plaza de Oriente, donde él solía reunirse junto con otros "bandoleros" á jugar cantillos. Cuando lo llevaban á la iglesia en alguna fiesta muy sonada, se escapaba á lo mejor y subiéndose al campanario la emprendía á repiques hasta desgonzarse los brazos; pero en lo que nadie le aventajó nunca fue en lo de tirar cascotes desde el mismo campanario á los inocentes transeúntes; en cogiendo él un terrón y apuntando, golpe seguro; luégo hurtaba el cuerpo á la mirada de la víctima y reventaba de risa en su escondrijo, de donde muchas veces lo sacó el sacristán á empellones.

Harta ya la *señá* Gervasia de aquel demonio con rostro de ángel, pero con tendencias de pillo, lo metió definitivamente en una escuela. Al principio todo iba bien á pedir de boca: la formalidad de Santiaguito tenía tan encantado al maestro que en más de una ocasión creyó encontrarse frente á un infeliz á quien su madre tenía ojeriza injustificable: es más, el cumplimiento á la hora de clase era un verdadero asombro; y muy estudioso, eso sí, el muchacho era de los que se tragaban las lecciones y luégo la echaban de un tirón. Como antes tengo dicho, *la conversión* de Santiaguito era casi un hecho; pero ya fuera cuestión de temperamento ó de costumbre, un día dio al traste con la formalidad, comenzó por destrozar los bancos á navajazos; continuó por pintar

grandes monos en las paredes poniendo debajo del grotesco dibujo el nombre del maestro y acabó por declararse insurrecto perpétuo, un insurrecto alegre y alborotador que por su carácter enérgico, al par que cariñoso, supo captarse las simpatías de sus condiscípulos terminando por hacerse jefe de una "partida" de muchachos. Las maldades que él proponía fueron siempre acogidas con aplausos y atronadores gritos de contento; á donde quiera que él dirigía los pasos lo seguían; al campo regularmente á espantar los animales á pedradas y á coger nidos de pájaros.

Una tarde la Guardia Civil encontró cerca del Manzanares á la partida de Santiaguito desplumando vivo á un pollo y cargó con ella á *sablazos* saliendo contuso el jefe—que se permitió la osadía de volver cára para arrojar con sus liliputienses manos dos puñados de tierra á la cabeza de uno de aquellos "gigantes."

La *señá* Gervasia ofreció *matar al chico* cuando supo de su hazaña, pero apenas llegó á casa, toda su indignación se volvió preguntarle por la herida, que se redujo á un gran "chichón" en la frente; allá le frotó la pobre madre con vinagre y luégo le dio un beso muy sonoro en cada carrillo, lo que le dio bríos seguramente para alguna nueva diablura.

Aquel día, por ejemplo, Santiaguito se escapó

para cumplir un compromiso de honor. Su ejército, aquel temido ejército capaz de conquistar el barrio entero á pedradas se había equipado convenientemente y armado hasta las cejas como en disposición de atacar al ejército del señorito Julio, un caballerete de doce años que por el solo hecho de vestir ternos claros en estío y gabanes marrones en invierno, se atrevió á cotejar á Sofía, la novia de Santiaguito.

Porque Santiaguito tenía novia; y guapa ¡ pues no faltaba más !

II

En efecto nada más lindo, nada más aéreo que aquel pimpollo de trece años con el nombre de Sofía. Sobre las líneas gloriosas del ángel había sin embargo algo de mujer: las curvas de la garganta eran harto precoces para su edad y las ondulaciones del talle acusaban, no ya á la niña, sino al proyecto de la hembra elegantísima. Esto fue, de fijo, lo que llamó más la atención del señorito Julio que haciendo oídos de mercader á las bravatas de Santiaguito empezó á hacerle monadas á la Sofía. Y dicho sea en honor de la verdad, no le disgustaba á la chica la mímica de su nuevo amigo: aprovechaba las ausencias de su novio para aso-

marse al balcón y como no era de las rezagadas en punto á coqueterías infantiles estas adquirieron pronto fama en la vecindad: de ellas dio muestras muy más que francas, descaradas, según la portera, desde que conoció á Santiaguito; éste la vio por vez primera en una tienda de muñecos, esperó que saliese á la calle y sin más rodeos nuestro héroe con su lenguaje peculiar de conquistador precroz y decidido le propuso un noviazgo en toda forma; élla se hizo una almíbar y sintiendo que la sangre le bullía como dicen que le bulló á nuestra madre Eva cuando lo del Paraíso, no puso reparos al insólito afán amoroso del muchacho. Todas las tardes se le veía á ella impaciente en el balcón y él constante á tan inmenso cariño dejaba todo de la mano al salir del colegio y empezaba por pasar y repasar la calle ó se estaba allí en la huevería de enfrente estorbando el tránsito una hora; luégo, al marcharse, volvía infinidad de veces la cabeza hasta perderse en la vuelta de una esquina.

En este estado las cosas vino á turbar la dicha de los interesantes personajes de mi cuento la indiscreta presencia de Julio. La indignación de Santiaguito no tuvo límites, y claro, como él era hombre de resoluciones decisivas y en asuntos "de honor" como él decía no hubo *en jamás* en la parroquia quien le pusiera el pie delante, ideó una de las suyas,

una de esas que debían dejar consternado á todo el mundo liliputiense al cual pertenecía él con orgullo.

Y ya es hora de que sepamos á ciencia cierta de lo que es capaz el "osadísimo granuja."

III

Era tal la algarada de los valientes soldados, que los vecinos salieron precipitadamente á los balcones creyendo que algo muy grave acontecía. Las mujeres sobre todo se impresionaron mucho, y hay quien habla de alguno que otro síncope y tal cual "pataleta" sin más grandes ni terribles consecuencias. Pero enterados al fin de lo que se trataba, acabaron por tomar á broma aquel ejército de gente menuda cuya indumentaria de plumas de gallo, cintas de colores "rabiosos," fajas y bolsas para cargar piedras era de lo mas curioso. Nada faltaba allí, hasta un pequeñito seguía el regio paso del jefe, haciendo de tambor, el cual tambor era una vieja lata de petróleo que metía más ruido ella sola que toda la turba voceando.

A poco andar, y cuando el entusiasmo estaba en punto de locura, encontraron al enemigo atrincherado, y allí fue el repartir órdenes: el valeroso caudillo, poseído de su papel, mandó

rodear el barranco casi inaccesible donde se refugiaba Julio, y sin intimidarle aquellas ventajosas posiciones, exclamó con su vocecita enérgica.

—Hala, muchachos, arriba...... Tambor, paso de ataque......

Un redoble formidable, y empezó una lluvia de pedradas, vidrios y cascotes que era una delicia. A ratos, dominando la horrenda algarabía de la pelea, se escuchaba la voz del jefe:

—¡Hala, muchachos, al barranco!

El chico tuvo ímpetus de héroe. Con el cabello en desorden, el rostro inflamado y el cuerpo erguido, avanzando sin titubear, apostrofaba á los de arriba y les llamaba: "¡Cobardes!" En lo mas crudo de la refriega, en medio de la vociferaciones, de los golpes de lata y de los estrépitos de cascos rotos, hecho, no ya un héroe, sino una furia, emprendió la cuesta de la altura mientras sus compañeros empezaban á retroceder agobiados por la lluvia de piedras: ya se dispersaban, flaqueaban los primeros bríos, la derrota era segura, y algunos creyeron propicio el instante para tomar el olivo...... Apenas se oía entre el espantoso jaleo del combate, como jadeante alerta, el golpe del tambor. Pero el temerario Santiaguito continuó impávido la ascensión del barranco entre piedras y terrones que se desmoronaban bajo sus pies. Así, por la senda tortuosa, dando saltos, aga-

rrándose, braceando y encogiendo el cuerpo, trepó al fin con pasmosa agilidad. Y fue aquel supremo esfuerzo tan audaz, que cesó como por encanto la batalla. Ambos ejércitos quedaron inmóviles. Santiaguito y Julio estaban frente á frente.

Salvada la distancia que durante la reyerta separaba á los encarnizados adversarios, el primero sin más vacilaciones, puesto en jarras y con la voz un poco temblorosa por el esfuerzo que acababa de hacer, gritó con mal contenida rabia:

—¡Ya estoy aquí, Julio!......

—Y yo también, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? ¡Pues vaya una pregunta!... Que me dejes en paz á la Sofía...... y luégo *pa* que no te burles de los hombres......

—¿Qué?...... ¿Me ibas á matar?

—*¡Puede*...... quizás!

—Y durante este feroz diálogo se acercaban lentamente el uno al otro.

—Mira que falta *verlo*, Santiago.

—¡Pues, míralo!—gritó enfurecido el muchacho, y lanzándose sobre Julio lo agarró violentamente por el cuello; pero Julio era de los que no se huían por golpe de más ó menos importancia, y contestó á la agresión estrechándose á su enemigo. Entonces aquellos dos muchachos, con los brazos y las piernas enredadas, rugiendo, vomitando insultos, arrancándose los

pelos, forcejeando con desesperación, con rabia, con verdadero odio de "hombres," rodaron por el suelo hechos una bola. Unas veces era Santiaguito quien intentaba incorporarse, y otras Julio; ambos caían nuevamente, pero sin ceder, continuando en su espantosa lucha, y rodando, rodando hacia el borde del abismo...

—¡Qué os vais á caer!—gritaron de ambas partes los chicos llenos de espanto; pero el aviso llegó tarde: al primer grito se unió un segundo alarido de cien bocas, un solo alarido que repercutió sonora y tristemente en todo el campo.

Santiago y Julio, arrastrados por aquellos decisivos esfuerzos de la lucha, llegaron á la orilla...... y enroscados y retorcidos brazos, cuerpos y piernas, cayeron rebotando por la pendiente hasta el fondo, donde se oyó sordo é ingrato el chasquido de dos cráneos que se rompían de un golpe......

—

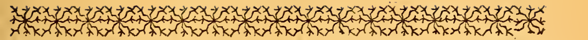
Poco después de este suceso, una encantadora niña de trece años y un joven de su misma edad se despedían de esta suerte en el balcón:

—¿Cumplirás tu ofrecimiento? ¿No volverás á hablar con Santiaguito?......

—Ni con Julio; con ninguno de los dos.

—¡Bueno!...... Hasta luégo, Sofía.

—Adiós, Juan, hasta luégo.



CHÁCHARAS

Ya está ahí el invierno, el heraldo de todas las grandes fiestas, el enamorado de todos los placeres, el gris excursionista de todos los años......... Viene á realizar su hermosa jornada de poesía y de amor.........

Es verdad que los pájaros asustados se marchan pïando á no sé qué países desconocidos; que los árboles se desnudan de su voluptuoso ropaje verde; que la hierba amarillea y los jardines más fecundos se entibian ó se mueren y que las claridades de este sol que fulgura hoy tras de un cielo mate, se trocarán en rayos pálidos al caer sobre los océanos de nieve que se anuncian como por un lejano temblor de tierra medrosa.

Todo eso es verdad; pero cuando el sol se canse de derrochar torrentes de luz la ciudad cobrará nuevos encantos. Habrá en toda Europa ese gran desvanecimiento que produce el mundanal regocijo; la imaginación se llenará de

sueños; el espíritu de ansias divinas; habrá la tentación inmensa que se desprende de todas las músicas ambulantes; de los roces de trajes de seda; de las chispas de los brillantes; de los perfumes que brotan de una profusión de gargantas desnudas; y habrá, en fin, la realización incompleta de las aspiraciones de la vida; todo latiendo, todo agitándose como entre un sonoro cascabeleo de carnaval; todo arrastrado, llevado, acariciado y rimado por un sordo y continuo rumor de trotes de caballos y de estampidos de botellas que completan la alegría del vivir.



Oh ! el invierno, el placer sibarítico, el goce eterno !.........

¡ Cuánta elegancia, cuánta luz, cuánto lujo, cuántas formas espléndidas, cuántos ojos cargados de promesas, cuántas quejas que fluyen retorcidas de los labios al través de una sonrisa !.........

¡ Cuánta gente se estará muriendo de hambre y de frío en esas guardillas á donde llega como una irónica carcajada del destino la carcajada de la burguesía que bulle !.........



Es una chica muy resuelta. Diríase si no fuera tan bella, tan menuda y tan graciosa que es un hombre con faldas. Acaba de meter en cintura nada menos que á dos poderosas empresas teatrales.

Hablo de una tiple de zarzuela, de Matilde Pretel, aquella tiple que hizo una verdadera creación de *Mís Helyett.*

Y es el caso que la susodicha cantante andaba por Barcelona con la Empresa Elías cuando se le presentó la Empresa Eslava á contratarla con objeto de que figurase en su "cartel de invierno." Pero Matilde que no se casa con nadie, como suele decirse, y que en punto á capricho le da quince y raya á la misma Sarah Bernhardt, que ya es dar, se arrepintió á poco de haber firmado "la contrata" y dijo

que no se iba con Eslava porque le gustaba más Elías.



—Pues para que no le guste más—replicó el otro—ahora va doña Matilde á los tribunales; y nombró para "la terrible" acusación ante el juzgado al famoso criminalista Díaz Valero.

La actriz no quiso ser menos que su activo reclamante y nombró defensor al celebrado autor de *La Dolores*, señor Feliú y Codina.

Y aquí fue el conflicto. Feliú dijo, que la Empresa Elías tenía derecho á la posesión de la tiple zarandeada y Díaz Valero alegó, que eso de la posesión de una persona era imposible dentro de los límites del derecho.

—Pues entonces el señor *de* Eslava que se quede con la Matilde y nosotros nos quedaremos con la Pretel—arguyó el pícaro dramaturgo y abogado, todo en una sola pieza.

—Y eso cómo es?—preguntó asombrado Díaz Valero.

—Eso es que ustedes se llevan á la mujer y nosotros á la artista.

Díaz Valero, cada vez más confundido no supo á qué carta quedarse y apeló al juez que arrancándose por lo flamenco, se encaró con los reñidores letrados para terminar como el valiente de *La Verbena de la Paloma*.

—Esto se *arrematô*, señores: aquí naide toca pito ni aquí naide toca ná...... *Eso es;* aquí hay que "reprimirse" y la Empresa que no se reprima es una empresa irracional *mayormente*. *Eso es*...... por lo que yo vengo en decre-

tar que este juicio artístico se suspenda hasta que haiga un tercero en discordia que quiera llevarse á la Matilde......... *mayormente*.

De esta guisa ha terminado en Madrid una causa que prometía escándalo y la cual le venía de perlas á la Pretel para afirmar su nombre de *divette* incomparable en el cielo del arte español con ribetes de francés.

Pero nada, absolutamente nada pasó y el público que esperaba de todo esto una cosa del otro jueves sólo ha visto que su simpática tiple queda á raíz del conflicto en una triste posición.



En la posición de aquel que se sienta de un golpe entre dos sillas y no se sienta en ninguna.



No sé á que sabio francés que no era Newton en punto á problemas difíciles ni menos un Colón en materia de descubrimientos, se le hizo cuesta arriba el problema ó descubrimiento ó lo que sea, de *la caída de los gatos.* Pero como en clase de sabios no hay uno más empedernido que el científico se llevó el asunto á la Academia de Ciencias de París, y allí se armó una gran discusión cuyo mejor resultado, á las primeras de cambio, fue un verdadero fracaso académico. De aquí que ellos decidieron echarse por esos mundos á caza de los "felinos" cuadrúpedos y al encontrarse con uno trataban de cogerlo para lanzarlo al espacio con el muy santo propósito de estudiar en sus volteretas los porqués de "las caídas de pie."

Sucede, á veces, que el gato conoce la intención del sabio y la da por correr á escape; y entonces es de ver los apuros que pasan los pobrecitos señores echando el hígado tras el minino.

—Ay ! si te llego á coger !—exclaman en medio de su desaforada carrera.—Ay ! si te cojo !



—Pero los gatitos ¡ que si quieres ! cuando no van á escape se encaraman en alguna chimenea; y no será extraño que cualquier día un periódico parisiense venga dándonos detalles de *la caída*, no del gato, sino de la caída de cabeza que sufrió un académico por querer atrapar al animalito en una azotea.

Esta loca afición gatuna de los sabios franceses me recuerda mis buenos tiempos cuando yo solía divertirme echando gatos por el aire.

—Para nada bueno has venido tú al mundo ! —me decía mi maestro aplicándome un furioso moquete. Y no comprendía él que yo me adelantaba á mi siglo estudiando también como los sabios de ahora, *la caída de los gatos*.

La verdad es que el problema este, ó como se llame, va á dar juego.

Háblase ya de hacer una gran recogida de gatos con objeto de encontrar uno siquiera que no caiga de pie; mas para esta determinación hay oposicionistas fanáticos que creen á pie juntillas en lo del pacto, parentesco y complicaciones del gato con el diablo: dicen que la legión de gatos va á trocarse en una legión de demonios para cuya destrucción no bastará toda el agua bendita de Francia.

Pero es lo que algunos académicos dicen, haciendo caso omiso de los timoratos:—O caen los gatos sobre todo el cuerpo...... como todos los *irracionales*, ó caen de pie siempre y entonces...... nos caemos todos de un nido.

Esto último me resulta una verdad como un templo.



ALREDEDOR DE UNA BOFETADA

Entre los que tomaron en serio la bofetada que el general Fuentes le dio al Embajador de Marruecos, me contaba yo de los primeros; yo creí juntamente con uno de los periódicos más autorizados, que aquella bofetada no admitía situaciones intermedias entre la cárcel y el patíbulo, ó lo que es lo mismo, que el general haría su viaje á la eternidad sin parada y fonda como "el rápido" de Burdeos á París.

Pero después, cuando pasó la primera impresión y cuando oí pregonar á los chicos de la Puerta del Sol aquello de :—*¡ el extraordinario de la bofetada y las lágrimas de Brissha*—empecé á modificar mis ideas, pues esto de las modificaciones que antes me parecía una atrocidad, me resulta ahora muy cómodo para todos los actos peligrosos de la vida. Más tarde y como correspondía á un cronista de "juicios serenos" escribí sobre el suceso algunas revis-

tas que envié para América con el sello de *la seriedad*—que es otro escudo ó pasaporte que en Europa se da á las majaderías que se mandan aderezadas al Nuevo Mundo.

Majaderías, dije, y no me arrepiento: he hablado con propiedad. La bofetada al Embajador de Marruecos y sus consecuencias adyacentes entran de lleno en el número de las majaderías europeas. Sobre todo si ahondando en el asunto viene á resultar el tan sonado ultraje de un hombre colérico, un acto patriótico, *reprensible bajo todos puntos de vista*, según dijo el señor Sagasta dándole suma importancia; —pero patriótico por donde quiera que se le mire—diría yo si me permitieran ser español cinco minutos. Patriótico, sí, mucho más patriótico que ese acto repetido y eterno de reparación que se le está dando al Embajador.

Un acto de reparación ayer, hoy otro, mañana el tercero, todos ellos revistiendo formas estemporáneas de fiestas, banquetes y bailes que tienen algo de ridículos, por no decir, algo de depresivos.

Y qué bailes!

Los cronistas de la aristocracia, esos Goritos y López al uso que pinta magistralmente el P. Coloma en *Pequeñeces*, al ocuparse de los trajes, los abanicos y los peinados elegantes de las damas, sueltan todos los registros de sus respectivas trompeterías, prorrumpiendo

entre una frase hueca del galanteo de moda y una descripción *cursi* del salón, un gemido ó un grito de pena por la ofensa inferida á la arrogante gente moruna, á esas gallardas (?) figuras del Riff que con sus blancos albornoces *pululando* por en medio de las señoras espléndidamente prendidas, evocaban el recuerdo de las antiguas crónicas y hacían brotar de los labios los sonoros versos de Zorrilla.

Fue una *racha* de gemidos *perfumados*, de elegías rítmicas, de suspiros trémulos y de lágrimas de agua de rosas que arrancaban el pesar y el agravio del Embajador infortunado.

Allí contemplaron éllos, los cronistas, el espectáculo más hermoso...... Las huríes más bellás de la corte luciendo sobre el escote, en señal de protesta, soberbias medias lunas de brillantes; allí oyeron los vibrantes acordes de la marcha turca, mientras por la mullida alfombra se *deslizaban* con paso solemne los moros de grandes ojos negros, de aceitunada color y de perfiles levantinos. El Embajador con su jaique níveo; el Secretario con su turbante rojo; el Mayordomo con su chaquetilla azul celeste y el resto del séquito fastuoso con las cruces de Isabel la Católica...... Allí Martínez Campos con su perilla *bélica*, que había trocado el uniforme por el frac; allí Castelar, el gran tribuno, dispuesto á cantar en su idioma de hipérboles gloriosas el heroísmo de aquella raza de sangre



pura (*de pure sange*, que diría un parisiense de sus caballos); y allí, en una palabra, lo más ilustre en marqueses y "condeses," ostentando sus regias bandas de carnaval y sus áureas condecoraciones de comparsas.

Estas fueron las protestas más elocuentes contra el atentado "inaudito" del general Fuentes.

Las manifestaciones, todas han sido lujosísimas, de carácter político-aristocrático: de medallas y vestidos de seda; de discursos "inflamados" y de polvos de arroz; de conferencias palatinas y de suaves perfumes de tocador; sobre todo de perfumes, que hacen mucha falta á los "divinos" cuerpos de los diplomáticos riffeños.

—*Españoles ser medio moros*—dijo Brissha —y *moros ser una miajita de españoles*—agregó el marqués de la Vega de Armijo.

En una de estas famosas recepciones el Embajador se sentó en un diván á usanza morisca, es decir, con los pies sobre el asiento, recogiendo las piernas, y un periodista de la *high-life* escribió al día siguiente:

"En aquella actitud la figura del Embajador estaba realzada por el infortunio!"

El comentario huelga. Este mismo cronista fue el que vio agruparse en torno del Embajador las afligidas y elegantes jóvenes de *la crème;* y era, según él, aquello, cosa que movía á maravilla; era cosa de tener pincel de seda y pinturas de colores no inventados para des-

cribir los salones iluminados por la luz eléctrica, los espejos colosales, las plantas exóticas, los muebles dorados y las blancas y magníficas estatuas que parecían robadas á los museos de París.

A pesar de su *infortunio* dicen que el de Marruecos come con apetito en todas estas fiestas y que le gusta mucho la yerba-luisa, las naranjadas, el chocolate y las "yemas" en dulce, lo cual significa que se le ha desarrollado más el estómago que la inteligencia diplomática—que era según tengo entendido á lo que venía el señor Brissha á la coronada villa y corte.

En cambio al Secretario de la Embajada, no sólo se le ha desarrollado sino "desatado" el estro......... y nos tiene aturdidos con sus cantos. Que van al Retiro, pues una estrofa para el oso del jardín; que van á Recoletos, una quintilla para la Fuente de la Cibeles; que los invitan á una comida, oda á los postres, dedicada á los anfitriones...... En fin, una barbaridad de ripios árabes que no hay por donde cogerlos, pero que Manuel del Palacio—que es el traductor obligado del Sidi Solimán—se ve en el caso de traducir...... porque así se lo mandan la etiqueta y la Academia de la Lengua. *Por cierto* que el señor Cánovas del Castillo cuando leyó la primera producción del poeta Secretario exclamó entusiasmado:

—¡Si lo hubiera sabido dejo al conde de la Viñaza á la luna de Valencia y meto á éste en la Real Academia!

A tan espontánea manifestación contestó el implacable coplero árabe con esta sola y elocuente palabra digna de un académico convencido:—*jame jalá.........* Lo que traducido al castellano de los inmortales quiere decir que *esperará.........*

Y para que esta celebérrima Embajada tenga más puntos de contacto con una "mojiganga" estrambótica, cuenta con un gordo y mofletudo mayordomo que es á la vez en una sola pieza, literato, general y doctor: una especie de Andueza Palacio con turbante, gumía y espingarda sin pólvora.

En suma, que ya esto es para salir poco menos que escapado de Madrid. Contra los moros no hay defensa posible. En Melilla asesinan á los soldados y exclaman: *los españoles estar gallinas.* Luégo vienen á Madrid, arman el gran escándalo, piden reparaciones, cuando son éllos los que debían darlas, y como los agasajan y les dan banquetes, cambian la oración: *españoles estar amigos.*

Cuando vuelvan las espaldas y lleguen á Marruecos, le dirán al Sultán: "No pague S. M. la indemnización á España porque en Madrid nos han tratado como perros. *A éste,* que es tu representante y esclavo é hijo de Alhah,

un general le dio una bofetada mayúscula.'' De modo que á España le costará esa bofetada alrededor de un millón de duros que es sobre paco más ó menos la indemnización del Riff.

Y ya está aviado el Gobierno.



M. V. ROMEROGARCÍA

¡Qué sé yo los días que han pasado!...... pero á juzgar por las cartas que me escribe, llenas de risas y amarguras, Romerogarcía resulta á ratos el Romerito de "los buenos tiempos."

Los buenos tiempos eran la Oposición, la Rotunda, Villegas Pulido, los cuartuchos de las redacciones, las tertulias de la Plaza Bolívar, los escondrijos del Guarataro y la famosa "Paloma" de Delpino, que encierra ella sola toda nuestra risueña vida de ayer, y toda nuestra accidentada existencia de hoy.

Travieso y aprovechado de suyo, como diría un académico de la lengua, el chico se ha convertido, en el andar de los días, en escritor con estilo propio y militar con hazañas, de esas que muchos de nuestros generales quisieran para poder lucir los entorchados. Por vivir, antes vivía en la cárcel lo mismo que en su

casa: aquélla sólo se diferenciaba de ésta, según él, en lo estrecho de las celdas. Eso sí, apenas lo echaban por el Buzón *al redondel*, se hacía de un traje apropósito, un traje estrafalario, de americana raída y de pantalones enérgicamente arrollados para conservar frescas las piernas; luégo un sombrero de forma indefinida, unos zapatos calzados á guisa de chancletas, con las que se paseaba orgulloso por los corredores; y ya teníamos Romerito para rato.

—"¡Acuéstate, Romerito!......"—le gritábamos á veces, cansados de aquellas serenatas de suelas y tacones; pero él, ¡qué si quieres! seguía paseándose y forjando planes irrealizables. En esto se le pasaban los días y los meses, hasta que le notificaban la orden de libertad, y vuelta á empezar la misma historia.



Romero es *bohemio*, de la buena cepa se entiende; muy descuidado y muy loco: la *racha* de infortunios lo coge siempre desprevenido; es bohemio en todo, y más aún en asuntos literarios. Esto no obstante tiene sus arrechuchos de formalidad y emprende trabajos de aliento como *Peonía*, una novela con ribetes de realismo, que si no le dio cuartos fortificó definitivamente su fama de escritor. Es de lamentar que no encuentre editores caritativos,

porque de la actual generación literaria de Venezuela es el más fecundo quizás, y sin quizás, el de estilo más sólido y vigoroso. Pero que se meta en líos editoriales!...... Lo que soy yo tengo experiencia en punto á editores: editores *al contado*, malo; editores *á plazo*, peor: editores sin compromiso, á lo que se venda, partiendo ganancias, aceptables, y eso con guardias de vista porque hay muchos "matuteros."

Después de todo mejor sería que Romerogarcía se dejara de novelas y entrase de nuevo en el periodismo de combate, que es en donde se crece, descollando como polemista de primer orden. Por de pronto puedo asegurar, sin temor á que me tilden de exagerado, que en la juventud que bulle hoy en la patria, no encuentro diarista de más destreza y habilidad que Romerito. En el periódico —valga la verdad—no es el literato sereno de actitudes gallardas, es el fanático envuelto en su idea ó circundado de púas como un erizo; allí está en su elemento, hostigando y defendiéndose, lanzando gritos denodados y echándose continuamente encima como fiera indomable. Es de los agresores que no ven detrás del ataque el medio de la conciliación, y claro, como no entiende de términos medios, en su aridez, en sus verdades desagradables, en sus irritaciones mismas hay frases verdaderamente asombrosas por lo bien aplicadas: todas ellas dan la medida

de su ingenio. Y á mí, francamente, me gustan esos hombres de carácter, que no rehuyen responsabilidades y que no gritan por encandalizar, sino por convicción. A este respecto puede comparársele con aquel famoso exdiputado Ribau, que aludiendo en plena Cámara al señor León y Castillo, decía:

—No se puede tolerar que el señor León y Medina......

(El aludido interrumpiendo:)

—Yo no me llamo León y Medina.

Ribau:—Pues bien el señor León y Llerena......

(El otro se impacienta y grita:)

—Tampoco me llamo León y Llerena, que me llamo León y Castillo.

—Bueno, señor León y Compañía, yo no tengo derecho de conocer á los "reaccionarios.".........

Tan testarudo como Ribau habría sido Romerito en una Cámara, pero como si lo oyera me atrevería á apostar que cambiaba la palabra "reaccionarios" por otra más cruda.



Hoy que todos ponemos empeño en usar y abusar de las biografías, retratos, perfiles y otros excesos literarios y artísticos, no debe parecer á nadie cosa del otro jueves la sem-

blanza de Romero, tanto más cuanto que él se la merece antes que muchos otros con quienes ha sido harto benevolente la crítica. Por otra parte me propuse con ella tres cosas á saber: cumplir una "promesa" hecha há tiempo al director de este periódico; recordar "mis buenos tiempos"; y regodearme con la tristeza de algunos que han intentado hacerle el vacío á Manuel Vicente. Y como á mí no me duelen prendas y mucho menos si se trata de un tan querido compañero como excelente escritor, dejo con mi sinceridad acostumbrada mi firma al pie de su semblanza.



LA RACHA DE FESTEJOS

Muchas promesas, mucha alegría anticipada, muchos programas pomposos acribillados de letras rojas y dibujos serpentinos; y muchas villas y castillas ofrecidas para celebrar el florido y *perfumado* mes de mayo......... y nada entre dos platos.

Las fiestas sensacionales y dislocantes que pretendían hacer época en la historia de los regocijos del mundo español, quedaron reducidas á esas fiestas de pueblo que registran á menudo las zarzuelas en un acto punible y silbable á toda orquesta:

PRIMER DIA

A las 6 a. m. Repiques de campana.
« 7 « Segundo repique.
« 8 « Otro repique.

A las	*9*	*a. m.*	*Triquitraques.*
«	*10*	«	*Cohetes.*
«	*11*	«	*Paseo por las calles de la ciudad.*
«	*12*	«	*Un cuarto repique de campanas con triquitraques.*

POR LA TARDE

Repetición de lo anterior. Y al día siguiente el programa al revés con variaciones de lo mismo.

No crean ustedes que exagero ; nos han dado *la gran lata* los tales festejos de mayo. Cuando llegó la hora de las diversiones nos encontramos con una sola novedad : con la irrupción de forasteros ; porque los trenes venían atestados de gente de provincias, á donde los ofrecimientos de inusitados placeres metieron ruido más que regular, y claro, la legión de baturros que se descolgó sobre Madrid fue espantosa : los hoteles y las casas de huéspedes eran pocos para contener la multitud ; y por esas calles andaba uno atropellado : los *isidros*, como dijo alguien, habrán comprado con el billete de ida y vuelta, billete de libre circulación por la vía pública.........

El primer día de fiesta nos despertamos con una gran diana en la Puerta del Sol; y por la tarde fue la gran corrida de toros, y luégo la gran retreta *ejecutada* por unos músicos que parecían aprendices, y la *grande y profusa* iluminación del paseo de Recoletos que era el «acabóse» de la farolería municipal.



A todas estas maravillosas y deslumbrantes novedades unióse la Romería de San Isidro, esa célebre romería que más de una vez he detallado en mis crónicas y cuyas escenas se han repetido en este año *matemáticamente* como el anterior, en la histórica Pradera, con idénticos tenduchos, igual torbellino de gente é iguales *juergas* bulliciosas en las que no faltaron los indispensables *cantes* y bailes flamencos, las botas de vino,

los entarugados y sobre todo los pitos del santo y las rosquillas, *las legítimas*, las de la tía Javiera.

Rezaba también el lujosísimo programa, entre otras cosas, lo siguiente:

Una exposición canina—que no se pudo verificar porque se enfermó el perro de Cánovas.

Una revista militar—que se suprimió á última hora porque Martínez Campos no podía venir de Cuba á *dirigirla.*

Unas carreras de caballos—que no corrían (los caballos se entiende.)

Y una *reprisse* extraordinaria de *Teresa*—no llevada á cabo porque el autor ofreció lanzar unas cuantas bombas de dinamita á los espectadores que volvieran á silbar.

Así puede decirse que lo único verdadero de esta gran fiesta fue la Kermesse que se celebró bajo los frondosos árboles del Retiro. Allí las mujeres más hermosas de Madrid *hacían* de horchateras, de floristas, de billeteras y de vendedoras de periódicos.

Un vaso de horchata servido por la aristocrática mano de una duquesa, importaba una peseta; pero había generoso que dejaba correr hasta ciento por tanto honor; y así se explica como recaudó el Ayuntamiento, para las víctimas, la bicoca de doscientos mil reales en monedas contantes y sonantes.

—Una flor, caballero !—decía sonriendo una rubia gentil ; y quieras que no la flor se quedaba en el ojal de la americana y la peseta fuera del bolsillo.

—Un cigarro habano !—exclamaba con voz de contralto una estanquera *que daba el opio.*

—Un periódico escrito por Campoamor y Núñez de Arce !—voceaban unas morenitas capaces de volver loco al más sereno.

Y allí pagaba usted la flor, el cigarro y el periódico al precio más alto y hasta daba usted el alma si la hubieran pedido aquellas hermosísimas tiranas.

Esta fiesta y *la fiesta del sol* son las únicas dignas de elogios.

Si no fuera cursi, por lo descrito tantas veces, el mes de mayo, este esplendoroso mes de mayo con sus florecimientos, con sus esplendores, con su tibio ambiente y con sus ondas de luz radiosa que alegran la vida y rejuvenecen el espíritu, merecería que se le cantara con poética ternura ; pero métase usted en lirismos ahora, precisamente en los tiempos que el lirismo está mandado recoger.

Gocemos—cómo diría Sepúlveda—de la gran explosión primaveral de esta *privilegiada* Naturaleza ; gocemos de este espectáculo diario que nos ofrecen frente á los barracones de la feria las hermosas madrileñas y gocemos con los fracasos del Ayuntamiento que constituyen, des-

pués de todo, una diversión como otra cualquiera.

Y así termina esta crónica digna de *los festejos de mayo*, con una «cursería.»



EN LA ACADEMIA.....

—Si me dejaran caer de un golpe sobre un sillón!—decía yo, cuando la inauguración del Palacio que se construyeron los «inmortales.»—Me vendría de perlas. Y hasta una de las muchas viviendas que amueblaron para ugieres y otros empleados me daban envidia, porque ¡cuidado que hay allí lujo! Ya quisiera para sí la nuestra, la correspondiente, un pedazo de lo que sobra á la Real.

Aquí, como allá, á la Academia se la hace blanco de chistes más ó menos sangrientos, no precisamente porque los académicos sean unos *tarugos*—que hay honrosísimas excepciones—sí por el predominio, por la restricción severa, por esa especie de tiranía que ejerce todo cuerpo conservador y absolutista, sobre la masa independiente. No de otra suerte, de niños hemos llamado «verdugo» al primer maestro, y ya crecidos, organizado huelgas atronadoras á las puertas de la Universidad. Y ¿quién duda,

sin embargo, que fueron bien empleadas por los catedráticos aquellas severidades contra la rebeldía estudiantil, como han sido, son y serán justísimas las de la Academia de la Lengua? Nadie. Ella cumple con su deber, á tuertas ó á derechas, pero cumple; élla *fija, limpia y dá esplendor* al idioma; (divisa que optó desde su fundación) élla nos dá su *Diccionario*, su *Gramática*, sus *Compendios* y sus *Epítomes*, y últimamente la *Analogía*, donde figuran los principales poetas americanos. La saña, valga la verdad, que tenemos á esta «emperifollada» corporación es algo así como una «monomanía;» el espíritu revolucionario de las masas no bien halladas con la autoridad. Está en la sangre: de tal suerte que «con lo que han dicho de los académicos y de la Academia, muchos *de los que hoy están dentro* habría para formar algunos procesos por injuria.» De aquí que todavía tenga yo esperanza de vestir la casaca verde . . . en España, se entiende, porque en Venezuela *no me dejarían.*

Y cuando esto ocurra escribirá de fijo, algún distinguido cronista: «Ayer á las tres de la tarde se verificó el *ya esperado* ingreso en la Real Academia Española del señor D. Miguel Eduardo Pardo, cuyo discurso se limitó á probarnos que los académicos *de acá* como los *de allá*, excepción hecha de unos cuantos, son unos adoquines *mayormente.*»



Volviendo á formalizarme, diré que el Palacio de la Real Academia inaugurado ha poco es hermosísimo. La fachada arrogante; la escalera principal toda de mármol blanco como el pavimento; la Biblioteca ocupa el ala derecha; la izquierda pertenece íntegra á la sala llamada del Diccionario. Amplio, extenso y decorado con arte es el gran salón de actos, flanqueado por las tribunas arriba, y orillado, abajo, por los sillones verdaderamente regios, como las alfombras. Hay otra gran sala con destino al archivo y un segundo piso para despachos, viviendas de dependientes, etc.

A la inauguración asistieron muy pocos literatos, de esos que no pertenecen á la *docta madre*; (ya voy aprendiendo á escribir como Viso.)

Cuando entré al gran salón estaba todo ocupado; pero alcancé á ver el asiento de un académico vacío (no el académico, el sillón) y me senté tan tranquilo . . . El «inmortal» del lado —que por cierto se parecia mucho á Julio Calcaño, en la calva—me preguntó si yo era de la Academia.

—No, señor—respondí—soy *Corresponsal.*

—De dónde?

—De Venezuela.

—Ah ! de la *Correspondiente* de Venezuela ! . . . Querido colega, venga esa mano! . . .



Yo me quedé como viendo visiones y le estreché la mano al buen señor, que tornó á hacerme preguntas.

— Y ¿qué le gusta á usted más de la Academia?

—De la Academia?—Menéndez Pelayo.

—Hablo del edificio.

—Pues del edificio, una lápida de mármol que está ahí fuera con los nombres de los muertos ilustres entre los cuales figura el de mi eximio compatriota Don Andrés Bello.

El «inmortal» se me quedó á su vez mirándome de pies á cabeza. Yo creo que intentó echarme del salón, lo que le habría agradecido con toda el alma porque me aburría soberanamente.

Recuerdo que salí dando traspies, borracho de sueño, de ciencia y de discursos soporíferos. Si para llegar á estos sitios se necesitan tales sacrificios, dije, ahogo las aspiraciones y *desde luego* renuncio al sillón y á la casaca de hojas de laurel, ó de lo que sean.



ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

(Don Federico Soler)

Telegrafían de Barcelona la enfermedad grave del insigne dramaturgo don Federico Soler. "Cataluña—anota el corresponsal—cúbrese ya con el crespón fúnebre por esa lumbrera que se extingue." Y cómo no? La muerte de Federico Soler que para los catalanes no significa sólo la pérdida de un dramaturgo ilustre, sino la pérdida de una voluntad indomable en punto á regionalismo literario, es toda una gran desgracia. Soler era más que un autor dramático al uso: era *todo un teatro* y todo una fuerza.

Fue la protesta persistente contra el idioma de Castilla; catalán hasta la médula no admitía otro lenguaje; y aquel áspero dialecto lo con-

sideró siempre como un *idioma* de innegable y positiva realidad.



Me presentaron á don Federico hace cosa de dos años en *El Dorado* de Barcelona y en el cuarto de Vico donde solíamos reunirnos varios periodistas; y me presentaron á él precisamente en momentos que se hablaba de América con motivo del viaje del insigne actor. La charla llevaba trazas de discusión y entonces se levantó el señor Soler, habló elocuentemente sobre la bondad de nuestros hermosos países, y claro, me dio en absoluto la razón. Como su palabra la respetan allí todos los escritores, la verdad que yo sostenía con tanto calor quedó reconocida y triunfante.

De aquí mi conocimiento, trabado íntimamente desde aquella noche con el ilustre catalán.

Cuando me dispuse á regresar á Madrid me dio muchos consejos:

—No le ofrezco á usted cartas de recomendación—me dijo—porque no le servirían á usted de nada. Luche usted solo, trabaje; no tema usted los obstáculos, que á la literatura como á todo puede aplicársele aquello del globo: *el que tiene humo sube.*

Este consejo antes que por otra razón, lo cito para dar una idea de la energía del famoso

escritor: es un hombre que se ha ganado á pulso, como suele decirse, el puesto que ocupa en aquel extraño mundo literario.



Es Don Federico Soler un hombre casi viejo, y si no lo es lo parece por su rostro algo fatigado, por su ancha perilla ya canosa y por sus bigotes en consonancia con élla. Tiene una mirada muy triste y un hablar pausado, tan pausado como su modo de andar. No obstante esto último su levita va siempre alborotada, batiendo los faldones á diestro y siniestro, cual si la soplaran por todas partes. Diríase que el dueño no sabe gobernarla, y quién sabe si se dijera la verdad, porque en punto á indumentaria no se distingue que digamos: efecto quizás de su primera educación; no la recibió, ó la recibió muy mal de manos de su madrastra; y donde se escribe madrastra se escriben todas las barbaridades que ustedes pueden suponer. Por élla aprendió á relojero: un día lo pilló por una oreja y quieras que no lo puso ó lo envió á dar vueltas al torno y á manejar la lima. Esto lo cuenta él mismo recordando sus días tristes de chicuelo. Ejerciendo aquel oficio fue que le dio por la literatura; y leyendo libros á escondidas y borroneando papeles empezó á ensayarse, hasta dar á luz las primeras obras: empezó por folletos y acabó por dramas que

hoy son honra y gloria del Teatro Catalán.

Más catalán que Soler ni el mismo Guimerá—que tiene fama de intransigente. Arrancar á Soler del Teatro Catalán es perderlo. Creo que ha prohibido la traducción de sus obras al castellano; y cuenta que ha producido tragedias, poemas, idilios y comedias con abundancia envidiable. También es verdad que trabaja á todas horas: en el café, en el teatro, en la tertulia; no piensa en otra cosa; escribir, escribir mucho, pero nada en castellano: es un idioma que—según él—está mandado recoger.

La noche que estrena una obra se le ve todo tembloroso detrás de los bastidores, corrigiendo todavía un parlamento ó un diálogo. Pero apenas baja el telón y comienza el público á aplaudir, se transforma. Aquel resplandor de felicidad, aquella como auréola de triunfo que le baña todo el rostro, lo hace desconocido hasta para sus mismos amigos. Pasado el instante glorioso vuelve Soler á su actitud habitual; se le encorva la espalda, se le cae la cabeza y la raya honda de su entrecejo torna á pronunciarse dolorosamente.



Tal es, á grandes rasgos, descrita la fisonomía humana y literaria del insigne escritor, cuya muerte ven acercarse con infinita tristeza los regionalistas barceloneses.

HELADAS

A través de los cristales de un balcón, contemplo un cielo pálido, muy pálido, casi lívido, como si entre sus profundidades se ocultara la luz de un sol enfermo, de aquel sol que inspiraba á Musset tentaciones de extrangularse en la destartalada alcoba de su amada.

¡En este cuarto mío, tan solo, me voy yo á morir!

El sillón, el escritorio, la pluma, las cuartillas, todo hiela: hiela hasta esa estufa cuyo alimento de fuego, elevándose en retorcidas ondas cárdenas, hace cabriolas y cruge lamentos de condenado . . . . Es un frío implacable, glacial, que me penetra hasta los huesos y me hace salir huyendo.

Por eso voy á respirar el aire puro: á oír el ruido de colmena de la ciudad; á ver Madrid vestido de blanco.

*

Madrid cubierto de nieve: una nieve que cae

hace tres días, como culebreante y copiosa lluvia de plumillas, de pétalos menudos y de menudos copos de algodón.

Hay muchos hombres penosamente encorvados en el arroyo, rompiendo con sus formidables herramientas esa nívea alfombra solidificada á trechos. Blancos están los edificios; blancos los festones de los palacios, los tableros de las guardillas, los copetes de los faroles, los techos de los carros que se atascan en las líneas obstruídas de pedazos de hielo; de los balcones cuelgan transparentes lágrimas blancas también. Las muestras de los establecimientos con sus albos lomos, mueven á maravilla. La amplia y prolongada calle de Alcalá es una inmensa sábana de espumas, en donde se acuesta un gran rayo de sol, y la torre más valiente de las Calatravas se yergue envuelta en un sudario flotante...... y á sus puertas hay un viejo aterido, que alarga el tembloroso brazo, creo que pidiendo una limosna. No le oigo, porque voy confundido entre un montón de gente que camina á prisa; todos vamos echando humo de cigarro, respirando grueso y arrastrando los chanclos con atropellamiento de marcha obligada. ¡Quién se pára á dar una limosna! Y en este Madrid que hay tanto pillo!

*

Hay algo que entristece más que esos mendigos: es el obrero, ese héroe anónimo que,

nuerto de hambre y tiritando de frío, está lim-
piando la vía pública; la nieve para ellos es
el pan de los hijos; para el mendigo falsificado,
un pretexto; para mí es la poesía........ un tema
para el artículo premioso. Y allá voy con mi
afán de «turista,» hacia el Retiro, siguiendo á
otros valientes; allá voy hollando el manto ondu-
loso. El paseo está encantador, magnificente,
con sus lagos que parecen de plata bruñida,
con sus árboles desnudos, con sus ramas escuáli-
das, con sus senderos retorcidos y con sus
arroyos empapados de blancura deslumbradora.

Pero no puedo más: tengo las manos crispa-
das: se me congela el aliento; una bocanada
de aire detiene mis pasos, y regreso, á escape,
golpeando transeuntes.

La nevada arrecia y ya la calle de Alcalá
ha quedado poco menos que desierta. La mu-
chedumbre asalta los tranvías ó se refugia en
los portales: sólo el mendigo, aquel pálido
viejecito, alargando el brazo casi inerte, está
á las puertas de las Calatravas, encareciendo
su limosna.

—«¡Por su madre,» señorito, una limosna,
por su madre!»

¡Ah! La mía está tan lejos, y los secos labios
de ese infeliz pronuncian el amado nombre tan
penosamente, que le doy una limosna: no sé,
no importa la moneda; es en nombre de mi
madre...... Al volver la espalda siento como una

nube de lágrimas que me empaña los ojos, y a través de ellas veo el contraste de la mendicidad en una radiosa línea de carruajes, cuyos rápidos trotones al estampar en su carrera silenciosa las groseras herraduras en la nieve, dejan como bruscos sellos negros en una inmensa página de armiño......



CASTELAR

ORADOR...... Y GASTRÓNOMO

Conozco muchos escritores que al regresar de España, pongo por caso, á Venezuela, afirman con énfasis, para darse pisto, que una noche comieron con Castelar; que otro día estuvieron mano sobre mano, en un café, con Don José Echegaray; y que, á veces dormían la siesta en la cama de Menéndez Pelayo, con quien llegaron á tener amistad de tuteos......... y majaderías por el estilo.

Yo no soy tan necio; y cuenta que por mi «carácter de revistero» soy de los más favorecidos en eso de amistades literarias en Madrid. A Castelar apenas si lo conocí *al vuelo;* me lo mostraron un día en la Castellana; pero yo quería mirarlo de cerca y me estuve más de dos horas apostado frente á la casa del marqués de Urquijo, donde entró esa tarde Don Emilio. Era una calle harto populosa (la calle de la

Montera); la gente, al pasar me atropellaba; un señor muy gordo que parecía un elefante, ocupó toda la acera y me dio un «golpazo;» y una chula que se iba quebrando la cintura, hízose la encontradiza, y después de tropezarme me llamó *tío pelma, poste!*...... etc. Pero yo, que si quieres, no me moví hasta que salió mi hombre......



Y esto es Castelar? ¡Pues el Castelar que yo he visto en los periódicos es otro!

Don Emilio *fotografiado* es una figura, vamos! una figura heróica, con sus bigotes retorcidos. El Castelar que yo he visto es un moreno más bajo que alto, con bigotes canosos y con el ancho entrecejo acentuado, cuya gravedad corrige la vivacidad de su mirada como el presente dibujo. Y el error más craso que se puede cometer es juzgar de las fisonomías por el claro-oscuro de un cartón fotográfico: las esfumadas tintas no llegarán nunca á pagar su tributo de luz á las pupilas ni su homenaje de vida á las facciones.

Cuando ví que salía Castelar me clavé de firme en el sitio y abrí mucho los ojos, ávido de curiosear los menores detalles de aquel que, como Napoleón, ha fatigado la historia con su nombre. Se acercó con un *pasito* ligero, atropellado; ya cerca, muy cerca, lo miré de nuevo con insistencia...... y con lentes; con la misma fijeza que él debió mirar la gloria de antaño cuando sus compañeros de Universidad le llamaban Emilio, á secas.

Observé que Castelar tiene la particularidad de la sugestión; con su fisonomía simpática y su mirada ardiente atrae, más claro: hipnotiza.

Aparte observaciones psicológicas—la verdad es que Don Emilio es hombre *sólido:* lo digo porque hay quien le moteje sus impulsos gas-

tronómicos, por los que se dejó arrastrar, de joven, según me informan...... y ahora también.

Ahora, á pesar de sus años, de sus daños y desengaños conserva sobre sus excelentes facultades oratorias sus no menos excelentísimas tragaderas; y su mejor distracción consiste en confeccionar un *menu* (como decimos los franceses) que le dé quince y raya á los inventados por Lúculo.

Pero Castelar es más práctico que el célebre romano y comienza por encabezar su lista de platos «flamantes» con uno eminentemente español: *el cocido*. El atrofiante cocido—que diría Pompeyo Gener.—Sin embargo al ilustre tribuno le sabe á gloria el plato de rubios garbanzos aderezado con blancas pechugas de gallina, patatas tiernas y otros ingredientes *substànciosos*, que tengo por averiguado le gustan más que aquellos *vol–au–vent* de codornices que siempre se le indigestaban al gastronómico Fernandito —de *Pequeñeces*.

Lo que á Don Emilio se le indigesta yo no sé que será; pero tengo la vehemente sospecha que los platos cubanos, á pesar de sus ingredientes de respeto le sentaban muy mal; por lo menos, la digestión se le hizo dificultosa en los últimos tiempos.

De todos modos, dicen que en sentándose él á la mesa y despachándose á su gusto se pone de buen humor y pronuncia los discursos

muy bien, cosa que ya se le está olvidando, á juicio de Sagasta. Abarzuza diría lo contrario; diría que la ilustración y la cultura se le han desarrollado comiendo; mas por las trazas lo que ahora se le está desarrollando á Don Emilio es el vientre: parece que lleva la República dentro.

La verdad, yo estoy por creer que sin alimentos nutritivos Castelar no habría sido el primer orador del mundo ó que habría pasado por uno de tántos oradores más ó menos «Argüelles.» Creo más y mejor; creo firmemente que el mérito positivo en literatura lo constituye el alimento. A mí nadie me hace *tragar* que Cervantes estaba en ayunas cuando terminó el *Quijote*. Mientras haya patronas que nos den patatas lívidas sumergidas en salsa negra, y carne apergaminada nadando en aceite verde, créanlo ustedes, no hay inspiración, ni ingenio, ni frases nuevas, ni nada! mejor dicho: mientras haya patronas yo no creo en Dios.

Tornando á la formalidad, confieso que he necesitado de todos estos ardides y artimañas para trazar esta silueta al lápiz. Ella es preferible á otra cualquiera preñada de ditirambos y de hipérboles: para hibérboles y ditirambos, él, Castelar, que deslumbra siempre de puro luminoso.

Lo que le han criticado!

Los escrupulosos en punto á retóricas afirman

que está escribiendo cada artículo que despampana por enmarañado y palabrero; y aunque yo no comulgo en tales ideas comprendo que como literato, abruma, á veces. Mas como orador ¿quién es osado á criticarle, ó quién se atreve á regatearle la elocuencia?...... ¿Quién traduce esa música de avasalladora dulzura, que nutre el aire de armonías edénicas, de temblorosas vibraciones de alma, que suenan como á gorjeos de pájaros, como á rumores de estrellas, como á voces de vírgenes que dialogan con el cielo?......

Nó: A Castelar hay que oírlo. Es el ruiseñor con alas de águila: ¡el ruiseñor de la Historia!... —como diría cualquier aficionado á frase. La metáfora por exagerada que parezca es siempre pobre refiriéndose á su magnífica oratoria.

Y no quiero seguir en estas informaciones por que son ustedes capaces de creer que yo he venido á Madrid *á descubrir* á Castelar. Pero sépanlo ustedes y no se dejen engañar: cuando él diga que no vuelve á hablar, no lo crean; hace como que se va...... y se presenta luégo con *el último discurso* y la última comida.



JUERGAS CATOLICAS

La Semana Santa en Madrid es una diversión como otra cualquiera......

Valiente y menudo zarandeo de santos, de cirios, de pendones y de matracas éste que arman en las iglesias los creyentes, los devotos y los sacristanes......legítimos y apócrifos—que los hay de dos y más clases.

¡Los oficios, los sermones, los lavatorios, las siete palabras, que á mí se me antojan setecientas, y los pasos!......Sobre todo los pasos, es decir, las procesiones, como las antiguas de Caracas, aunque con más tumulto de fieles, de guardias civiles, de apreturas, etc......

Lo que me han gustado á mí las procesiones, ustedes no pueden figurarse!

Una verdadera *juerga* católica, apostólica y romana.

Como en jueves y viernes santos están prohibidos los coches y tranvías, los "pelotones" de



hombres y mujeres se echan por la calle del medio, ó más propiamente, por el medio de la calle y de esta suerte, invadido el arroyo, aparte las aceras, la Puerta del Sol, por ejemplo, presenta un curioso y originalísimo aspecto; como un ondeante mar de chisteras, hongos, mantillas y mantones; los balcones y ventanas son estrechos para contener los racimos de gente; las calles adyacentes rebosan; y la carrera hasta Palacio es imposible describirla.

Ustedes dirán:—Caramba! pero qué fanáticos son los madrileños!

No lo crean ustedes. En Madrid la Semana Santa se practica entre rezos y piropos: la devoción se mezcla con la chirigota; una de las siete palabras es decirle á todas las hembras bonitas: *Olé, tu madre...... prenda !;* y uno de los primeros mandamientos, ir de bracete con la novia á recorrer las Estaciones el jueves; el viernes, por la solemnidad del día, las acompañan las mamás...... Se me olvidaba consignar que una de las mejores y más acatadas ceremonias, es la de las apreturas en las procesiones; por el motivo más insignificante hay carreras, gritos, desmayos y jaleos por todo lo alto.

Recuerdo que en la del viernes, el año pasado, á la hora que salían con toda solemnidad de San Ginés las imágenes, se vino encima un violento chubasco y el tumulto mujeriego no se hizo esperar...... Mientras Cristo, para no mojarse, corría por la calle del Arenal, que se las pelaba, y la Magdalena la emprendía detrás de Cristo, y detrás de la Magdalena la Verónica, el concurso religioso se desbandó sin orden ni concierto. Yo fuí á dar á un portalón de San Ginés, en momentos en que, de un grupo cercano se levantaba una voz virginal:

—Mamá...... mamaíta!

—¿Qué, niña, qué te pasa?

—Que este hombre me......

—¿Te qué....... hija?

—Nada, mamá, que los hombres tienen algunas bromas muy pesadas.

Todos los presentes se echaron á reír, y como en el *Libro Primario*, "el hombre se rio más que ninguno."



Como es de suponer, los oradores sagrados se despachan á su gusto y hay sermón, vulgo *lata*, de tres horas y hasta de cuatro.

En las Calatravas un fogoso presbítero, respirando energía por todos los poros, *arremetió* este año contra el socialismo, fulminó yo no sé qué anatema contra la literatura y le disparó una indirecta á Pérez Galdós por *haberse atrevido á armar revoluciones en el teatro* (textuales). En Monserrat un padre Aguilar, que no tenía nada de águila, echó su cuarto á espadas en el juego del periodismo y pronosticó la condenación del nuevo director de *Las Dominicales*. En fin, que sería cosa de nunca acabar el darles cuenta de todas las pláticas. Algunos padres, después de todo, nos dejan poco menos que en ayunas; otros creyéndose en la tribuna del Ateneo, "disertan" más de la cuenta, y saltan de Voltaire al Génesis y de los Israelitas al Vaticano y del Paraíso á la Biblia en verso de Carulla. A los restantes, entre voces aflautadas y exordios chillones se les va el santo al cielo á lo me-

jor del discurso, de tal suerte que hubo quien al entrar en la descripción del Lavatorio no sólo dijo que Jesús le lavó los piés á los discípulos, *sí que también* la cabeza.

Esta novedad la apuntó *El Globo* en su edición de la mañana, por lo cual recomienda á los académicos la especie: téma para un curso. *La peluquería en los tiempos del cristianismo.*



Cada uno entiende la religión á su manera. *Yo entiendo la mía.* Así, pues, no me formen allá zaragatas apostólicas, porque no se las tomo en serio. Por mí que todo el mundo se confiese; con la iglesia á obscuras; que comulgue, aunque sea con ruedas de molino; que cargue con su vela en la procesión del Santo Entierro, y que éntre en las *Pregrinación de Obreros* que son otras tantas *juergas* católicas como aquella tristemente célebre que salió de Madrid con dirección á Roma....... Cómo si no!...... A lo que me resisto es á las espinacas envenenadas que me sirven en casa todos estos días de abstinencia. Declaro que no me acostumbro al besugo ni á la merluza, ni al mismo inofensivo «pargo,» así, á diario. Yo peco por la carne, aunque quizás, ó sin quizás, por esta herejía *La Religión* me mande al infierno de cabeza.

Ahí me las den tódas.

Fariseo!...... Sí, señor, muchas gracias, pero no cómo pescado. Además, yo creo lo contrario que los otros; creo que en jueves y viernes santo es precisamente cuando tocan á pecar. ¡Cómo que para esa fecha Jesu Cristo se ha muerto, y la familia, como es natural, no se ocupa sino en llorarlo, ¡qué va á saber él lo que uno hace por estos barrios! Díganlo aquellos que fueron á la fiesta de *La Cára de Dios*, una fiesta que es una verdadera verbena en Semana Santa, y la cual he descrito ya en otra ocasión como prueba curiosa de todo lo que á este propósito dije siempre de las fiestas de Iglesia.

Y me quedo corto.



LOS MENDIGOS DE MADRID

Al paso que lleva la institución—que por lo visto es paso de buena caballería—el mejor día nos encontramos con todo los moradores de la heroica villa *ejerciendo* de mendigos apócrifos.

Porque ¡cuidado que no es poca numerosa la falanje!

Recuerdo que cuando llegué á Madrid, con *mi España* de cosmorasma en la cabeza, sentí unos grandes deseos de echarme á llorar. Entonces tenía yo—aunque ustedes no lo crean—un gran corazón, un corazón de *oro sensible*. Pero me lo convirtieron en piedra berroqueña los amigos ingratos..... y los mendigos.

Apenas me estrechaba la mano cualquier sujeto me volvía yo loco de placer; y en cuanto alargaba la suya un haraposo la mía dudaba, siempre alerta, para entregarle la limosna.



—*Pobrecito*—exclamaba yo—este anciano pálido, cubierto de canas..... y de andrajos debe ser algún infeliz periodista venido á menos. Le daré una peseta.

Y luégo resultaba que ni aquel era anciano, ni periodista; ni aquellas canas legítimas; sino un legítimo peluquín adquirido por aquel *ilustre pillo,* con el cual peluquín se la pasaba engañando á la humanidad.

Y todos lo mismo. Esto no es *un descubrimiento;* lo sabemos; y no obstante esto prodigamos la limosna al oír aquellos lastimosos acentos que parten el alma:

—¡Señorito, una limosna..... para ayuda de un panecillo;..... para mi madre que está sin comer desde el año pasado;..... para mis hijos!.....

Ah! esto de los hijos es de la menesterosa comedia lo mejor y más acabado: lo *fin de siglo.*

Se encuentran, por ejemplo, en la calle de Alcalá y en crudísimas noches de invierno unos supuestos padres de familia llevando al hombro ó de la mano, un racimo de muchachos poco menos que en cueros; pero en cueros de tal modo que le entra á uno ganas de quitarse la capa y arroparlos. Aquellos padres, sollozando, con los ojos llenos de lágrimas, con la voz entrecortada piden *para sus hijos* desnudos. Y ¿qué hace usted?..... Claro, hombre, entrega lo que tiene.

Pero ya á mí *no me la dan.* Estoy en el *secreto:* sé que esos chicos son «alquilados» por dos reales y que las verdaderas madres, que son unos verdaderos monstruos á quienes les importa un comino que las infelices criaturas pillen una pulmonía, viven de tan ignominioso alquiler. Sé también que hay otras madres, menos malas: que los prestan para cuestiones de herencia; y *finalmente* sé de otras que los venden y de muchas que los roban.

Se compra un niño, *antes*, ó después de nacer, como se compra un ducado.

—Si la que va á nacer es hembra—dicen las medianeras del negocio—le damos á usted veinticinco pesetas.

—Venticinco pesetas!—exclama la futura madre vacilando.—Quiere usted darme treinta y tres?

—Bueno: treinta y tres; y si es varón cincuenticinco.

Cincuenticinco pesetas sobre poco más ó menos vale en Madrid un niño, que viene á ser el anzuelo para alcanzar la herencia de un marido rico sin hijos; del mismo modo que importaba quinientas pesetas, pongo por caso, un marquesado para darse pisto de aristócrata.

Esta última Agencia la descubrió el conde Xiquena y la denunció al Congreso. La Agencia de niños (venta y compra) nadie sabe

donde se refugia, á pesar de *las diligencias* de la autoridad.

Volviendo á los mendigos, dijérase que es el cuento de nunca acabar.

A unos que se mueren les encuentran, entre los colchones ó metidos en las fajas, puñados de billetes y de onzas—monedas que han desaparecido de España ha mucho tiempo.—Y otros se retiran á *su hotel*, que han construído á la chita callando, mientras ostentaban por esas calles unas piernas hinchadas como jamones americanos.

Sale usted distraído de un café, tarareando alguna aria *melancólica*, y de súbito se le encara un facineroso:

—Pero hombre ¿no ve usted que le estoy pidiendo una limosna?

—No lo había *oído*.

—Pues para otra vez entérese; y ahora déme usted *eso*.

—Eso es lo que no tengo. Dios le ampare —termina uno disponiéndose á seguir su camino.

Pero es lo suficiente para que le cojan del brazo bruscamente.

—¿No tiene usted? ¡Dice usted que no tiene y le acabo de ver por los cristales de ese café tomándose un chocolate!

—Bueno y qué! no me da la gana: no tengo.

—Lo que no tiene usted es vergüenza.

Y al que se descuide le pegan.

Vaya que si le pegan!

Un manco le dio una bofetada á un camarero de la cervecería porque éste no le dio los terrones de azúcar que había dejado de sobra un parroquiano.

Y á *un cojo* lo he visto yo correr detrás del coche de Sidi Brisha, cuando decían que este Embajador de Marruecos regalaba billetes de Banco á su séquito de *golfos*.

A casa llegó á pedir ropa usada un pobre señor que gastaba mujer, suegra, hijos y cuñadas casaderas; y todos nos apresuramos á darle pantalones, levitas, chalecos, etc.; toda una apreciable indumentaria. A poco vino la criada muy escandalizada.

—Pero han visto ustedes que *tío?* Acaba de empeñar la ropa ahí enfrente y ya está en el café convidando á unos amigos.

Cualquiera es caritativo presenciando estas cosas, y sobre todo siendo víctima de ellos, como le ocurrió á un sujeto muy conocido la noche que *reinauguraron* la Cibeles.

La gente se aglomeró como de costumbre alrededor de un hombre herido.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntaban todos á una voz.—¿Quién le rompió á usted esa hilera de dientes; algún carlista; algún moro; algún cubano insurrecto? Avise usted si es un

insurrecto para que lo fusilen en la Plaza de Oriente..... *y luégo* lo lleven á presidio.

—No, señor, contesta el *interfecto*—como diría el señor Cánovas—el agresor no es un filibustero, *fue un ciego*, que me largó un garrotazo porque no quise darle una limosna.

Y semejante á ésta es la historia de casi todos los ciegos, sordos, mudos, cojos, mancos y demás individuos que pertenecen á la raza de mendigos de Madrid.



INSTANTANEAS

I

He leído en alguna parte, no sé dónde, que en mano del escritor más desenfadado é independiente tuvo la pluma á lo mejor caprichos, pudores y escrúpulos de mujer reservada y prudentísima; y harto he visto comprobada esta verdad al empezar el presente trabajo, cuyo título fue para mí en otras ocasiones de relativa garantía para mis menudencias de cronista.

En el libro *Al trote*, por ejemplo—y perdónese la inmodestia de la cita, indispensable en este caso—hablé con toda libertad al presentar á mis benévolos lectores las fisonomías humanas y literarias de Zola, Daudet, Goncourt, Anatole France, Catulle Mendés, Richepin, etc., etc.: la pluma respondió entonces fácilmente á mis ideas, porque la vida íntima de los literatos

franceses no es en París un secreto guardado bajo llave; así, rápidamente esbozados con sus virtudes y sus vicios, con todas sus grandezas y con sus pequeñeces todas, entraron esos nombres en las páginas del libro—teniendo yo absoluto y pleno convencimiento de que las informaciones íntimas nadie había de tomármelas en cuenta como pecado digno de castigo.

Observando más cerca y personalmente al mundo literario español intenté realizar una nueva tarea muy semejante á la anterior, y entre notas, rasgos y apuntaciones del momento, escribí los nombres de Echegaray, Tamayo, Campoamor, Núñez de Arce, Balart, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Picón y algunos más que se destacan como principales figuras en la intelectual vida madrileña. Pero después de muchas dudas y comprendiendo que al fin y á la postre me ofrecía entre sus bondades algunas asperezas la labor, decidí en cambio darme otra satisfacción de índole parecida: la de hacer unas fotografías instantáneas de los periodistas; y como esto, además de la satisfacción ya dicha, me proporcionaba ocasión de unir mi humilde nombre de periodista americano al de los ilustres compañeros de la querida Madre Patria, no he vacilado en llevar á cabo mi propósito y comienzo hoy esta no tan difícil cuanto peligrosa clase de trabajo.

Las semblanzas serán breves como lo exige

«el género»: algo así como una condensación de juicios al correr de la pluma; todo sintético, pero espontáneo; todo sincero, mas sin frases aparatosas, ni calificativos exagerados, ni lisonjas desmedidas.



Por de pronto voy á presentar á ustedes un sujeto muy original: al señor D. Augusto Suárez de Figueroa, director del *Heraldo de Madrid.*

Por la traza, es decir, por la distinción que refleja toda su persona; por lo bien portado y por los ribetes de *dandy* que tiene la figura, se adivina al hombre de mundo; pero no al hombre de mundo vulgar, sino

al que reune el donaire de galanteador empedernido con la viveza y el ingenio propios de un talento claro y despejado.

Lo que fue en su juventud lo presume cualquiera; pero como la misión mía no es precisamente la de averiguar sus lances y aventuras, entro resueltamente en otro orden de ideas, para decir de una vez á mis lectores que Figueroa *está*...... ¿lo diré? ¡Vaya, ahí va, aunque me titulen cursi por lo viejo y repetido de la frase!: Figueroa *está* reconocido como el primero entre los primeros periodistas españoles; y hoy por hoy nadie se dispone á disputarle ese puésto.

En los comienzos de su carrera, en aquellos días de esplendor para la política, según los que vivieron la vida de las grandes luchas de la Revolución, Figueroa era el periodista «obligado,» el periodista solicitado por todas las empresas.

Cuando pertenecía á la redacción de *El Imparcial* cuentan que sus demás compañeros se quejaron al Director porque la holgazanería de Figueroa estaba pasándose de la cuenta y entraba al periódico cuando le venía en gana sin cuidarse de si tenía ó no que hacer. La queja era justificadísima; pero el Director que sabía lo que se traía entre las manos, escribió tranquilamente á los acusadores y contestó luégo: «Yo no le pago á Figueroa para que

escriba; le pago para que no escriba en otros periódicos......» A lo mejor desaparecía, no sólo de la redacción, sino de Madrid y entonces eran los afanes de la Empresa: andaba aquella gente desalada y bebiéndose los vientos porque aquel ilustre «desertor» con todas sus informalidades era verdaderamente insustituible.

«Insustituible»:—me resulta muy oportuna la palabra.

Ducho en todos los manejos y habilidades de la política; formado maravillosamente en ese mundo de agitaciones; activo, resuelto, acreditado por su inteligencia, armado por sus victorias, dueño hasta de las prácticas más insignificantes del periodismo, Figueroa triunfa de las mayores dificultades con ventaja. Representa en España la prensa moderna; la prensa de iniciativas; la prensa verdaderamente artística si se quiere. Es fecundo y en las dotes de sagacidad y de constancia á temporadas, rebasa los límites de lo increíble. Todavía se recuerda cómo cosa curiosa y admirable, un número íntegro de *El Resumen* que se hizo él solo de la cruz á la fecha, ó lo que es lo mismo desde el artículo de fondo hasta el último suelto de noticias y como para echarle en cára su pereza á los redactores que se fueron *de Verbena* todo el día. En aquella originalísima edición terminaba preguntando por la redacción del periódico abandonado y suplicando

en una especie de anuncio final que le dieran razón de los *desaparecidos* caballeros.

Aunque en punto á *desapariciones* ya están ustedes enterados de cómo las gasta Figueroa. Un día que andaba en coche para no sé qué asuntos del periódico, alcanzó á ver una mujer muy hermosa, que también iba en carruaje, en dirección contraria: dio orden al cochero que siguiera al otro vehículo y andando, andando llegaron á una estación de ferrocarril: la dama tomó un billete; él otro, y de tren á tren y de ciudad en ciudad fué hasta Roma—según me informó familiar y reservadamente uno del gremio...... (pero como yo soy tan indiscreto, por más que quise callarlo, ya ven ustedes: *se me fué* la pluma y la he soltado)......

Al regreso de Italia empezó á trabajar con verdadero furor, supliendo con su prodigiosa actividad el tiempo perdido, sin dar reposo al cuerpo ni expansiones al espíritu.

Sobre todo ahora, como Director del *Heraldo*, cosa que ha tomado muy en serio, huye de todos los sitios públicos: no se le ve en los casinos ni en los teatros ni en los cafés. En comenzando él la tarea no hay quien lo separe de la mesa de trabajo: tinta, pluma, cuartillas, una caja de puros, café...... y ya está aviado el hombre para pasarse días y noches enteras abstraído en sus quehaceres.

Se me olvidaba consignar que Figueroa ha

tenido algunos duelos por cuestiones puramente periodísticas; pero en ellos ha demostrado siempre tanta firmeza, tan varonil idea del honor y tanta habilidad en el manejo de las armas, que su reputación de valeroso no le ha perjudicado en España, como acontece con los matones de oficio.

En resumen y para dar una idea perfecta de las «genialidades» de Suárez Figueroa, basta decir que después de acabar el primer tomo de la *Historia de Rusia*, maravilla de erudición y estilo—á juicio de los inteligentes—se echó á dormir sobre los laureles y todavía están esperando los españoles el segundo volumen.

II

Aragonés, soltero con muy poca gana de casarse, bohemio de buena ley, redactor de *El Liberal*, poeta ingenioso, cronista eminente, si los hubo, famoso revistero de toros—A pesar de Galdós—literato de una sola vez, como suele decirse y afortunado autor de varios libros "amenísimos."......

Son los informes que puedo dar de Mariano de Cavia porque nuestra amistad jamás dio lugar á inquisiciones de usos y costumbres ni



á sutilizar temperamentos. Distanciados por la casualidad ó por los distintos gustos y aficiones nos vemos de raro en raro en un estreno ó en los toros y apenas si he descubierto en punto á intimidades que «este hombre» se acuesta al amanecer y hay que repicarle campanas y dispararle cañonazos á la cabecera de la cama para que se despierte.

Por lo *demás* creo que no ofrece su vida muchos ni muy variados lances, cosa que me contraría, valga la verdad, porque no estoy dispuesto á *descubrirlo* como escritor de alto juicio y gran renombre, de bizarro estilo

y clásica dicción.... Eso lo sabe todo el mundo. Que tiene originalidad, carácter, fisonomía propia; que en todos sus trabajos se revela el literato de inteligencia superior, seguro de su fuerza; que en Madrid es el cronista de más bulto; y que en este género ocupa "la cumbre" por derecho propio, ó lo que es lo mismo, por su agudísimo talento, por su criterio perspicaz y por haber heredado el cetro de la crítica que empuñó *Fígaro*.... ¿qué menos podría decirse?

Cavia es el único—no hallo otro en toda la moderna literatura española—que resiste el paralelo con Larra, como Larra fue también el único que no estuvo expuesto á confundirse con los escritores de su época. Y el paralelo no es exagerado, como el de P. Blanco, que no encontrando con quien comparar á Cavia lo llamó el Voltaire español.

El P. Blanco era andaluz y si no lo era, lo parecía.

Mariano de Cavia es, además de ilustrado y culto, el festivo autor de *Piton á Piton* cuya paternidad legó por entero á *Sobaquillo*: él no quiere que Sobaquillo y Cavia sean una misma persona; pero la gente ha dado en leer á través del pseudónimo su firma y tendrá que conformarse á su pesar.

Lo más saliente de su vida periodística es, ó fue, un famosísimo artículo *reporteril* sobre el supuesto incendio del museo de pinturas.

Como lo describiera con todos sus tristes pormenores, el público no paró mientes en la nota final y aturdido por el espantoso relato se dirigió al sitio del siniestro, donde encontróse perplejo y "burlado" ante un edificio intacto y sin la menor señal de desastre ó cosa parecida.

Y no sé más respecto de este celebrado periodista, correcto amigo, fino compañero, joven, nervioso, trasnochador empedernido y autor de *Salpicón y Azotes y Galeras*, por más señas.

III

Cuando los hombres se han elevado mucho por su talento—advierte un eximio publicista—su vida es faro que palidece al alejarse.

Algo semejante ocurre con Fernández Flores: fue fecundo, muy fecundo y como era naturalmente el periodismo su campo de acción, adquirió gran popularidad sin que ella le perjudicara en sus futuras producciones, como resulta con otros que en su afán de halagar al público caen en vulgaridades funestas.

Fernández Flores ó *Fernanflor*, vive hoy de su pasado. Era como Anatole France un cronista exquisito y como Catulle Mendés un cuentista adorable; del primero tenía toda la ingenuidad: sencillo y retozón á veces y en

ocasiones delicadamente epigramático. Siempre frescos, juveniles y risueños sus cuentos pueden citarse como modelos. Sobre todos ellos *Periquín*, digno de figurar entre los mejores de la literatura francesa. De este cuento, dijo Bonafoux que *Clarín* había formado juntamente con las piltrafas del Carlos de *Madame Borary* el Zurita de *La Regenta*.



Lejos ya del mundo literario vive *Fernanflor* tan ricamente, reclinado entre un mundo de gloria y otro de dinero, dos cosas que

unidas constituyen el verdadero ideal.... Siete mil duros de renta, notoriedad, salud á toda prueba, consideraciones, etc; es como ustedes comprenderán la vida regalada; la vida excepcional de un literato en España. Así comprendo yo *la inspiración*, los alumbramientos felices del ingenio, y las ideas espléndidas con ropaje lujoso; porque á mí que no me engañen........ Con la cartera repleta de billetes se siente un periodista capaz de llevar á cabo grandes proezas literarias; mas ponerse en prensa la cabeza á diario para ganarse el sustento es cosa dura, aunque aseguren que después del trabajo abrumador se va á ganar el cielo.... ¡ El cielo! como dijo el poeta:

y si luégo resulta que no hay cielo?

IV

Preguntan ustedes por Antonio Palomero y nadie les da indicios del sujeto; pero hablando de *Gil Parado* y todo el público que lo lee dará de él los mejores informes.

Es un pseudónimo que la gente pronuncia como un apellido.

Palomero ó Gil Parrado, ó como ustedes quieran llamarle es popular por sus versos; y po-

pularísimo por su original indumentaria, es decir, por la chistera, el garrote y el abrigo. ¿Quién no conoce en la Cervecería Suiza ó en Fornos el célebre abrigo de Palomero?..... Despojar á ese chico de aquel abrigo de mangas anchas, como alas de murciélago, es despojarlo de su *personalidad física*, porque como personalidad literaria descuella, á no dudar, entre esa juventud que bulle en la coronada villa.

En *El País* ha creado una sección nueva; una sección en verso fácil y amablemente jocoso, donde se relata el suceso del día con tal naturalidad y con frases tan regocijantes que muchos compran el papel para enterarse de *La comedia humana*, bajo cuyo título escribe. La musa retozona de Palomero campa allí por sus respetos; y como el director del brioso periódico republicano *lo deja hacer*, el muchacho se despacha á su gusto: hoy zarandea á un personaje del Gobierno; mañana pone como digan dueñas á un jefe de partido, y siempre tiene á mano un chiste ó un equívoco para aplicarlo bien y oportunamente á sus producciones. Esgrimiendo la sátira ha ganado el puesto que ocupa en la prensa; y moviendo la pluma en otros géneros, como en el teatro por ejemplo, va adquiriendo un nombre que ya lo quisieran muchos para regodearse con él.

Y dígase de una vez: Antonio Palomero es escritor á todas horas, escritor de cuerpo en-



tero, á pesar de su liliputiense altura: lo mismo traduce un drama, que arrgla un juguete y produce un buen artículo. Pero el campo de su actividad es el verso, ó en otros términos, la poesía amena en sus más hermosas manifestaciones.

Es joven, delgado, pálido, (pero no romántico); amigo de todas las mujeres que encuentra á su paso é implacable aficionado á la vida de bastidores.

Para él no hay más que tres cosas que merezcan su presencia en el mundo: *El País* de Lerroux, el café de Fornos y las

mujeres de Madrid, á pesar de las desazones que éstas le cuestan.....

Y cuenta que no se las merece !

V

Pero Dios mío ¿cuándo provocará un conflicto, siquiera sea de barrenderos esta *Correspondencia de España?*—decía yo una noche leyéndome todo el periódico en medio de un trago de café y una bocanada de humo.

—Nunca se armará ese complot que usted desea—respondió uno de los contertulios—«nunca», mientras figure en ella como Director don Andrés Mellado.

Y dijo bien quien tal dijo. Don Andrés Mellado es un hombre impasible, atrozmente impasible para todas sus cosas. En su historia pública no hay un rasgo, según sus íntimos, que pueda presentarse como resumen de un temperamento digno de análisis. Ha sido redactor de varios periódicos importantes; republicano pacífico primero, y luégo monárquico más pacífico aún que en sus buenos tiempos de republicano; como alcalde de Madrid no hizo nada notable; y hoy, además de director de *La Correspondencia*, es diputado *perpetuo* por un pueblo de Andalucía y *eterno* indicado del Gobierno para una

cartera en la *próxima* evolución ministerial. Las tales evoluciones se suceden unas tras otras á menudo, á veces semanalmente, pero la cartera de Mellado no llega; y menos ahora que el señor Sagasta ha dejado el tapete para que talle otro.



A bien que don Andrés es hombre que se echa todo á la espalda y continúa imperturbable, subiendo y bajando majestuosamente las escaleras de la redacción; otra de sus buenas cualidades: no enfadarse nunca. Nunca se le oyó levantar una voz más alta que otra. Para todo el mundo tiene una sonrisa, una inclinación de cabeza, y un efusivo apretón de manos.

—Don Andrés, un cuento para los domingos de *La Correspondencia*...... Una novelita para el número ilustrado...... Unos versos *interesantísimos* para «el santo del Rey»......

Todo le parece muy bien; todo conforme y todo se publica; y *La Corres*...... como gritan los muchachos del pregón, sin alterarse; con su público siempre, con sus anuncios fijos y con sus artículos de fondo reposados, tan reposados que no tendrían que envidiarle sus ternezas á los del *Diario de Avisos* de Caracas. No recuerdo haber presenciado, desde que estoy en España, un caso de sensación traído por aquel periódico madrileño. Los días pasan y pasan los meses y los años continúan sus accidentadas carreras; y vienen las guerras de Melilla, de Filipinas y de Cuba; y surgen complicaciones diplomáticas y saltan los liberales del poder y entran los conservadores y *La Correspondencia* y Mellado á través del desbarajuste marchando impávido, de bracete, por un solo camino: él y ella han resuelto el difícil problema de *la tranquilidad* en el pueblo más susceptible del mundo.

Esto no obstante, hay que convenir en que don Andrés Mellado es un periodista á quien se debe mirar con respeto por su carácter, por su rectitud, por su buen sentido, por su claro entendimiento, por su probidad indiscutible é indiscutida y por sus excepcionales dotes de director. Había de ir á la dirección de ese pací-

fico periódico de la noche cualquiera de sus redactores y como no llevara al puésto otra cosa que su pluma, sofocado se vería de fijo para cumplir eficazmente con su público habitual. No se llega así como se quiera á la cumbre, á lo más alto, á donde está siempre firme el señor Mellado; pero siempre esperando que el coche del Presidente del Consejo se páre á las puertas de la redacción...... conduciendo su soñada credencial de Ministro de la Corona.

VI

Tengo el honor de presentar á ustedes la figura literaria de más bulto que hay en *El Imparcial* de Madrid: el señor D. José Ortega Munilla.

Creo que nació en Cuba aunque él jura que nació en la Península; pero de la Habana ó de Madrid, de *Guanabacoa* ó de Logroño, Ortega es una personalidad de gran relieve en la literatura española y no importa su procedencia para el objeto que me propongo; y claro, me propongo no regatearle los elogios: todos los que pueda hacer de él me parecerán pálidos.

(Así como suena, para que ustedes no se llamen á engaño.)

Por de pronto quiero consignar que no le conozco ni siquiera de vista; sin embargo tiene


LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

derecho á toda mi gratitud.... porque el primer artículo mío que se publicó en España apareció en los *Lunes de El Imparcial* y fue á manos del señor Ortega, sin cartitas de recomendación que lo predispusiesen á la benevolencia, ni súplicas que lo llevasen de mala gana, á dispensarme la honra de figurar al lado de los hombres de más subido mérito en las letras castellanas. Hace más de un año que colaboro en esa importante publicación madrileña y aún no sé si el director es blanco ó moreno, si gasta amabilidades con sus redactores ó si resulta un ogro por sus esquiveces. De referencias sé muchas cosas; sé que no contesta cartas, que todas se le pierden y todo se le olvida; que no tiene hora fija para entrar ni para salir; que á lo mejor emprende un viaje á Córdova y se atrinchera «en su hotel;» y que luégo desaparece y escribe desde Málaga ó aparece de pronto sin avisar.

Encontrar á Ortega Munilla es más difícil que hablar con un Ministro. Yo he desistido de buscarlo; y espero conocerlo cuando la casualidad me otorgue esta satisfacción. La satisfacción no obstante la he aprovechado leyéndole «con fruición,» con entusiasmo, con verdadero cariño, porque me seduce, me avasalla su estilo rico y flamante á todas horas. Del estilo depende á menudo el éxito de las obras; «el estilo —ha dicho alguien—conquista al lector ó por

el contrario determina entre él y el que escribe una corriente antipática que sólo puede dominarse después de un fatigoso esfuerzo de la voluntad.» El estilo agrio y seco del zizañero Clarín, pongo por caso, repele; el estilo «áureo» de Ortega subyuga; encanta por su gentileza y cautiva por su frescura y por su juventud.

Ortega Munilla es un artista en la más amplia acepción de la palabra, un artista que posee el espíritu luminoso y la fantasía espléndida. De su pluma brotan las imágenes llenas de vigor; las ideas envueltas, ceñidas en flexibles y lujosísimos ropajes que dejan adivinar formas soberbias y las frases todas que vibran en sus brillantes oraciones tienen castizas bizarrías, gallardas y aristocráticas posturas. Hasta las cosas más vulgares adquieren originalidad arrolladas en esa prosa selecta, elástica y sonora que se gasta en sus trabajos. Mas no quiere esto decir que sea un retórico implacable á cuatro vientos, no; él sabe que el éxito no consiste sólo en la forma y por eso al lado de su amor á la frase está su amor á la idea; los dos amores marchan unidos en todos sus escritos; pero bajo los resplandores del lenguaje del poeta el espíritu del pensador se mueve gloriosamente, dominando el sonido magnético y la deslumbradora luz que le rodean.

Con esto creo que dejo dicho clara y sencillamente que el director de los *Lunes de El*

Imparcial es un literato brillantísimo; no un lírico con ribetes de intrumentista. El único defecto, que por encontrarle alguno, encuentro en Ortega Munilla es su largo y extraño silencio. Desde que dio el primer paso en el camino de la holgazanería (hace cosa de dos ó tres años) nada hace que merezca cita especial; diríase que su regalada vida de director le quitó los bríos de literato y de cronista á la moderna, chispeante y delicioso como el mejor y más inimitable de los *causseurs* de buena ley. Para juzgarlo, ó más bien para encomiarlo, en este sentido me falta espacio; tengo que sujetarme al patrón de un plan trazado, á la tiranía de un título que tuve la desgracia de escoger con harta ligereza para esbozar algunos periodistas de Madrid, entre los cuales hay muchos, como el señor Ortega, de quien debía yo hablar largo y tendido; pero crea él que á falta de cosa mejor va unida en esta «Instantánea» juntamente con mi admiración de discípulo mi respeto de compañerismo que tiene vistas á la gratitud.

VII

El ruido que hace Matías Padilla, parapetado tras el balandrán del *Abate Pirracas*, bien ó mal hecho, ya se lo envidian más de cuatro.



Crítico del *Heraldo* era Padilla cuando yo llegué á Madrid; y por aquella época se le discutía encarnizadamente, á todas horas, en las mesas de café, en los corros de la calle de Sevilla, en los vestíbulos de los Teatros y entre bastidores: entre bastidores sobre todo. Lo que allí decían tiples y tenores, damas y galanes, características y "meritorios" estropeados por su pluma, no es para contado. De aquellas lenguas salía el pobre *Abate* hecho una miseria. A propósito de cualquier cosa, de la más simple cuestión teatral, aunque no viniera á cuento, se sacaba por los cabellos al crítico y entonces caían sobre él los denuestos como chuzos de punta. Con menos habríase atemorizado el más valiente.

—*Pirracas* está perdido—decía yo—el día menos pensado lo asesinan.

—Cá! perdidos estaban ellos, los cómicos malos. Aquel crítico implacable seguía pegando fuerte, sin consideraciones ni distingos; poniendo de oro y azul á todos los artistas que no cumplen en escena como Dios y el público mandan. Por eso se desahogaban los pobrecitos entre bastidores.

Tanto y tan mal me hablaron á mí de Padilla que llegué á tomarle ojeriza. Pero una noche de estreno en el Teatro de la Comedia, me acerqué á un grupo de amigos y allí fuí presentado *al Abate*, como suelen llamarlo sus

íntimos. Desde aquel instante se trocó mi reserva en franca simpatía, porque pese á quien pese, Padilla es uno de los periodistas más caballerosos que he tratado. Dijérase que aquel hombre tan amable, tan atento y tan exquisito en sus demostraciones de compañerismo, no es el autor de esos escritos enérgicos que se confunden, á veces, con la brusquedad y le concitan desazones á menudo.

Aún no he podido explicarme esta antítesis. Unos afirman que en su estilo de impetuosidades momentáneas refleja Padilla su carácter personal; y otros creen lo contrario: creen que abusa de la frase impaciente para singularizarse, ó mejor, para no parecerse á los rutinarios en punto á críticas de Teatro. Mas, agresivo ó justiciero tengo la absoluta seguridad de sus convicciones: el espíritu caballeresco vive en él á todas horas; á todas horas está dispuesto á responder con bizarría de los actos del escritor. Y esto—valga la verdad—me seduce, como seducen todas las naturalezas irrefrenables, si las hay. Hombres de tal carácter son y serán, *siempre*, en el periodismo, preferibles á esos hipócritas que van á las tertulias del café á buscar amigos que los ayuden á odiar, á justificar atropellos de honras y á destruir reputaciones, (*á sotto voce*), porque no se sienten con bastante valor para confesar públicamente á la víctima odiada sus rencores.

Que el crítico de *La Correspondencia* no gasta un cerebro sobrio (?) y bien disciplinado; que maneja el idioma con demasiada prisa como si temiese que se le escaparan las ideas . . ¿qué importa? ¿Qué importa todo eso, si en medio de sus desatinos, que son pocos, dice las verdades en párrafos substanciosos, sin vaguedades ni vacilaciones? Por otra parte en sus argumentos se ve la solidez del convencido; tiene la noción del arte, absoluta y excelente el amor por la justicia. Puede ser exagerado en ocasiones, intransigente nunca.

Otros críticos serán *más plumarios*—como decía un paisano del mismo Padilla—pero ninguno más franco ni más leal.

Yo confieso que lo leo siempre con gusto *á pesar* de las perrerías que de él hablan sus malquerientes colegas.

VIII

(En la redacción de *El Liberal.*)

—El señor Don Miguel Moya?

—No está: venga usted á las once de la noche.

(A las once.)

—¿El señor *de* Moya?

—No ha venido: vuelva usted mañana.



(Al día siguiente, pero con muy malos modales, la misma pregunta; aviso del Empleado al señor Director y contestación de este:) "Que espere cinco minutos."

Esperar cinco minutos en una redacción madrileña es como esperar el tranvía en una estación de Caracas. Cinco, diez, quince, veinte minutos; un repiqueteo de timbre, un señor que entra, otro que sale, hasta que al fin suena otro timbre, se le crispan á uno los nervios y se sale de allí con un humor de mil demonios. Por eso yo rompí *las únicas* cartas de presentación que traía á Madrid y para mi sayo, "gorro y capote" mandé á paseo al señor Director de *El Liberal* y lo declaré además periodista *sin táctica* y persona sin ribetes de educación.

Desde aquel día tuvo derecho el señor Moya á todos mis resentimientos.

Andando el tiempo, un día en el salón de conferencias del Ateneo me dijo Salvador Rueda.

—Allí está Miguel Moya. ¿Lo conoce usted?

—No: ni quiero . . .

Cuestión de carácter. Mi brazo no se dio á torcer. Después—valga la verdad—lo deploré bastante, porque me informaron que el señor Moya es un cumplido caballero, muy amable y muy atento; modesto, recogido y trabajador, industrioso y perseverante hasta hacerse digno á los más abiertos elogios. Elogios que no quiero regatearle teniendo ahora montado este pe-

queño observatorio periodístico—que por malo que resulte no lo será tanto como el que usan los astrónomos de Madrid en esta Primavera tornadiza.

Y como tratábamos de "elogios" continuaremos con el señor Moya, que entre los directores de la prensa madrileña representa "la habilidad," como representa Figueroa la castiza elegancia; Mellado el buen sentido; Gasset el impulso; Luque la independencia; Vicenti la constancia; Sepúlveda el donaire; y Alejandro Leroux el valor. Y puesto que Moya aborda las cuestiones políticas más arduas *sin comprometerse*, hay que darle el título de hábil.

No se sabe que posea dotes recomendables de escritor opulento á lo Burell, con osadía en las imágenes, grandilocuencia en la expresión y sonoridad en las cláusulas; pero alma de sus artículos es, á no dudar, la fluidez que en ellos siempre se refleja. Agréguese á esta cualidad de periodista, la cualidad de *diarista* copioso y con buena voluntad para el trabajo á todas horas—virtud que escasea en las redacciones—y tendremos á un director de indiscutible competencia. Pero de esa competencia nadie habla ó hablan de ella con desdén muchos de los que luégo van á rogarle al desdeñado la publicación de sus *Revistas Cómicas* y sobre todo el V.o B.o para el consiguiente recibo.

Lo cual me hace pensar que Moya es más

bueno de lo que en realidad debiera ser. Bueno y sencillo con una sencillez rayana en humildad que se presta á muchos títulos, porque ese hombre es diputado y no bulle; es director de un diario importante y *no suena;* es amigo íntimo de personajes de campanillas y *no gasta cruces ni cintajos;* y no hay que darle vueltas, en este vanidoso mundo para valer algo hay que bullir y *sonar* y deslumbrar á los tontos—(que son los que abundan)—con las bandas "tornasoladas" y las "insignias de colores." Yo creo que Moya ni siquiera tiene la cruz de Portugal que le dieron á López Ballestero. Pero métase usted en averiguaciones en la redacción de *El Liberal:*

—¿El señor *de* Moya?

—Ha salido.

(Al día siguiente.)

—¿Se puede ver al señor Moya?

—No señor, *está sudando* tinta.

Acaba usted por mandar al infierno al señor Moya.

IX

La mejor semblanza de Eusebio Blasco no la trazó una pluma maestra, sino un maestro zapatero.

Blasco, según cuentan, necesitaba á prisa y corriendo un par de botas y envió á la zapatería

con orden de que se las hicieran "lo más pronto posible."

—Lo más pronto posible, eh!—exclamó el ingenuo industrial—Dígale usted á Don Eusebio que si él cree que coser unas botas es lo mismo que hacer una comedia.

Esta inconsciente, pero admirable contestación, dio lugar á muchas frases y á no pocos juicios cariñosos sobre el autor de *El Pañuelo Blanco*, porque nunca, tratándose de Blasco escogió la ignorancia formas más sencillas. La asombrosa facilidad de ese escritor no tiene ejemplar en la literatura española contemporánea; y esa facilidad constituye toda su fuerza. Y digo que constituye toda su fuerza, porque no pertenece á la raza de los *escritores socorridos*, á los que viven citando y pidiendo prestado á los demás autores frases y párrafos enteros ó zarandeando los párrafos y las frases del francés.

Cuentos, narraciones, artículos, poesías, comedias, dramas, todo lo aborda él y en todos los asuntos es feliz; ingenioso, delicado, original, fluido y abundante, como un manantial—harto bien comparado el manantial.—De tal modo es natural el estilo de Blasco que leyéndole parece que se le oye hablar: escribe cien cuartillas sin tachar una palabra, porque "la tachadura, ha dicho Cavia, la corrección y el retoque son para Blasco pecados de lesa personalidad artística."

Un día *se cansó* de España, recogió los bártulos y se fué á París, con las muy nobles pretensiones de ganarse con la pluma el vil sustento. Decididamente aquel hombre estaba loco, pues entrar en París llevando por capital una pluma es lo mismo que entrar de conquistador en Alemania llevando por arma un corta–papel. Y pasaron los días—como dicen en las novelas—y nada, y el sujeto allí, firme que te firme, hasta que apareció de súbito en la redacción de *El Fígaro*, triunfante, no se sabe cómo: ello es que Blasco pertenecía á la redacción, con sueldo fijo.

Y ese es el hombre, sencillamente, un caso raro y asombroso del periodismo español.

Cuando viene á Madrid se hace un lío de *patrioterías* y dice que *todo* es suyo y habla de *sus* chulas, de *su* sol, de *su* luna, de *sus* toros y de *sus* soldados: lo mismo que Guillermo II cuando se refiere á *su* ciudad de Berlín. Y ¿creen ustedes que estos furores patrióticos le duran mucho? A lo mejor se enfada ó se levanta de mal humor y dice lo contrario, ó lo escribe con la mayor frescura, como lo hizo, sin atenuaciones de ningún género á raíz del fracaso de Galdós: entonces puso de oro y azul á todos los españoles y dijo *á voces* que aquí no existía el respeto; que se arrodillan al pasar el Viático y luégo blasfeman; que adoran á las mujeres y le dirigen vocablos soeces y que esto andaba perdido y que si *patatín y patatán* . . .



De aquella indignación estemporánea se rieron muchos, porque ya se sabe, á Blasco hay que tomarlo como se presenta, á la francota, con todos sus defectos, así oiga uno hablar de él barbaridades en la mesa del café, porque ¡cuidado que allí lo despellejan! Cuando menos se espera viene un periódico llamándolo *sin vergüenza* con todas sus letras y él contesta con algún artículo hermosísimo y lleno de chistes que deja tamañito al mismo que lo insulta.

Dos ó tres semanas después del estreno de su drama *Juan León*—que estuvo á punto de ser rechazado por el público—lo encontré en un pasillo del Teatro de la Comedia:

—Y ahora ¿qué hace usted Don Eusebio?—le pregunté.

—Ahora voy á escribir mi prólogo.

—El prólogo de *Juan León?*

—Claro está: ¡no sabe usted que es de moda entre *eminencias*, protestar cuando á uno lo silban? Y efectivamente, á los pocos días, apareció en un periódico de gran circulación el famoso *Prólogo*. Lo mejor que se ha publicado en todo lo que va de año.

En *la actualidad* escribe mucho, á diario y unas veces son tan malos los artículos que parecen escritos por un académico y otras resultan brillantes y de una sola vez; porque eso sí, en acertando, á Blasco no hay quien le ponga el pie delante.

X

Esto ya no es envidia—gritaba una noche en el Ateneo el famosísimo Correa, indignado contra un conferenciante que había puesto á Colón, como digan dueñas.

—Y qué es Correa?—le preguntó uno.

—*Esto es el alcaloide de la envidia.*

Y José Zahonero que viene á ser como si dijéramos, el heredero de aquel satírico insigne, terminaba en el mismo sitio una polémica con las siguientes palabras.

—Aquí somos escritores mientras no los haya.

Con aquella frase y con esta figura que en actitud desdeñosa ha trazado el admirable lápiz de Pons, no neeesita el avisado lector de más añadiduras. Pero falta conocer al hombre, al tipo: un tipo delicioso se entiende, que viste á capricho, sin importarle un comino la crítica del mundo.

A veces entra en la Cervecería de un modo atroz, con un sombrero calañés de alas anchas y una capa verde que es la tía Javiera de las capas de Madrid, con cuello de pieles, cordones negros y forros especialísimos. Cuando llueve, la indumentaria de Zahonero es de otra especie: un impermeable de color indefinido, una boina azul y unas botas misteriosas que parecen sustraídas de un Museo de antigüedades. Y su

entrada es siempre un acontecimiento; no saluda á nadie, ni se sienta; pero interrumpe la conversación con una de sus infinitas sentencias ó deja al que le habla con la palabra en la boca, para dirigirse á un grupo del otro extremo. Y vuelve luégo, quejándose del «maldito» periodismo que apenas si le da para vivir con su numerosa familia en un tercer piso de la calle de santa Catalina—que ya es vivir.



Constantemente amargado, el escéptico Zahonero ya no habla, se lamenta con epigramas.

En verano desaparece de Madrid sin decir «adiós.» Y Zahonero? —pregunta uno en los lugares donde él arma sus tertulias.—¿Se ha muerto Zahonero? Nadie responde, nadie

sabe donde se ha metido. Pero también sin anunciarse reaparece «muy señorito,» ó hablando en buen castellano, muy bien vestido, con el sombrero de copa flamante y las botas de charol lustrosas, como si las untara de goma.

Aquella ausencia la aprovechó de fijo escribiendo cuentos y arreglando artículos; esos artículos y cuentos suyos extrañamente simpáticos que caen á temporadas en las mesas de las redacciones, á donde no va nunca si no tiene que cobrar. Y cuando cobra se entusiasma y ofrece dar unas conferencias sensacionales, en las cuales conferencias va á probar que *estamos muy atrasados*, lo mismo en España que en América; y que ambos pueblos merecen ser conquistados por el Africa.

Si estas cosas las dijera en voz baja, menos mal; pero adviértale usted que oyen personas extrañas y es peor: entonces gesticula y grita como un desaforado y cualquiera creería que se va á comer al contrincante.

—Pero qué bárbaro—le decía en cierta ocasión á un celebrado poeta.—Pero qué bárbaro es usted.

—Por qué, vamos á ver, por qué?—preguntaba el «insultado.»

—Porque dice usted que va á emprender en un romance la crítica de *Peñas Arriba*, la última novela de Pereda. Y eso es, sencillamen-

te, una barbaridad que sólo puede caber en la cabeza de usted.

Para soltarle una «fresca» al más empingorotado personaje no tiene él pepitas en la lengua. Y á él se le señala como autor de una frase que corre con visos de epigrama «anonadante» entre los enemigos de una famosa escritora. Expresábase ésta, según cuentan, con alguna vehemencia respecto de la dramática española y se le ocurrió decir, entre otras cosas que, «ella pasaba todo, menos *La loca de la casa.*» A lo que respondió Zahonero con su acostumbrada osadía. No puede usted pasar *La loca de la casa* y la pasamos á usted que es *la loca de la nación!*

Porque eso sí, á él, á Zahonero, que no le hablen mal de Galdós. Es capaz de matarse con Dios por don Benito. Ah! si él se hubiera encontrado en Madrid cuando el estreno de *Los Condenados*, la comedia triunfa...... á pesar de *los reventadores*. Vaya que si triunfa!

Yo he conocido idolatrías de todas clases; pero idolatría más sincera que la de ese hombre por el autor de *Realidad*, ninguna.

XI

Para D. Jacinto Octavio Picón.

¿Se puede don Jacinto?........ es decir, se permite á un croniste de la calle pisar con sus botas gruesas de «andariega» los alfombrados

salones de su palacio? Dijéronme que la convención de sus escritos reflejaba en todas sus más hermosas manifestaciones la suprema elegancia de su hogar; y dijéronme, además, que escribía usted á semejanza de un célebre moralista francés: trajeado con lo mejor y más flamante de su indumentaria, antojándosele que ella influía en la nobleza y cultura de la producción literaria. Y no anduvo muy lejos de la verdad quien tales cosas me dijo. Lo encontré á usted en su lujoso gabinete de trabajo hecha ya la *toilette*, en grave intimidad con las cuartillas; en medio de un orden admirable



y rodeado de muelles divanes, de estatuas alegóricas, de pinturas exquisitas y de una variada colección de bronces y japonerías.

En aquel instante se me representó usted al atildado Paul Bourget, trabajando en el caprichoso despacho de Edmundo Goncourt.

Aunque extremó usted su amabilidad conmigo, fue breve mi visita; pero no tanto que al bajar por aquella soberbia escalera de mármol olvidase el símil que me hicieron entre su hogar y sus escritos: salí *profundamente convencido* de la influencia que ejercía en sus impecables trabajos literarios la encantadora manera de vivir en ese nido de artista refinado.

Yo pretendía hacer de usted un «rápido esbozo» lo más digno posible de su persona y de sus obras; pretendía, al ejercer de panegirista, en un par de cuartillas, amenizar *la instantánea* presentándolo á usted, joven, pulcro y correctísimo modelo de caballeros; quitado de estas tertulias del café, donde la honra está á merced del primer *quidan* y alejado de los círculos donde se va el tiempo en estériles polémicas. También pretendía hablar de sus novelas y consignar, claro, que *El Enemigo* es, la de mayor y más subido mérito á mi juicio: *Dulce y Sabrosa* la más encantadora y *La Honrada* la más bella, la que tiene vida más intensa.

Motivos sobrados para elogios, sin despilfa-

rros ni exageraciones de mal gusto, ofrecíanme las áureas vestiduras de su prosa elegante; su claro y luminoso entendimiento, cuando juzga las producciones ajenas; la hidalga aptitud en las polémicas reñidas siempre en buena lid; y sobre todo eso, su fraseología inagotable, su bizarría de ideas y sus delicadas labores de observación, que le señalan un puésto distinguidísimo entre los primeros psicólogos de España. Pero ya usted lo ve, esos estudios huelgan ó pecan de atrevidos en tan estrechísimas páginas. Además, usted y sus obras piden artículos bien pensados y mejor escritos, comenzando por los protagonistas de sus novelas que son hombres de carne y hueso ó hembras con alma que viven la vida de la realidad; y por otra parte hay que dirigirse á usted hecho un *dandy*, de frac y camisa muy blanca y muy lustrosa, en buen papel, con buena tinta y buena pluma; yo tengo que empezar por decirle como aquel célebre administrador que le escribía á su jefe :

Perdone V. E. si á causa del calor que hace en este pueblo, le escribo la presente en mangas de camisa.

O lo que es lo mismo.

Perdone usted que no termine su semblanza, pues olvidando á quien me dirigía empecé el trabajo indecorosamente en zapatillas, con pluma de acero y en un puñado de viles cuartillas de papel de imprenta...... Pero sepa usted, que

cuando pase lista á sus admiradores y amigos habrá uno en la fila, uno que con voz entera, clara y bien timbrada contestará al punto, sin vacilaciones.

—Presente, don Jacinto.

XII

Los versos de Sinesio Delgado no los añado yo, como *Fray Candil*, á la cuenta de sus pecados.

El primero y mayor de los pecados que tiene encima el director del *Madrid Cómico* es haber nacido «feo.» (Y en esto soy yo *una autoridad:* tengo una cara que no me la merezco, aunque no tan triste como la de Sinesio.)

Hay feos alegres y feos lúgubres.

Sinesio *el Delgado*, como lo llama Vital Aza por boca de un poeta chirle de *La Rebotica*, pertenece á los últimos feos, porque además es flaco, desaliñado en el vestir y poco cuidadoso de tenacillas y perfumerías.

Pero todas estas malas cualidades desaparecen bajo la indiscutible cualidad de poeta originalísimo y de la no menos apreciable de administrador milagroso.

Del numen regocijado de ese hombre brota de igual modo una Revista Cómica que «un recibo;» y pongo en primer término la Revista

porque en España es más fácil producir unos versos que gusten, que un recibo que se pague. Para alcanzar tan buenos resultados y con tanta frecuencia no sé cómo se las arregla Sinesio Delgado: probablemente pasa «el recibo» á los suscritores en verso libre.



Diríase que Delgado ha descubierto ó inventado la máquina de «poesías» ligeras y exquisitas; porque producir, produce cualquiera. Lo que se pide á los poetas fecundos no son versos á lo que salga; son versos delicados ó vibrantes; harmoniosos ó valientes; fáciles ó robustos, pero *buenos;* . . . y en cada composición una idea . . .

Esos poetas–raudales con sus tiradas de consonantes, serán todo *lo fáciles* que ustedes quieran; pero á mí no me acaban de convencer. Prefiero «menos facundia,» menos versos, y claro, menos consonantes y más poesía, como la de *Almendras Amargas*, v. gr., el último libro de Sinesio; un libro de los que entran pocos en libra.

El señor Delgado es autor de varias zarzuelas en un acto; unas muy malas, y otras que hacen una temporada «sustanciosa,» como *La Baraja Francesa.*

Escribe á todas horas y escribe, como antes he dicho, bien.

Ha hecho que el *Madrid Cómico* sea necesario en toda España un día de la semana: el sábado; pero el sábado, después de todo, es para él día aciago, el día de los colaboradores gratuitos que lo abruman con originales y exigencias de publicación á toda costa.

Y como hoy es sábado, para que no me con-

funda, aquí termino su semblanza, no vaya él á figurarse que pretendo enviarle versos.

Yo no soy sospechoso.

XIII

Entre los cafés más concurridos del Barrio Latino—escribía yo en cierta ocasión—se encuentra el café Stemback, donde la gente joven come por lo general en compañía, al aire libre, bajo los toldos que apaciguan el bochorno de las tardes de verano.

Paseándome un día por aquella inolvidable acera que conduce á D'Hearcourt, fijándome en los grupos de estudiantes y en las muchachas alegres que llenan de perfumes y de risas todo aquel bullicioso boulevard, «chocóme» la presencia de un joven á quien la ancha corbata á medio hacer, la camisa flotante y el resto del traje «desenfadado,» le daban aspecto de artista parisiense y de bandido italiano.

Desde aquella tarde, la casualidad me lo puso siempre al paso: todos los días en el mismo sitio y á la misma hora veía yo á «mi hombre.»

Una noche, no recuerdo quién me llamó para presentármelo:

—Don Ricardo Fuentes, periodista español.

Creo que me turbé, no sé; no supe cómo empezar la conversación y luégo me entró



desesperante gana de reír . . . Aquel joven á quien mi fantasía vistió con traje de artista y de bandido, era sencillamente un periodista, un compañero que hablaba mi mismo idioma. A poco de «presentados» comenzamos una charla amena sobre literatura; brotaron de nuestros labios nombres ilustres . . . ¡ y qué sé yo ! una racha de citas, de recuerdos y de placenteras digresiones en un minuto. Cuando nos despedimos éramos *amigos íntimos*.

Fuentes trabajaba por entonces en un gran diccionario enciclopédico de la casa de Garnier y apenas podía robarse unas horas que dedicaba á la correspondencia periodística. Del rudo y brutal trabajo salía con un humor de

mil demonios, maldiciendo al Diccionario, á Garnier, á Zerolo y á todo el mundo que tenía que ver algo con aquella «barbaridad»—como él la llamaba.

—No vuelvo más,—me decía una noche—prefiero arrojarme esta noche al Sena, con la mujer y los hijos.

Al día siguiente recorría yo con ansiedad las columnas de los periódicos, temiendo encontrarme con *la terrible realidad;* y nada: Fuentes no se había arrojado al Sena. Emprendía su tarea por la mañana, la dejaba en la tarde, iba después al café y luégo á las ocho ó las nueve de la noche subía como un mono al imperial de un ómnibus y . . . *á pasear* los grandes boulevares.

Cuando se presentó en Madrid sin «previo anuncio» lo conocí á respetable distancia, por el traje; (y cuenta que yo soy miope) pero aquel traje de Fuentes que no se sabe si es de verano ó de invierno; aquel sombrero «frégoli» y aquel gabán marrón no se me olvidan nunca.

Fuentes vino á Madrid para ocupar puésto de honor en la redacción de *El País* y allí continúa firme librando campañas formidables: ni el mismo director que goza fama de valiente lo supera en eso de *disparar* artículos audaces contra el fuerte de la monarquía. En diciendo él «á combatir» hay que «apartarlo» como á los muchachos furiosos. Cuando se fundó *La*

Democracia Social, (todo un señor periódico que habrá que leer con lentes) el mejor artículo lo escribió Fuentes. Se tituló *Sangre nueva*, levantó gran polvareda y fué, á juicio de los inteligentes, el más enérgico artículo político que se ha publicado en todo el año.

Ahora veo á Fuentes muy tranquilo: de casa á la redacción, y de la redacción al Café Universal á fumar tagarninas del estanco y á contemplar unas chicas muy guapas que se sientan todas las noches en la mesa de enfrente . . . .



RACHA DE EXPOSICIONES

No se quejarán los artistas «inspirados» ni os aficionados «fanáticos......»

—Para *exposiciones* Madriz—como dicen los le Provincias.

Exposiciones de puéstos de agua con sus respectivas camareras en el salón del Prado; exposiciones de muñequerías y antigüallas en Recoletos y exposiciones femeninas de formas opulentas *por mor* de los vaporosos trajes de verano, sin contar con las *ó los* enjambres de niñas casaderas y de pollos serpentinos que se exhiben todo el año en la nunca bien ponderada, desempedrada y estropeada calle de Alcalá.

Pero la mejor y más discutida; la que todavía está dando juego, es la gran Exposición de Pinturas y Esculturas en donde el despilfarro de colores y de mármoles ha sido verdaderamente atroz.



Y no se me diga que este es un grito subversivo, un grito de censura con pretensiones de crítica implacable, porque antes que yo lo demostraron plumas más autorizadas y lo confirmó el jurado repartiendo medallas á diestro y siniestro, sin saber lo que se hacía y aturdido—quizás—por aquel aluvión de cuadros abrumadores. Dígalo *si nó* el *Fuego á bordo*, un trabajo espeluznante en el que las mujeres parecen focas hinchadas y los hombres monos paralíticos.

Si me dijeran que el autor de *Fuego á bordo* se había vuelto loco á raíz de su desbordamiento artístico no me extrañaría.

—Aquello que se ve en el centro del barco— ¿sabe usted lo que significa?

— La chimenea—nos contestan.

—¿La chimenea? Pues si parece una de las columnas mingitorias de la Puerta del Sol, echando humo.

—Y aquel «torbellino» de montañas rojas en el fondo, son los Pirineos?

—Las olas, hombre, las olas que están *ardiendo*......

Claro! como el cuadro todo está que arde y no hay por donde cogerlo. De fijo que por eso lo premiaron.

En cambio el magnífico y vigoroso trabajo de Gonzalo de Bilbao, *La siega en Andalucía*, se echó ó la echaron á un lado y esto viene dando lugar á protestas con banquetes de á veinte reales el cubierto y puros de á dos; discursos castelarinos y escarceos humorísticos en los periódicos, que se enfurecen ó fingen que se enfurecen por la injusticia cometida.

Hasta aquí todo iba bien, relativamente; pero ahora no sólo se indignan los Bilbaos sino otros pintores que no llegan á su cultura y han formado un congreso de «ofendidos» para banquetearse y repartirse las menciones honoríficas que, á su juicio, debieran darles.

Y lo que dirá el jurado.

—Ahí me las den todas.

Por otra parte—agrega el jurado—esos «genios» prematuros pueden consolarse recordando que hubo un tal Velázquez que no alcanzó las zarandajas que ahora se usan y sin embargo pintaba maravillosamente.

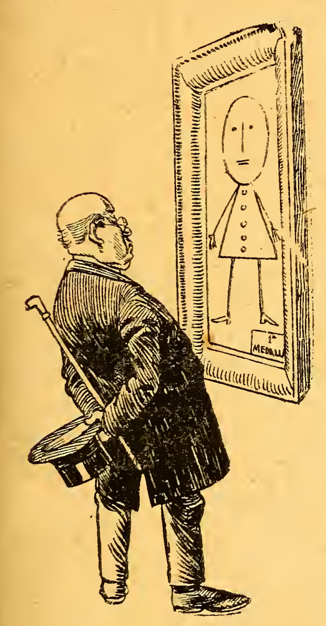
Los «amedallos,» por de pronto, andan por esas calles dándose pisto de Murillo en ciernes.



—Quién es ese duque con melena ensortijada, sombrero «frégoli» y flotante camisa caprichosa?—preguntan los transeúntes.

—No es un duque—contestan —es «una segunda medalla» que se exhibe.

Los «inaguantables» son los de «la nueva escuela,» los de la escuela independiente sin semejanza. Los dibujos de estos caballeros me recuerdan mis buenos tiempos de chico cuando con el lápiz de dos colores ponía yo de rojo y azul en las cubiertas de los libros. Con un rápido movimiento del compás resultaba una limpia y hermosísima esfera: la cára; en el centro dos puntos: los ojos; una raya á regla, la nariz y dos horizontales la boca; luégo un triángulo el busto y por último las piernas: correctísimas, también á regla limpia.



Pues *eso;* eso sobre poco más ó menos hacen los dibujantes de esta escuela *desconocida.* Y cuando pintan es el delirio de los colores: el mar amarillo, el cielo verde y la tierra azul.

Instrumentistas en pintura como si dijéramos.

Y no hay quien les haga creer que todo eso, aunque llevara la firma de un Bonnat infunde pensamientos pavorosos; porque si la Naturaleza fuese como ellos *la inventan* habría que salir huyendo.

Diríase que la humanidad, y con la humanidad el cielo, el mar y la tierra fecundada les han hecho algún daño á esos señores.

De bracete con los pintores extravagantes se presentan hoy «los modernistas» que antes de servir al arte sirven á las aficiones «fin de siglo» ofreciendo á los ojos del público asombrado escenas que mueven á risa. Quieren ser naturales y suelen ser ridículos; y cuando pintan al desnudo exageran las curvas gloriosas de una virgen, pongo por caso, ó dislocan las redondeces fugitivas de una beldad, dándole á cada garganta y á cada talle formas de globo aerostático ó dimensiones de plaza de toros.

Y pare usted de contar porque la tal exposición es un desbarajuste mayor que aquella otra que nos ofrecieron el año pasado en París los «independientes» del Campo de Marte. Si aquella fue horrible esta ha sido espantosa— con excepción hecha de una docena de cuadros buenos (no se niega) pero que no son cosa del otro jueves.



CHISMES

Cuando ustedes *oigan* á un español cantando las delicias del Estío: las arboledas umbrosas, los jardines espléndidos, los frescos terrazgos de los alrededores de Madrid; los violáceos bosquecillos donde el aire perfumado se respira con ansia; los arroyos que cruzan temblando sobre lechos de arenas de «oro;» las aves «parleras» que pueblan de gorjeos la campiña; el cielo azul-pálido, convidando á soñar y el sol enviando á la tierra sus vibrantes manojos de luz......... Cuando ustedes «oigan» todas esas majaderías líricas, aunque el cantor se llame Salvador Rueda, pueden mandarlo á paseo bajo mi responsabilidad........

Aquí no hay tales delicias en Estío, ó en Verano, ó como quieran llamar á la precoz estación que se anticipa en junio. Esto es una atrocidad de calor *bravo*, muchísimo más

intenso que el de la Habana (y me quedo corto;) hay una polvareda constante que asfixia: la carrera de San Jerónimo no es una calle, sino una carretera indecente por donde es preciso atravesar en zancos; y en la Puerta del Sol se parten las piedras, se agrietan los edificios y se derrite media humanidad.

Vivir en Madrid en verano es vivir en el infierno.

A las cinco de la mañana sale uno más que á prisa de entre las sábanas porque la cama es un horno; entra usted al baño y el agua está poco menos que hirviendo; se ábren los balcones y sopla aire....... caliente; el trabajo es casi imposible porque las cuartillas se deshacen debajo de las manos; el mango de la pluma suda, y sudan las paredes y los muebles, y la silla en que está uno sentado se retuerce y vibra como presa de las llamas de un incendio.

Ayer, precisamente salí yo de casa, medio loco, sin chaleco, con la camisa desabrochada y el sombrero en la mano agitándolo á guisa de abanico y al desembocar en la calle de Fuencarral me encuentro con Vital Aza.

—Hola!, hola!—me dice—¿hace calor?....... Parece que estamos en América.

—Sí—le contesté yo bufando—como en

América. Ya quisieran ustedes ahora la eterna primavera americana. Mañana me voy aunque sea á China.

Sólo por las tardes, allá á las seis, cuando este sol de fuego empieza á declinar, «los de arriba» nos envían una limosna de aire tibio que respiramos todos, abriendo las bocas y las narices desmesuradamente.

Pero se ve por ahí cada boca abierta y cada nariz hinchada. Señores, ¡qué narices y qué bocas!

***

En el testamento que deja Ruiz Zorrilla hay una nota curiosísima: la nota referente á su petaca de oro repujado.

Esta petaca la heredó don Manuel del célebre Olózaga quien le daba con ella más que una prueba de afecto personal «una muestra de confianza del partido.» Ahora Ruiz Zorrilla siguiendo el ejemplo del gran patricio la cedió al famoso Dr. Esquerdo, á quien juzgara el hombre de más mérito, al más digno de tomar posesión de aquella prenda, *símbolo de la jefatura y del Gobierno.*

Pero el Dr. Esquerdo no contaba con la huéspeda y aquí la huéspeda era el señor Muro que pretende reunir los títulos sufi-

cientes para ser dueño de la zarandeada petaca.

Unos dicen que Muro y otros que el Dr. Esquerdo es quien debe tomarla.

El señor Cánovas, que no está contento si no mete la cucharada en todos los asuntos, amenaza á los reñidores petaqueros con quitarles *el símbolo.*

Y don Práxedes Sagasta, el de la sonrisa mefistofélica ve de reojo el lío que se está armando, se rasca la barba y dice para su gorro, sayo y capote:—Aquí va á haber bronca y gorda. Pero á río revuelto...... la Presidencia del Consejo de Ministros.



«Triguito».........

Ustedes no saben quién es Triguito. De fijo, no lo saben; pero yo voy á presentarlo á ustedes por medio de un rasgo que lo pinta de cuerpo entero.

Triguito es un «flamenco» que el año pasado vino á *Madriz,* desde Málaga, con las muy buenas intenciones de ser émulo del Guerra. Pero en la torería hay también *envidias* y *perferencias*—como él dice—y á Triguito no le dieron la alternativa; pero *fué* y se casó con una gitanilla de las que quitan *el sentío,* y al día siguiente de la boda decidió

pasar la luna de miel en el campo; y apenas empezó la alegre merienda de los novios, apareció, á no muy honesta distancia un berrendo en negro, de ocho años, con su par de alfileres muy puestos y conociendo á Triguito en el empaque, se le echó encima para darle juego; pero el arrojadísimo torero pensó que una cosa era en el campo y otra en la plaza y tomó por asalto un árbol que braceó en un decir «amén,» mientras la novia era alcanzada y volteada por el cornúpeto.

Ella gritaba pidiendo socorro, y en medio de sus angustias se le oía exclamar:

—Triguito de mi alma! ven, bájate del árbol! *Mía* que matan á tu esposa........ *Mía* que el toro!........

—Pues *chica*—contestó el otro de arriba—arréglate como *pueas*. A mí no me han *dao entovía* la alternativa. Anda y dícelo al Guerrita........ que me de la alternativa y entonces........ será otra cosa.



A propósito del Guerra.

Madrid entero desfiló ayer entusiasmado por frente á Fornos, donde los amigos del diestro insigne le dieron un banquete por haberse *diznado* visitarnos.

Esta honra no quiso el Guerrita «dispensárnosla» en toda la temporada y viene á decirnos, además, que ha ganado en provincias, y en dos meses, 50.000 duros, y que ganará otros cincuenta mil en el mes que falta de toreo y *juerga.........*

Aseguran los cronistas que antes del champagne el califa cordobés abrió la boca y de la boca bendita brotó esta frase sublime:

— *Redioz y que calor torino er de los Madriles!*

***

Ha más de un mes que se suicidó en esta nunca bien ponderada villa y corte Enrique Maldonado, un joven literato á quien rechazaron sus artículos todos los periódicos. Ese muchacho llegó aquí como *Paolo*, buscando gloria; y con su rollo de originales debajo del brazo fue de redacción en redacción sin encontrar una mano protectora que lo ayudase á subir esta hermosa escala con que sueñan los románticos. Cansado de desaires, desengañado y triste, tuvo el infeliz un mal cuarto de hora, se asomó al balcón y un segundo después se arrojó desde aquella altura estrellándose el cráneo contra las lozas de la acera.

Registrados los papeles del muerto vienen

á enterarse los periódicos de *lo que valía* ENRIQUE MALDONADO. Artículos soberbios, escritos en buen castellano, con ideas nuevas, con estilo luminoso; versos originalísimos; un drama en tres actos y el esbozo de una novela que por las tendencias ó por el tema que pretendía desarrollar, hubiera acaso figurado entre las primeras novelas españolas......... Todo eso produjo Maldonado, ese mismo Maldonado que fué de puerta en puerta buscando una protección que le negaron;......... y todo eso vienen á apreciarlo ahora los que le rechazaban.

¡En cambio hay cada *congrio* por ahí llenando las columnas de los diarios!.........



Es propietario, rico, vive en grande, tiene coches de lujo, caballos de carrera, una quinta preciosa para retirarse á veranear, criados con librea y mesa abundante para sus amigos.

Se llama ó lo llaman don José Soler y Moltó; viste como un Brummd y gasta como un Moruz; pero es un ladrón, un miserable ladrón, un carterista empedernido, un ratero descubierto por la policía secreta de Madrid.

El último robo, en el que lo pillaron, lo hizo en la estación de Aranjuez. *La víctima*

se acercó al despacho de billetes; don José se acercó también y mientras el primero pagaba, el segundo sustraía la cartera......... Don José se separó del despacho fumándose un habano tranquilamente; pero tranquilamente el jefe de la policía lo siguió, lo invitó á entrar en su propia carroza, y le dijo, ofreciéndole una cerilla.

—Don José, vamos á dar un paseo.

—¿Por donde?.......

—Por la Cárcel Modelo, don José.

En esta forma ha ingresado en la prevención esa personalidad «saliente»........ á quien los hombres honrados saludaban sombrero en mano cuando él iba por esas calles salpicándoles con el barro que levantaba el trote de sus caballos.

Y lo que dice la gente:

—Si no se puede uno fiar de nadie: ni de los propietarios.



MESA REVUELTA

LAS HAZAÑAS DE LEBAUDY

Al joven millonario Max–Lebaudy le llaman en París *le petit sucrière* (el azucarerito) y no precisamente porque tenga algo de dulce, sino porque tiene dinero y como el dinero se lo gasta en el *Café–Anglais*, en el *Moulin Rouge* y en todos esos puntos donde se reune la gente derrochadora y alegre de París, Max–Lebaudy es agasajado, mimado, acariciado y *amado* (?) por las más renombradas *demi–mondaines*. Le conocí una tarde en los grandes boulevares. Es un tipo que viste con buenas telas en los colores que á él le da la gana. Es joven, un poco rubio y algo feo......

—Quien es ese?—le pregunté á un periodista español que paseaba conmigo.

—Ese? Max–Lebaudy.

—Ah! *le petit sucrière*.

—El mismo: la anda diciendo á voces: ¿no ve usted que entra en aquella «victoria» donde hay tres mujeres?

En efecto: la victoria contenía tres mujeres de trajes llamativos y descomunales sombreros que se reían (las mujeres, se entiende) viendo al muchacho que venía disparado á obsequiarlas con unos paquetes de dulces. Cuando entró al coche se le vio desaparecer entre un torbellino de faldas de seda......

Esa es su vida: vida de escenarios, de *cocottes*, de bailes cancanescos y de *juergas* á la parisiense, á cuyo estruendo sólo le falta para ser completa el *cante jondo*, la guitarra y el Jerez.

El *flamenquismo* también le tira á Mr. Lebaudy y de él se cuentan hazañas de *sportival torería*, como la que sigue:

Un día Max fue á parar á Bayonne donde toreaba el Guerra con toda esa elegancia y maestría que ningún torero posee hoy en España; y claro, se le subió la tauromaquia á la cabeza. Como en París hace muchos años que echaron abajo la plaza y no se permiten corridas, el muchacho millonario decidió fabricar un circo para *su uso* particular y lo levantó á despecho de las autoridades en una de sus posesiones denominada Mai–son–Lafite.

Terminado de un todo y en pocos días el edificio, (así quedaría) contrató al Guerrita, ó mejor dicho, le propuso contrata para la inaugu-

ración; pero el rey, «el Califa,» se negó y entonces Max no tuvo más remedio que conformarse con «espadas» de tercer orden y toros de deshecho.

La corrida fué *fatal* como ustedes pueden figurarse: hubo *hule* de lo lindo; varas ignominiosas; banderillas en sitios contrarios; estocadas humillantes y cogidas de toreros por donde huelga nombrar. Presidió esta célebre fiesta Max-Lebaudy vestido de majo andaluz (!) y para final, obsequió á «la concurrencia,» (en su mayoría de señoras) con un *lunch* donde hubo brindis en honor de la gente de *cercunstancias* que como *le petit sucrière*, sabe gastarse los cuartos con *cabayeros* de chaquetilla y sombrero cordobés.

De esta famosa corrida de becerros se ocupó extensamente la prensa (y contando en la prensa á Aurelien Scholl que es medio torero).

Sólo porque se trataba de un chico millonario y cursi á todas horas.



COSAS DE RODRIGUEZ CORREA

—

Cuando murió el ingenioso escritor Rodríguez Correa los periódicos de Madrid haciendo honor á las genialidades del celebrado autor de *Rosas*

y Perros dedicaron sendas columnas á sus más notables *ocurrencias*, á esas ocurrencias que andan todavía sueltas en la memoria de todos y que á veces sirven de solaz en las tertulias literarias.

Rodríguez Correa como Fernández y González tenía *cosas* y entre estas hay algunas que me permito recoger de la prensa de aquellos días, porque bien merecen reproducirse ahora que vivimos en medio de un desbarajuste epigramático que da grima.

Cuentan que cierto día Correa se encontró en situación desesperante—cosa muy común entre gente que vive de la pluma—y le pidió á un conocido banquero amigo suyo, y en una reunión de literatos, la suma de 1.000 pesetas.

El ricacho, muy contrariado por la petición, se excusó con los malos negocios, etc., y entonces Correa, insistiendo, le dice:

—Pero, es verdad que me niega usted el dinero?

—Sí, se lo niego, Correa.

—Entonces, querido, usted me ha estafado.

—Qué ha dicho usted?

—Si señor—replicó el poeta imperturbable—usted no es político, no es aristócrata, no es literato; el único título que tenía usted á la consideración de los escritores era de rico y ahora resulta que no tiene usted dinero...... Lo dicho: nos ha estafado usted......

En otra ocasión, Correa que era muy vehemente, llamó borracho, en un escrito, á un caballero que no bebía.

—Qué atrocidad! Ramón—le dijo Becquer—ese señor no bebe. Rectifica.

—Rectificar yo, Rodríguez Correa? De ningún modo. Que rectifique él; sí, que rectifique emborrachándose.

Pero lo mejor de ese hombre es lo que menos le han aplaudido: lo mejor de él fue su decidida protección al poeta Becquer. A Correa, sólo á Correa se le debe la publicación de las obras del cantor de las *Rimas*.



COMBATE SIN SANGRE

—

El sangriento espectáculo se anunció en los puntos más céntricos de la coronada villa por medio de grandes y pintarreados cartelones, en los cuales aparecía «el monarca de las fieras» cabalgando sobre el lomo del robusto jarameño, y haciendo en él una horrible carnicería: todo el mundo se sintió indignado frente á este cartel que chorreaba sangre; ......pero todo el indignado mundo madrileño formó cola en el despacho el día del espectáculo; la gente se agolpó en la Puerta del Sol y asaltó los tranvías que

salían atestados y á docenas de sus estaciones; los ómnibus, los rippers, los coches, todo iba lleno, atropellándose por la calle de Alcalá como en los grandes acontecimientos «taurómacos;» las aceras de la calle de Sevilla intransitables; y más de 2.000 personas en las afueras del circo vociferaban porque se agotaron de temprano los billetes.

Con una puntualidad inglesa—suponiendo que los ingleses sean puntuales—colocóse á las tres de la tarde la inmensa jaula del león en los medios de la Plaza, y por un estrecho callejón entró bien armado y decidido el cornúpeto. Apenas vio el rey de las selvas al brioso animal que le acometía, lanzó un espantoso rugido é intentó hacer presa en el cuello; pero su contrario era de los de empuje y se arrancó de veras volteándole á las primeras de cambio. Erizóse de rabia y de dolor el «achuchado,» y cuando intentó abalanzarse nuevamente, el toro lo golpeó cuatro veces consecutivas hasta hacerlo retroceder violentamente. A partir de este instante la lucha fue breve y decisiva; el león empezó á rastrear por la orilla y á hurtar el cuerpo hasta quedar vencido, á pesar de que el toro no tuvo campo para un buen derrote en donde lo habría enganchado de fijo haciéndole luégo molinetes.

Al día siguiente murió el león, de los golpes, nada más; el toro ha pasado á la posteridad;

y el público...... ah! el público muy disgustado porque...... ¿lo digo?...... vaya, pues ahí va: Porque no hubo sangre......

¿Qué espectáculo puede celebrarse «sin sangre» en esa plaza? Cuando no se pide sangre de caballos se pide sangre de hombres...... Aún me parece oír la voz de aquel *terrible aficionado* de los tendidos, cuando cinco minutos después de espirar el *Espartero* le gritaba al torero *Zocato* que hurtaba el cuerpo:—¡Acércate y házte matar como el otro!



LOS VALIENTES

A propósito de haber escrito un cronista parisiense que un barbero francés había afeitado á un domador de leones entre la misma jaula, un español dirigió la siguiente carta á los periódicos de Madrid:

«Puede usted, señor director, asegurar que yo, barbero de Madrid, que oculto hoy mi nombre porque no se crea que busco un *reclamo* gratuito, estoy dispuesto á afeitar y cortar el pelo á máquina ó tijera á dos hombres dentro de una jaula de leones.

«En cuanto sepa que el barbero francés acepta el reto, diré mi nombre y señas.—*Lamparilla II.*»

Cualquiera diría que con esa carta estaba todo terminado. ¡Quiá! Hay otro español más valiente que el anterior; y para que no crean ustedes que vengo sin pruebas á hacer la afirmación, aquí copio otra carta más original que la primera:

«El infrascrito se compromete, no á cortar el pelo y afeitar á un hombre dentro de una jaula de leones, sino á cortar á uno de estos la melena, siempre que el domador asista al espectáculo.—*Juan Andrés López.*»

Y ahora todo el mundo boca abajo, porque después de una *ronca* semejante, como dicen allá en América, no hay quien tosa.

Esto parece una *portuguesada*, pero es española legítima, que viene á ser lo mismo.

***

LOS GOLFOS PROCESADOS

—

A las puertas de la audiencia hay un numeroso concurso, en su mayoridad de *la gente del bronce*, mujeres despeinadas, hombres de gorra y chiquillos vestidos de harapos. Al entrar aquel tumulto de «seres imposibles» se producen altercados, empujones y gritos; pero llega la guardia civil, y cesa como por encanto la algazara. Cuando toman por asalto la sala,

los jueces y los letrados ocupan sus asientos respectivos en disposición de comenzar la vista.

Los reos se mueven con intranquilidad desusada en el banquillo: son tres muchachos de doce á trece años, tres ejemplares de granujas astrosos: al más pequeño le falta medio calzón y el resto del traje es de retazos de todo género: al del centro, que es el mayorcito, le sobra media vara de manga de camisa; es rubio, la cabeza semeja un plumero amarillo; y el último, un trigueñito que guiña de cuando en cuando un ojo izquierdo, se lleva una mano á las narices, mientras con la otra se hace un ñudo en el extremo de la pretina, que no cuenta un solo botón. Los tres están arrimados uno contra otro, como si de esta suerte consiguieran salvarse del peligro que los amenaza.

Es una causa *de dos pesetas.*

Aquellos tres chicos, que pertenecen á esa raza de desheredados que en España llaman *golfos*, han robado *dos pesetas y veinte y cinco céntimos*. Esos *golfitos* andaban hechos unos *perdis* por los barrios bajos; no conocen madre, padre, nada; no saben lo que es un hogar; duermen donde los coge la noche, en el banco de una plaza, en el quicio de una puerta cochera. Los reunió el azar y un día que tuvieron más hambre que de costumbre, entraron á un «puesto» ambulante y sin que el dueño se apercibiese, le robaron dos pesetas y pico

en perros grandes; pero los pillaron en el hurto y ahí los tienen ustedes inquietos, revolcándose en el banquillo y lanzando miradas de asombro al público como preguntándole lo que han de contestar al *tío* del Juez.

—Procesado primero, usted, el mayor, ¿su nombre?

—Pedrín.

—Pedrín...... ¿qué?

—Pedrín...... Solo.

El público que ya se sabrá de memoria lo que allí iba á pasar, empezó á reirse y «la vista» se tornó en sainete. Claro, á quien se le ocurre procesar á tres muchachos que á la hora de las acusaciones empiezan por decir......

—No *juí* yo, que *jué* este.

—*Miá* qué embuste?...... ¡Si *juiste* tú el que metiste la mano y *aluego te trajiste los riales*......

Esta causa ha terminado como los últimos estrenos de los teatros: con pateos, gritas, risas y aplausos á granel.

Los *golfos* han sido puestos en libertad. Eso es, para que continúen siendo bandidos.

***

RAVACHOL EN EL REAL

El rojo y soberbio cortinaje que cubre la entrada principal de la Sala del Real se abrió en dos para dar paso á un hombre de raro

aspecto. ¡Un hombre de capa y sombrero hongo en un sitio donde todo el mundo trajeaba de etiqueta se consideró como un insulto!

Primero hubo unos como murmullos de indignación; luégo estallaron algunas risas; pero al final del primer acto se dijo en los pasillos que aquel hombre era un fiero apóstol del anarquismo, y entonces fue que la figura del encapotado creció, y el miedo contagioso de suyo, pasó de los pasillos á las butacas y de las butacas á los palcos, donde se hizo pavor. La concurrencia empezó á salir atropelladamente de la sala y precipitándose por los corredores iba la multitud aterrada, esperando oír de un momento á otro la terrible detonación.

Un señor que venía muy pálido aseguró que le había visto ocultar la bomba debajo de la capa. Las señoras no sabían vestirse el abrigo, y los hombres no acertaban con las mangas del gabán.

Sólo el Gobernador de Madrid, despreciando los «tremendos vaticinios» tuvo el suficiente valor para entrar nuevamente á la sala.

Los pocos que se decidieron á quedarse, atisbaban, desde las cortinillas, el encuentro del Gobernador con el anarquista. Fue un momento de solemne espectación. A nadie le llegaba la camisa al cuerpo.

—¡Ravacholl!!—dicen que gritó la autoridad.

¡Pero Ravachol ¡qué si quieres! no atendía.

Y entonces «la autoridad,» que no estaba para bromas, se acercó y le puso la potente mano sobre el hombro. (Los reporters no están de acuerdo en eso del hombro: no saben si era el derecho ó el izquierdo). El anarquista dio un salto de *león herido* y, cuando todos esperaban ver al Gobernador pulverizado por la dinamita, se quedaron estupefactos. El monstruo anarquista dialogaba con él, se sonreía y tornaba á sentarse tan tranquilo.

Era un pobre mozo de aseo que quiso celebrar su cumpleaños dándose el gustazo de oír la ópera desde una butaca.

La aristocracia volvió á ocupar sus asientos, y es fama que alguna señorita demostró sus simpatías al fiero encapotado con miradas melancólicas como las de Rojas Paúl.

***

ZOLA EN ROMA

—

Menuda desazón pensó darle León XIII á Emilio Zolá, cuando este fué á Roma.

Desde que su Santidad supo que el eminente novelista había puesto allí los pies, llamó al Cardenal Rampolla y le dijo:

—Mira, tú, Rampolla, no me dejes pasar á Emilio ni en las audiencias públicas.

—Y quién es Emilio?

—*Un chico* francés que se la pasa escribiendo disparates: ahora acaba de confeccionar una tortilla literaria que llaman *Lourdes*. En cuanto llegue á las puertas del Vaticano me lo arrojas por una ventana.

—Pero si no lo conozco personalmente.

—Es muy fácil: tiene cára de monstruo. En este particular hay opiniones: unos dicen que la tiene de buey cansado, y otros que tiene cára de toro de ocho años. En fin, una cosa rara es el tal Zolá: se come á los angelitos crudos.

Esto de comerse á los angelitos no le gustó mucho al Cardenal Secretario, porque él tiene algunos predilectos, muy rubios, muy pálidos y con tiernas caídas de ojos, como diría Taboada.

Desde aquella hora se puso de guardia el Cardenal, con objeto de inspeccionar á todos los que entraban en el Vaticano; pero Zolá se valió de no sé qué artimañas, en una audiencia pública, se deslizó furtivamente y de una ojeada se trazó el cuadro que figurará en su novela Roma.

—Si estas escenas del Vaticano—dijo luégo el insigne novelista—aparecen con algunos errores, no será culpa mía sino de León XIII que me prohibió terminantemente la entrada. Declaro, pues, que no soy responsable de las inexactitudes que se hallen en mi próximo libro.

Lo cual quiere decir que Mr. Zolá se despachará á su gusto en estas descripciones. Y por mí que se despache y que exagere y que arme escándalo, mientras más gordo, mejor.



EL VIUDO

(CUENTO)

Agobiado materialmente por las flores y las coronas, el lujoso carro fúnebre se puso en marcha seguido por numerosa concurrencia. El viudo iba con paso vacilante sosteniéndose en los brazos de sus íntimos, en un absoluto olvido de sí mismo, casi sin darse cuenta de lo que le pasaba. Se sentía la lengua gorda, la garganta seca, los ojos nublados por el llanto. En su gran estupor, en medio de su anonadamiento hubo un instante en que le pareció que no era ella sino él, quien iba dentro del ataúd.

Cuando regresó á su casa fue que la realidad tomó ante él proporciones espantosas: sus dos hijos pequeños, tan pequeños que ignoraban la enormidad de su desgracia, se divertían alegremente, corriendo por toda la casa, riéndose porque se caían y riéndose porque se levantaban á gatas y se volvían á caer sobre la alfombra.

Una oleada de amargura inmensa se le atropelló entonces al corazón y en su desventura se agarraba furiosamente á los recuerdos; el pasado se le puso delante con toda su poesía y con todas sus ternezas y ella, en plena juventud, ella con su hermosura regia, con su amor regocijante, con su fidelidad y sus caricias, se le incrustraba en la imaginación hasta enloquecerlo. ¡No...... él no podía vivir más: él debía morirse también para acompañarla en su fosa, como ella lo había acompañado en el hogar; como se lo había jurado una noche después de su boda; una noche de felicidad delirante en que el amor le llenó de éxtasis la vida con la misma intensidad que ahora el dolor le hacía presa en todo su sér!

Sólo cuando oía á sus dos pequeños huérfanos reírse, con la risa de la inocencia, y pensaba en la suerte que pudiera tocarles y en el riesgo que correrían abandonadas sus dos menudas existencias, se calmaba un poco su desesperación; porque...... los pobrecitos ¿á qué hogar ó á qué asilo irían, ni quién cuidaría, mejor que él, con solicitud cariñosa, de sus enfermedades, de su educación y de su desarrollo? Y en estas fluctuaciones de su espíritu afligido pasó Enrique en un rincón de su gabinete muchas horas, aislado, con la cabeza hundida en el diván y los ojos muy abiertos y la boca contraída por insoluble pena. Toda la noche allí, sin apreciar la

duración del tiempo, llorando en silencio, como lloran los hombres...... pues aquello le hacía mucho bien.

A la mañana siguiente extrañóle encontrarse aún con vida y que ésta tuviese algo que hacer todavía en el mundo donde disfrutó en grata compañía de todas las satisfacciones á que puede aspirar un hombre amado y bien quisto en la sociedad que frecuenta. Ahora abríase frente á su vida un espacio muy negro y empezaba á sentir el miedo solitario y pueril de *los que no esperan ya y aguardan*, de los que viven en espectación de la pena desconocida, llenos de pavor y queriendo huir de la dolorosa convicción de su presente.

II

Al fin los niños encontraron madre; pero una madre demasiado bulliciosa, demasiado joven, que apenas frisaba en los veinte años; una madre á quien, según su misma familia, no le había brotado aún la muela del juicio. Esto no obstante, todo el mundo tomaba en serio sus caprichos locos y sus extravagancias encantadoras. Aquella vez dio Julia en la flor de ser madre, de *mentirijilla*—como ella decía—y sus padres no se atrevieron á contradecirla. Por otra parte, ella fué condiscípula y amiga íntima de "la difunta," con quien la unía un cercano

parentesco que le daba derecho para adoptar por suyos á los dos pequeños rubios. Así con la aquiescencia de sus papás y "la conformidad de Enrique, que no sabía cómo entendérselas para gobernar á las revoltosas criaturas," Julia se las llevó á casa.

Allá se la pasaba los días enteros jugando á las muñecas con ellos, correteando é inventando diabluras para verlos morir de risa ó escondiéndose de súbito para sentirlos llorar y oír que la llamaban anhelante con sus infantiles vocesitas: mamá! mamaíta! Ella los vestía, ella los acostaba, se los ponía convenientemente á derecha é izquierda en la cama encontrándose muy feliz en tan adorable situación, esperándo que se durmieran ó acechando por la mañana su delicioso despertar entre bostezos: aquel espectáculo de la salida del sueño se le antojaba la radiante salida de los ángeles de un Paraíso. Para ella la primera sonrisa, el primer beso y la primera voz que le sònaba á gorjeo de pájaro que saluda á la naturaleza.

Una hora después no había en aquella casa quien pegara los ojos: todo era entrar y salir y cerrar puertas, charlas atropelladas y risas estrepitosas. A lo mejor estallaban por todas partes ruidos como de combate, explosiones y gritos de espanto: era que caía un mueble ó se rompía un cacharro cualquiera y entonces se presentaba Julia muy enojada y los reñía

fingiendo severidades de madre enérgica; mas apenas notaba en sus caritas el menor gesto de aflicción, se los comía á besos y los hartaba de golosinas haciéndoles antes prometer solemnemente que no repetirían el desastre. En otras ocasiones era ella quien solicitaba el estrépito abrazándolos con efusión y arrollándoselos entre las faldas, rodando todos en montón sobre los sillones, de cuya tierna refriega salía casi desgreñada, el rostro encendido y los ojos brillantes de pasión materna. Y en estas crisis maternales era que sentía súbitas sensaciones de placer, necesidad de alegrarse y de sufrir, de amar y sentir mucho: Julia en aquellos instantes era una virginidad inquieta y llena de temblores.

III

Como Enrique había vencido ya lo más terrible de su dolorosa jornada, volvió á frecuentar los casinos y los paseos, sin dejar por eso de visitar dos ó tres veces por semana á sus pequeños. Junto á ellos renacía aún más su alegría y hasta se disipaban por completo los recuerdos del pasado. En varias ocasiones se quedó á comer, y sentábase al lado de *la madre*, á quien daba bromas por el aspecto severamente cariñoso que adoptaba cuando los reprendía. La verdad era que poco á poco iban surgiendo de la vida

de Julia, algo así como aires, gustos é inclinaciones de madre verdadera; su espíritu cambiábase rápidamente; perdía la viveza del juicio y cuando se le ocurría alguna frase aturdida agregaba en seguida dirigiéndose á Enrique:

—No hagáis caso: esta majadería es de «Julita,» de Julia cuando no era «madre.»

Decididamente aquella muchacha se estaba volviendo «más mujer;» su amplio y orgulloso vestir le modificaba su aspecto de colegiala y aquel andar gallardo y firme que usaba ahora con frecuencia empezó á darle carácter de persona formal.

Una noche en que había convidados, para celebrar un cumpleaños, Enrique y Julia se sentaron, como siempre, juntos á la mesa; pero los comensales eran numerosos y hubo que estrechar los sitios, de modo que ellos quedaron muy cerca, tan cerca que el accionar de Julia cuando servía y pasaba un plato á los niños rozaba el cuerpo de Enrique. Como en todo principio de comida, apenas se cruzaban las palabras entre las personas graves; luégo la conversación se fue animando y por último al ruido de los cubiertos y al choque de las copas y los platos y el menudeo de atenciones, los diálogos se hicieron generales y nadie paró mientes sino en la persona que tenía al lado. A Enrique le pareció que las amabilidades de Julia eran aquella noche más asíduas: todo su

rostro estaba lleno de risa: la voz se le alteró al hacerle una simple pregunta y la mirada se le perdió en el vacío y se le prolongó á mundos desconocidos, de donde regresó al fin asombrada y medio aturdida, como si en el vago sueño hubiera oído el batir de las alas del amor.

Enrique también estaba absorto, pero contemplándola á ella, sin fijarse en el ruido de la mesa, donde ya no se comía: se charlaba francamente y se daba libre curso á todas las expansiones, mientras ese soplo cálido que precede á todo fin de banquete flotaba al rededor de las luces y empañaba ligeramente las copas. Julia seguía medio encorvada, con la mirada incierta y un brazo fuera de la mesa. Así, en aquella actitud, con el busto saliente y las líneas del talle marcadas bizarramente por la posición extendida en que se hallaba, Enrique la encontró encantadora, se sintió atraído, se inclinó también un poco y balbuceó unas frases apagadas que no se entendían. Ella se volvió de pronto como despertando de nn sueño y al encontrarse con aquel rostro pálido y aquella profunda y anhelante mirada de amor, bajó lentamente los párpados y toda su sangre de virgen le subió del corazón á las mejillas...... La mano que le colgaba sobre su crugiente vestido de seda la tenía él entre las suyas, oprimiéndosela. De los labios de Julia sólo bro-

taron como un murmullo estas palabras:—«Por Dios, Enrique......... me haces daño!»—pero aquella mano no hacía movimiento alguno. Se abandonaba con languidez á la pasión súbita del viudo.





INSTANTANEAS

(ADVERTENCIA)

Cuando ya estaba en prensa el último pliego de VOLANDERAS llegaron á nuestro poder las semblanzas de los señores D. Julio Burell, D. Emilio Bobadilla (*Fray Candil*), D. Salvador Canals y D. Alejandro Lerroux, las cuales, con sus respectivos retratos fueron enviadas oportunamente por el autor del libro para que figurasen en la serie de *Instantáneas* que se ha publicado.

El retardo en recibir aquellas ha contribuido á interrumpir las páginas que se dedicaron á los dichos trabajos y de ahí que se hallen en su lugar otros de otra índole, tales como crónicas y artículos recibidos antes.

N. DEL E.



INDICE